



**Instituto  
Universitario  
de Historia  
Simancas**

**Universidad de Valladolid**

**MÁSTER**

*Europa y el Mundo Atlántico:*

*Poder Cultura y Sociedad*

**TRABAJO FIN DE MÁSTER**

**Servir con las armas al Rey Católico en los siglos  
XVI y XVII**

Presentado por:

David Vaquerín Cofreces

Dirigido por:

Alberto Marcos Martín

2017-2018



## **Servir con las armas al Rey Católico en los siglos XVI y XVII**

### **To serve with the weapons to Catholic King in sixteenth and seventeenth centuries**

#### **RESUMEN.**

La hegemonía de la Monarquía hispánica en los siglos XVI y XVII en Europa fue posible gracias a sus soldados. Sin embargo, su vida no ha sido estudiada tanto como sus victorias. El honor y la promesa de un buen sueldo eran los principales atractivos que ofrecía el ejército, pero con el tiempo, el hambre y la falta de pagas convirtieron, no pocas veces, a los “bisoños” en ladrones. Esta imagen generó rechazo en la población civil hacia el soldado. Finalmente, del oro y el honor que se le había prometido por su servicio, era común que no hubiese ahorrado nada y que sólo pudiera reclamar al Rey sueldo mediante memoriales, volver a la vida militar o la mendicidad.

#### **Palabras clave**

Edad Moderna, soldados, sueldo, hambre, civiles, memoriales.

#### **ABSTRACT**

The hegemony of the Spanish Monarchy in the sixteenth and seventeenth centuries in Europe was possible thanks to its soldiers. However, his life has not been studied as much as his victories. The honor and the promise of a good salary were the main attractions offered by the army, but over time, hunger and his unpaid salaries sometimes became the *bisoños* to thieves. This image caused rejection in the civilian people against the soldier. Finally, the gold and the honor that had been promised for his service, it was common the discharged soldier hadn't saved anything and the only thing he could do was to demand to the king his unpaid salary through *memoriales*, to return to military life or begging.

#### **Key words**

Modern Age, soldiers, salary, hunger, civilian people, *memoriales*.



# ÍNDICE DE CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN Y OBJETIVOS. ESTADO DE LA CUESTIÓN, FUENTES Y CRÍTICA.....	1
1. ORIGEN EN LA CARRERA MILITAR.....	5
1.1. El oficio militar: Visión del soldado como siervo del Rey y de Dios. Los soldados vistos por sí mismos, por el mundo civil y por el mundo intelectual.....	5
1.2. Reclutamiento: El perfil del soldado y los sistemas de captación. Conflictos con las poblaciones civiles y corrupción de los mandos. Decadencia del sistema de reclutamiento voluntario.....	16
2. VIDA MILITAR EN EL FRENTE: EL EJÉRCITO EXTERIOR.....	36
2.1. Impacto del ejército sobre sus cimientos: Las poblaciones emisoras y la hacienda del Rey. Un fenómeno de dos caras.....	36
2.2. Claroscuros de la vida en el frente: De las buenas telas y los adornos a los harapos y la necesidad. El problema de las pagas y el falseamiento de los datos.....	38
2.3. Vida en el frente: Alojamiento y conflictos con la población civil.....	43
2.3.1. Campamentos eventuales: pernoctaciones y asedios.....	53
2.4. La alimentación y el problema del dinero en efectivo. Los motines.....	55
2.5. Ocio y tiempo libre.....	64
2.5.1. Reconstrucción de la vida que dejaron atrás. Familias y Religiosidad...	64
2.5.2. Juegos de azar.....	71
2.5.3. Prostitutas.....	72
2.5.4. Duelos .....	74
2.5.5. La figura del vivandero.....	75
2.5.6. Instrucción militar: La conversión de campesinos a soldados. La camaradería como fenómeno vertebrador del ejército.....	76
2.5.7. Relajación de la instrucción y ociosidad: Los veteranos.....	81
2.6. Los testamentos y el derecho a testar. Los soldados y la muerte.....	82
3. EL FIN DE LA CARRERA MILITAR.....	85
3.1. La licenciatura. Expectativas, medios y oportunidades de los hombres que se reincorporaban a la sociedad civil. Los memoriales.....	85
3.2. Y...¿Qué hay del honor? .....	95
CONCLUSIONES .....	98
FUENTES PRIMARIAS. FUENTES IMPRESAS.....	100
BIBLIOGRAFÍA.....	101

## INTRODUCCIÓN Y OBJETIVOS. ESTADO DE LA CUESTIÓN, FUENTES Y CRÍTICA<sup>1</sup>

La guerra, como otros muchos ámbitos del periodo de los Austrias en España, ha sido un tema que ha suscitado un gran interés entre los historiadores, nacionales e internacionales, que han dedicado sus carreras al estudio de los distintos aspectos de la Monarquía como han sido sus intereses en Europa, sus relaciones con potencias y su sistema de embajadas, los intercambios comerciales y el tráfico cultural que generaba, entre otros muchos aspectos. Los trabajos y debates acerca de la revolución militar, la composición del ejército de la Monarquía, la creación de ejércitos permanentes en base a las necesidades de una geopolítica cada vez más compleja, como también estudios sobre las tácticas, la evolución de la infantería, de la caballería y por supuesto, de la artillería, las fortificaciones y su evolución paralela a la balística, han sido de lo más prolijos. De igual manera han sido también populares las relaciones de la nobleza con el ejército, el peso del ejército sobre la sociedad y el precio de su mantenimiento, tanto económico como demográfico, en especial para Castilla, principal donante de los cuerpos de vanguardia más característicos: los tercios. Por otra parte, la influencia de Trento en la política exterior de la Monarquía la envolvió en un proyecto de universalidad ya que, como adalides del catolicismo, era su deber y estaba en su naturaleza protegerlo, defenderlo y expandirlo frente al islam en un principio y frente a la herejía posteriormente. El hecho de que los principales puntos de fricción coincidan con estas dos fronteras religiosas no puede apartar la atención del amplio abanico de intereses que motivaban al Rey Católico a emprender una campaña militar. Reducir por tanto las causas de la actividad bélica de la Europa Moderna a la defensa frente al pecado sería en cierta manera simplista a día de hoy, a pesar de que sí resultó tremendamente convincente en la propaganda de la época como medio de justificación de un conflicto armado.

Con todo, y a pesar de contar con una producción bibliográfica extensa, hay un ámbito que, si no se ha apeado de la producción histórica militar, sí que ha quedado a la zaga, y es el estudio de aquellos hombres sobre cuyas espaldas descansaba la política exterior del Rey Católico: los soldados. Tal y como mencionaba Raffaele Puddu en su obra *El soldado Gentilhombre: “Potencia guía de una catolicidad asediada, la Monarquía Hispánica no debía su larga hegemonía mundial al aumento de sus*

---

<sup>1</sup> Para la realización del siguiente trabajo, he seguido el sistema de citas de la revista *Hispania*.

*capacidades productivas o a la actividad de sus comerciantes y financieros, sino al valor y a la fidelidad de sus soldados*<sup>2</sup>. Acertada o no, esta frase ilustra a la perfección la vital importancia que tuvieron aquellos que a costa de su vida defendieron las fronteras e intereses de la Monarquía. El peso que estos hombres tuvieron en el éxito de las campañas hispánicas durante todo el siglo XVI y buena parte del XVII ha ensombrecido otro aspecto tan importante o más que el anterior: la cotidianidad. Este hecho fue el principal atractivo que me llevó a abordar este trabajo, cuyo objetivo prioritario ha sido hacer un estudio de los soldados, no desde un punto de vista cenital, sino más bien desde los estratos bajos y sus condiciones materiales, expectativas e idiosincrasia como grupo. Por lo tanto, uno de los objetivos que me propuse al inicio de esta pequeña investigación fue el de ir más allá del enfoque tradicional de la historiografía militar que basaba su actividad en el estudio de tácticas, de los conflictos, de las maniobras y de los resultados de las intervenciones militares para adentrarme en el estudio de la figura del soldado, no como un producto militar en un segundo plano, sino como un auténtico protagonista cuya trayectoria merece ser estudiada en todas sus facetas: su vida diaria, la miseria que padecía en el frente, las dificultades, esperanzas y relaciones entre sí... Además, he considerado fundamental el intentar desentrañar las dinámicas que regían el ejército, así como las irregularidades en el mismo, abordando el trabajo con un enfoque más social. Proyecto que, si bien en un primer momento resultaba sencillo, se reveló más ambicioso y complejo conforme me iba adentrando en él, pues el abarcar todos los aspectos de su vida resultó imposible a priori. Por ello, me he centrado en los condicionantes a mi juicio más importantes como eran el poder adquisitivo, relacionado íntimamente con el hambre y las relaciones con la población civil, para contraponer las esferas militar y civil, y por último, las relaciones y dinámicas que se daban en el ejército y que no sólo ayudaban a la cohesión, sino que se revelaban mucho más importantes, tanto para el presente como para el futuro de los individuos que componían la fuerza militar de la Monarquía.

Para poder abordar estos objetivos he tratado de recorrer la trayectoria de un militar, desde su entrada en el ejército cuando sentaba plaza hasta la licenciatura, momento en el que dejaba de formar parte de las filas de la Monarquía. Y es precisamente esta trayectoria temporal la que he escogido para estructurar mi trabajo en un esquema que simula este proceso orgánico a grandes rasgos, en el que el reclutamiento se asemeja a un nacimiento, así como la licenciatura a la muerte, salvando las distancias. De ese

---

<sup>2</sup> PUDDU, 1984: 9-10.

espacio temporal, que se podía alargar décadas, he obviado todo lo relacionado con la batalla, que ha sido uno de los principales temas de la historiografía militar tradicional, así como el mando, la táctica, el movimiento, las formaciones, el armamento y su evolución, la justificación y la legitimidad de la guerra, la soberanía y el poder para declararlas, los tratados militares, etc., y me he centrado en la vida de los soldados: las relaciones entre sí y con civiles, el hambre, la religiosidad, etc., desde un enfoque más propio de la historia social.

En cuanto a las fuentes, he acudido tanto a las fuentes documentales conservadas en archivo, autobiografías de soldados, obras literarias y teatrales de la época, correspondencia de militares... como a las más contemporáneas como monografías, obras colectivas, actas de congresos y otras. En lo que a fuentes primarias se refiere, he recurrido principalmente a los memoriales militares, documentos de indudable valor que se escribían al Consejo de Guerra y que contenían todas las reclamaciones y peticiones que los militares mandaban al rey. Además de recurrir a los memoriales, consideré fundamental el poder contar con la producción literaria y teatral del Siglo de Oro, pues como buen producto de su tiempo, los autores del XVII conocían la realidad de los hombres que servían en el frente y plasmaban en sus diálogos los valores de los mismos, aunque la producción artística no trató de forma uniforme al soldado. Las diferentes percepciones de la vida militar de la época manifiestan una realidad dual y cambiante del concepto del militar y sus valores, variando en función del autor y del tiempo, pues no es lo mismo la visión que ofrecía Lope de Vega en *El asalto de Mástrique*, que la que se revelaba en *Vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor*. Así mismo, para el estudio de la rutina de estos sujetos contamos por suerte con las autobiografías de soldados, cuya producción comienza a extenderse en los siglos que abordo en mi trabajo, y que a su vez me han ayudado a completar la visión social y cultural que se tenía del soldado como concepto, concepto visto por la sociedad, representado en las letras y expresado por sí mismo. Sin embargo y como ya he mencionado, a las fuentes primarias a las que más me he remitido han sido a los memoriales. Estas fuentes documentales son tremendamente interesantes y ricas, debido en gran parte a la burocratización del estado que desembocó en una la progresiva burocratización que a su vez permitió canalizar todas las reclamaciones, dejándolas clasificadas e identificadas. Esta burocratización, así como el centralismo que progresivamente se estaba implantando, han dejado un registro documental inconmensurable. De los memoriales, que sólo conforman un reducido

porcentaje de la producción documental militar, se puede obtener una gran cantidad de información. A partir de los mismos se puede tener conocimiento tanto de la carrera militar del que lo escribe o sus pretensiones, entre otros muchos aspectos. De la reclamación en sí, lo que el gobierno no fue capaz de proporcionar, a pesar de haberse comprometido a ello o lo que el militar creía merecer de acuerdo con los estándares de la época, e incluso las necesidades de los hombres en el frente.

Los memoriales, al tener un carácter particular, fueron siempre susceptibles, como mencionaré en el trabajo, en un primer lugar de experimentar un proceso de normalización, pues no podemos perder de vista en el horizonte que en un estado progresivamente más burocrático las fórmulas metódicas son más efectivas, así como el fraude. En relación a esto último, desde el propio Consejo de Guerra, que era el que recibía estos documentos, necesitó de la creación una comisión para determinar si la reclamación del documento es legítima y de serlo, lo que se le va a conceder. Sería ingenuo por parte de cualquiera que mire con ojo crítico las fuentes tener una confianza ciega en los documentos, ya que la información contenida en ellos es susceptible de ser exagerada o incluso falsificada, incluyendo cantidades o inventándose servicios en aras a una retribución mejor o a la recepción de un pago más o menos importante.

En lo que respecta a las fuentes bibliográficas, las obras contemporáneas a las que he recurrido han sido a las de autores de referencia como G. Parker, I. A. A. Thompson, R. Quatrefages, D. Maffi, los hermanos Enrique y David García Hernán, E Martínez Ruiz o el ya mencionado R. Puddu, obras que conforman un corpus básico o de referencia desde el cual se han ido elaborando prácticamente todos los trabajos sobre el tema a los cuales yo he acudido. Obras como *El ejército de Flandes y el Camino Español*, de Parker, *Guerra y decadencia* de Thompson o *La revolución militar. El crisol español* de Quatrefages han sido la base desde la que se ha construido la historiografía militar y prácticamente la totalidad de su producción.

## 1. ORIGEN EN LA CARRERA MILITAR

### 1.1. El oficio militar: Visión del soldado como siervo directo del Rey y de Dios. Los soldados vistos por sí mismos, por el mundo civil y por el mundo intelectual

El oficio de soldado gozaba de buena salud, al menos entre los propios soldados, cuya opinión de sí mismos era excelente. A pesar de las penurias relacionadas con una vida jalonada por la violencia, el hambre y el nomadismo, la profesión militar era vista por sus propios miembros como un servicio directo no sólo a la Monarquía, sino al mismísimo Dios. Establecían paralelismos incluso con el mundo eclesiástico, cuyos miembros combatían contra el hereje y el musulmán mediante la fe y protegían al pueblo con la oración. Por su parte, los soldados hacían lo propio con las armas en las fronteras, por tierra y por mar. De hecho, su oficio requería de una implicación completa, ya que estaban dispuestos a, por decirlo de algún modo, abandonarlo todo e iniciar un peligroso modo de vida con ese propósito. Las referencias a su servicio directo a la providencia se recogen no sólo en la literatura de la época y en la concepción de la guerra como la identificación de los intereses del monarca con los designios divinos, sino que se reflejaba en las misivas de los propios soldados, con lo que la convicción de que su servicio trascendía de lo meramente mundano estaba más que extendido, al menos en los estratos militares con cierta formación que sabían escribir<sup>3</sup>.

De igual manera estos militares se comparaban a sí mismos con el estamento nobiliario, exceptuando claro está los que sí que procedían en origen de un linaje noble, pues al igual que ocurría en la nobleza, la honra era capital en su profesión. Un soldado era soldado desde el momento en el que se alistaba hasta que se licenciaba, moría o desertaba. La honra se revelaba como un elemento crucial ligado a la profesión, de mayor importancia incluso que en la sociedad civil. El ejército, de forma acertada o no, era visto por sus contemporáneos como una tabla rasa, un igualador social implacable en el cual la promoción sólo se lograba en base a los méritos y a una hoja de servicio impecable. La sombra de esta vanidad propia de los miembros del ejército se vio plasmada en el

---

<sup>3</sup> MARÍAS MARTÍNEZ, 6, (León, 2011): 157. En una de las cartas que envía Artieda en su optimista espera a la Gran Armada, se ve el convencimiento de contar con la bendición divina en la empresa de Inglaterra, dándole una justificación casi exclusivamente religiosa “*Gué la Magestad única y trina/ nuestros buenos deseos y destruya/ nación que templos y aras arruyna./ Justo pedimos, causa propia es suya.../ Quiera Dios que nos des la norabuena/ del buen successo que esperamos luego/ contra la successora de Bolena*”

entremés de Juan de Matos Fragoso “*Lorenzo me llamo*” datado en torno al XVIII cuyos versos rezan así:

*Mi linaje empieza en mi  
porque son mejores los hombres  
los que sus linajes hacen  
que aquellos que los desechan  
adquiriendo viles nombres.<sup>4</sup>*

No obstante, la posición desde la que partían, como oficiales o soldados rasos, estaba condicionada por la red clientelar que se extendía de igual manera que lo estaba en la sociedad civil hacía de este sistema una meritocracia adulterada, lo cual no quería decir que no hubiese posibilidad de promoción social para un hombre de cualquier origen. Las relaciones de amistad y camaradería que cohesionaban como grupo no siempre eran horizontales en cuanto a nivel jerárquico, sino que en muchas ocasiones eran verticales, sin importar el origen. De esta manera no era raro que los hidalgos estuviesen a las órdenes de capitanes o incluso maestros de campo que habían tenido un origen humilde y que cuando se alistaron por primera vez siendo pecheros o que en memoriales aparezcan como testigos de un hombre con origen humilde apellidos nobiliarios sonados. En definitiva, gracias a las amistades y relaciones entabladas a lo largo de una carrera militar más o menos amplia, un hombre de cualquier origen podría medrar en el ejército de la monarquía, a pesar de competir en cierta desventaja con esa red clientelar nobiliar que en muchas ocasiones ya estaba hecha y sólo había sido importada de la sociedad civil<sup>5</sup>.

La alta estima que tenían a su profesión y a sí mismos los llevó a creerse una suerte de casta, separada radicalmente del mundo civil. Toda la vileza se relacionaba con el mundo plebeyo y pechero, vileza que podía enturbiar la honra asociada a esta casta militar, conseguida a costa de poner en riesgo su integridad física en muchos casos, así

---

<sup>4</sup> FRAGOSO, 1666: 38.

<sup>5</sup> Archivo General de Simancas (AGS.). Guerra y Marina (GYM). Legajo (Leg.) 83. Documento (Doc.) 227-228. Para ilustrar la idea de trabar amistad para conseguir medrar en el ejército, me parece muy explicativo el caso recogido en la petición de Juan de Villalba al Consejo de Guerra. Se describe que ha servido en Flandes como cabo de escuadra, sargento y alférez y para continuar sus servicios, pide que se le haga capitán de una compañía de infantería española. Lo verdaderamente revelador se encuentra en la carta de recomendación del Maestro de Campo Julián Romero, adjuntada al documento, que lo avalaba. Pudiendo ser interpretado como la confirmación de los méritos de Juan de Villalba, no era menos cierto que la carta de recomendación de un superior en rango le posicionaba mejor y le daba una oportunidad que muchos no tenían, oportunidad que en la que no sólo pudo influir la profesionalidad de Juan de Villalba, sino las amistades de éste con Julián Romero.

como su propia vida y la de otros en el frente. La pérdida podía ser de forma irreparable, una mácula que tendría muy difícil enmendar. La distinción entre el militar y el civil no quedaba ahí sino que se llegó a plantear que ningún civil podía afrentar a un militar, que no era sino la plasmación teórica de un muro entre el soldado y el resto que le rodeaba y un desprecio al mundo civil, teóricamente en una esfera inferior. La noción que se tenía de la honra se veía resumida en la siguiente frase: “*son españoles que aman más la honra que la vida, y temen menos la muerte que la infamia*”<sup>6</sup>.

La concepción del prestigio que la vida y el oficio de militar ofrecían tenía reflejo a su vez en la correspondencia desde el frente. Muchos de aquellos que sirvieron tenían una formación, en especial aquellos hombres que procedían de un linaje noble y habían tenido acceso a la cultura de la lectura y la escritura. Ejemplos de artistas que sirvieron con las armas al rey en algún momento los tenemos en Calderón, Lope de Vega, el propio Cervantes que fue incapacitado de una mano permanentemente y preso por el turco a su vuelta de Lepanto, etc. En esta lista no sólo encontramos artistas españoles; la idea del poeta-soldado estuvo muy extendida en los siglos XVI y XVII, por lo que conocemos testimonios que, a pesar de partir de posiciones más elevadas que el soldado raso, nos proporcionan una idea de lo que era para ellos su profesión al principio y, sobre todo, al final de su servicio o de su vida, si morían en activo. De esta manera encontramos en la correspondencia de Francisco de Aldana y en la de Andrés Rey de Artieda testimonios de sus experiencias en el ejército. El primero, tal y como recoge Marías Martínez, fue protegido por el Duque de Alba y se movió durante sus primeros años de servicio en Flandes en un ambiente político y cortesano al lado de la figura del duque. Apareció por primera vez en un ambiente militar en la campaña de la Monarquía contra Luis de Nassau en 1568, en la victoria de Jemmingen, siendo Aldana capitán de infantería. En la comparativa que hacía del soldado y del cortesano, se enorgullecía de pertenecer a los primeros, a pesar de las malas condiciones. En sus versos rodeaba al oficio del soldado de un cierto tono épico: “*puestos los ojos en muerte dar al que tener se gloria/ del ibero valor ricos despojos*”<sup>7</sup> y despreciaba en su correspondencia inicial las comodidades de la vida en la corte en favor de los involucrados en la acción, exhaustos y sucios, pero de “*honroso sudor*” y “*sangre enemiga*”<sup>8</sup>.

---

<sup>6</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 143.

<sup>7</sup> MARÍAS MARTÍNEZ, 6, (León, 2011): 149.

<sup>8</sup> MARÍAS MARTÍNEZ, 6, (León, 2011): 149.

Por su parte, el valenciano Artieda no se mostró tan crítico con el ambiente cortesano flamenco. Aun así, en sus versos podemos ver como ensalzaba la vida militar, citando textualmente:

*“Contento con mi paga y estipendio.  
De la que professé tan diferente,  
quanto va de un cadáver sin sentido  
a un hombre que discurre, vive y siente  
¡Ha, lo que puede el bélico ruydo  
para vencer el ocio y el regalo...”*<sup>9</sup>.

Para el joven Artieda, la guerra sacaba lo mejor del hombre. Esta euforia se debía en parte a que estas cartas las escribía a la espera de la llegada de la Gran Armada y el inicio de la invasión inglesa y por otra parte al optimismo de las recientes victorias del Duque de Parma, que daba a la Monarquía un aire de invencibilidad.

Tanto Aldana como Artieda conforme pasaban los años y especialmente cuando experimentaban las miserias del ejército como el hambre, el frío y los motines y especialmente con las grandes derrotas (Alkmaar por un lado y el desastre de la Gran Armada por otro) fueron perdiendo esa devoción por el ejército y comenzaron a anhelar el hogar, pidiendo ambos una licenciatura que jamás llegó en el caso de Aldana, ya que murió antes de poder retirarse, en 1578. Antes de partir de Madrid al norte de África a apoyar al ejército portugués, de donde nunca regresaría, Aldana escribió: *“el hábito de mi soldadesca ya se rompió y me será fuerza procurar otro de más seguridad”*<sup>10</sup>. Por su parte para Artieda, el desencanto por la vida militar le sobrevino al ser testigo de las condiciones en las que vivían los soldados, los motines y por una visión cada vez más pesimista del oficio del soldado:

*¿Sabéis el misterio  
porqué, de algunos años a esta parte,  
nuestra arte militar (si acaso es arte)  
se tiene por infamia y vituperio?  
Ser nuestra profesión común a todos*

---

<sup>9</sup> MARÍAS MARTÍNEZ, 6, (León, 2011): 157.

<sup>10</sup> MARÍAS MARTÍNEZ, 6 (León, 2011): 152.

*y atender cada qual a su provecho*<sup>11</sup>.

La concepción del soldado como un componente esencial para la monarquía y, por tanto, elevado sobre el resto se pone de manifiesto también en los memoriales que enviaban al monarca con reclamaciones de salarios o peticiones para la autorización de levantar una compañía para servir en las fronteras, es decir, para obtener el rango de capitán. En ellos se dirigían al rey de forma casi directa, no al consejo ni a ningún órgano intermediario, pidiendo el cumplimiento del contrato que firmaron al alistarse, en el cual ambas partes se comprometían a algo: el soldado a servir con su vida en donde fuese enviado y el rey a pagarle. El hecho de que se entendiese el alistamiento como un contrato directo con el monarca permite aproximarnos a la idea que tenían los soldados de sí mismos. La barrera cultural y conceptual que separaba al rey de sus siervos civiles se diluye con los militares, cercanía totalmente normalizada debido en buena parte a la honra y el ennoblecimiento asociados a la vida del soldado como cualidades indisolubles<sup>12</sup>.

La honra se basaba en la reputación y ésta para un militar, prácticamente de cualquier rango, era su currículum, la imagen que proyectaba al resto y la que quedaría para la posteridad. En este sentido, la reputación y la honra como vehículos para el ennoblecimiento se convertían, más que en un aliado en el frente, en un amo, que arrastraba tanto a soldados como a mandos a cometer irresponsabilidades en aras a salvaguardar o incrementar los méritos de su currículum y con ello, su notoriedad<sup>13</sup>. El valor asociado a las hazañas que engrandecían una trayectoria militar se tornaba habitualmente en temeridad cuando se buscaba la gesta y no el aprovechamiento de las condiciones y el contexto para el triunfo. Se pretendían victorias o igualadas o en desventaja que les permitieran ser valorados, “aventajados” y finalmente recordados, puesto que las proezas que recogían los cronistas podían ser llevadas a cabo por cualquiera, ya fuese su origen el más noble o el más humilde<sup>14</sup>. Y no sólo se engrandecía su figura gracias a los cronistas. Muchos de los que sirvieron y ascendieron en el ejército escribieron sus vivencias, un recorrido a lo largo de toda su carrera militar. El hecho de que muchos de los soldados publicasen sus biografías da a entender que buscaban, además

---

<sup>11</sup> MARÍAS MARTÍNEZ, 6, (León, 2011): 161.

<sup>12</sup> DEFOURNEAUX, 1983: 184. La tradición medieval de la vinculación del estamento nobiliar a las armas ennoblece a las mismas, manteniendo el prestigio militar de los soldados para conservar atractivos en la vida militar mientras la nobleza se vuelve cada vez más cortesana.

<sup>13</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 144.

<sup>14</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 143.

de enmarcar una trayectoria de la que en muchos casos estaban orgullosos, la creación de una noción de linaje y de honra ganada para sí y para su descendencia, en definitiva, un reconocimiento social a sus méritos. La popularización de estas biografías contrasta con épocas anteriores en la que los relatos rara vez tenían cabida en las clases humildes quedando reservados a las privilegiadas, tendencia que cambia debido por una parte a la creación de los ejércitos profesionales, permanentes en muchos casos, en los que los servicios se prolongaban décadas y por otra la concepción del soldado de infantería (copada en su mayoría por pecheros) como susceptible de ganar reconocimiento en base a su servicio con las armas y no a su estamento de cuna. Estima que por otra parte los desgajaba de su clase social original.

Otro aspecto de ese afán por destacar fue que no sólo se manifestaba en la competencia por ir en vanguardia, triunfando finalmente los castellanos e italianos en Flandes de la mano del Duque de Alba<sup>15</sup> y los alemanes y valones de la mano del mismo en Portugal<sup>16</sup>, por ejemplo, sino que ocurría a su vez entre las propias compañías, dentro de las cuales se producían graves conflictos en lo que se refería a la cadena de mando<sup>17</sup>. La impetuosidad de la que hacían gala los tercios españoles y a la que se aludía tanto en la época contrastaba con una revolución que se estaba llevando a cabo en el plano militar, en la que las batallas campales de ejércitos eventuales estaban siendo superadas por la guerra de desgaste y asedio con ejércitos permanentes. La nueva concepción de la guerra implicaba un desarrollo más lento, de posición más que ofensiva, en la que lo importante era mantener posiciones e infligir, más que derrotas al enemigo, daño en sus sistemas y redes de provisión, lo que desembocaría en una rendición o retirada. El volumen que tomaron los ejércitos también fue relevante en este nuevo sistema dado que el estado de las vías de comunicación que conectaban territorios entre sí no estaba preparado para tal cantidad de tráfico, que, a mayores, llevaba consigo sus víveres y artillería mediante

---

<sup>15</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 148. La vanguardia llegó a ser monopolio de los españoles hasta tal punto que, a comienzos del siglo XVII, Felipe III sorprendido ante la noticia de que una compañía italiana se había adelantado a un tercio español en combate escribió a la máxima autoridad en los Países Bajos del momento, Spínola, el cual le respondió “*donde me hallo ha tenido siempre la nación española la vanguardia, como es justo, sin que nadie haya replicado palabra*”. El caso terminó con una investigación al propio maestro de campo que salió absuelto gracias a que demostró que los españoles se habían retrasado sobre el horario. Lo realmente importante de esto es que el propio maestro hubiera acabado probablemente degradado por imponer su criterio a la fama española, lo que nos permite hacernos una idea del peso que tenía la reputación de los tercios durante todo el XVI y prolongándose hasta el XVII.

<sup>16</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 151. El autor rescata unas palabras de la correspondencia entre el Duque de Alba y Felipe II en relación con la guerra de Portugal: “*...italianos, por amor de Dios, S.M no traiga más, que será dinero perdido; alemanes, aunque se vendiese la capa es necesario traerlos*”.

<sup>17</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 145-147.

carretas y animales de tiro. Esto lastraba sobremanera las marchas, con lo que la aplicación de ataques rápidos a posiciones estratégicas se veía imposible. Además, el nuevo modelo de fortaleza exportado de Italia, equipado con artillería, hacía imposible la toma de las fortalezas y ciudades si no era mediante asedio con la posibilidad de rendición. Estos factores combinados hacían que la guerra no se entendiese ni esperase como una operación rápida, sino como una ocupación pulgada a pulgada del territorio. Aún más importantes eran las sucesivas victorias, ya que garantizaban una posición privilegiada y ventajosa en las negociaciones presentes y futuras con los derrotados. De igual manera, un entramado de fortalezas en puntos clave del territorio con el apoyo de un ejército cercano era más importante que la ofensiva eventual de un gran contingente. Sin las fortalezas que apoyasen sus movimientos y los proveyesen de material y alimentos, el ejército no servía. Sin un ejército que socorriese las plazas ante los asedios con cierta eficiencia y celeridad, la red de presidios y fortalezas fronteriza tampoco servía. El arriesgar una implicaba graves consecuencias para el sistema global de defensa<sup>18</sup>, pudiendo desembocar en el derrumbe del sistema de una zona por efecto dominó.

Esta idea del desgaste, de la espera paciente y de la victoria por la rendición del enemigo y no por el triunfo militar sobre él contrastaba con la idea de prestigio en los ejércitos de la Monarquía, creando situaciones realmente conflictivas entre oficiales que querían destacar y altos mandos que pretendían reservar y optimizar los recursos de los que disponían, tratando de evitar bajas innecesarias. El cuestionar, que no romper, la cadena de mando era uno de los efectos más perniciosos de la idea de reputación y honra, dándose la paradoja de que en un momento en el que la bravuconería y la temeridad eran poco o nada valoradas por los altos mandos, siendo estos más conservadores en lo que se refiere a evitar perder recursos, se promoviese tanto en la idea del valor y el atrevimiento en los soldados españoles, llegando incluso a autorizar la ejecución del oficial por ordenar una retirada cuando no fuese absolutamente preciso, porque “*cualquier cosa de estas que suceda [como ser rechazados], por mínima que sea, quedan deshonorados*”<sup>19</sup>.

El momento de mayor tensión entre estas dos posturas se producía probablemente durante los asedios, los cuales se configuraron como la tónica dominante a partir de la segunda mitad del XVI, en especial con la difusión del sistema que combinaba elementos

---

<sup>18</sup> MAFFI, 2014: 158-165.

<sup>19</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 144.

de defensa de las ciudades conocido como la *trace italiane*<sup>20</sup>, hicieron de la prudencia en los movimientos algo fundamental. En muchas ocasiones, la ventaja de la que disponían los sitiadores se desvanecía conforme se agotaban sus recursos y podía convertirse en una retirada forzosa si el asedio se alargaba demasiado. Por otra parte, conforme pasaba el tiempo se incrementaban las posibilidades de que la ciudad fuese socorrida. En esta situación, la prudencia a la hora de actuar era lo que importaba a los mandos, que no se querían ver sorprendidos lanzando una ofensiva inútil, lo cual contrastaba con la mentalidad de los soldados que, debido a ese fanatismo por la gesta y esa concepción del honor, buscaban intervenir a toda costa y querían cargar contra cualquier punto débil que veían en la ciudad. Esta “*cólera fogosa de la nación española*”<sup>21</sup>, que se traducía en bajas innecesarias era la que se trataba de evitar a toda costa desde los mandos, llegando a escribir el Duque de Alba “*ciega es la temeridad, y casi siempre infeliz lo que con ella se emprende*”<sup>22</sup>.

Antes he mencionado que el oficio del soldado gozaba de buena salud para los militares, pero existía otra dimensión, otro punto de vista que observaba, juzgaba y valoraba la figura del soldado. Un punto de vista en el que los combatientes no eran sujetos activos para autodefinirse, sino que eran observados por el pueblo, cuya concepción del oficio de la guerra tenía una importancia fundamental en ámbitos como el reclutamiento voluntario. La guerra gozaba de buena fama en gran parte de los territorios peninsulares, en especial en la Castilla del XVI y no era para menos ya que el contexto en materia militar era positivo, en primer lugar por las victorias contra los musulmanes en suelo ibérico y posteriormente en Italia contra las tropas francesas. Estas victorias consiguieron generalizar un entusiasmo que venía reforzado por la idea de que todos aquellos que se licenciaban tenían la posibilidad de volver ricos, habiendo recibido su soldada atrasada junto al botín o con el derecho a reclamar las soldadas adeudadas, que podían ser una verdadera fortuna<sup>23</sup>. De igual manera, la tradición medieval consideraba que el mayor honor era el obtenido en la guerra, con lo que, además de ofrecer una salida a los hijosdalgo que engrandecía su nombre, ofrecía al pueblo llano la posibilidad de promoción social, así como el disfrute de privilegios asociados al oficio del soldado, que

---

<sup>20</sup> MAFFI, 2014: 156.

<sup>21</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 145.

<sup>22</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 144.

<sup>23</sup> PARKER, 2013: 225.

casi se convertía en un nuevo estamento al uso, con sus exenciones de impuestos y su fuero particular<sup>24</sup>.

Muchos autores señalaban que en la población castellana especialmente existía una belicosidad innata, un sentimiento guerrero que invadía a la sociedad de los siglos XVI y XVII, que en buena medida venía heredada del XV, y que abarcaba tanto la esfera privada como la esfera pública. Este aspecto de la población hispana vendría dado o fomentado al menos por la religión, pues a fin de cuentas el cristianismo se presentaba como una lucha constante contra los enemigos de la fe en el plano exterior y contra las tentaciones y el pecado en el plano espiritual<sup>25</sup>. La idea de que un factor clave de la sociedad de Antiguo Régimen como era el catolicismo fuese entendido como una lucha constante contra el pecado, coadyuvaba al mantenimiento de esa belicosidad, tal y como se recoge en la traducción al castellano realizada por Alonso Fernández de Madrid de la obra *Enquiridion o Manual del cauallero Christiano* de Erasmo de Rotterdam: “*ni un solo momento nos cumple dexar las armas. Siempre es necessario estar en el campo y aun a punto de guerra y siempre traer escuchas y velas: porque nunca nuestro enemigo descansa*”<sup>26</sup>. En la traducción hecha por Alonso Fernández en 1524 para el arzobispo de Sevilla e Inquisidor General don Alonso de Manrique, se plasmaba de forma clara cómo el concepto de la guerra era el estado natural del cristiano, ante un enemigo terrenal y espiritual, enemigo que no se podía derrotar sin la fe y no se podía vencer sin las armas. Esta cruzada contra la heterodoxia por un lado y contra el islam por el otro, que en el caso español se había venido sucediendo durante todo el periodo medieval y que había creado en torno a la esfera militar un halo de virtudes estrechamente ligadas con el servicio al monarca y a Dios, había creado una dinámica en la que se entendía la guerra como algo natural, como un servicio para acabar con el pecado. Esta idea y la noción de pecado como un enemigo, que no se entendía como una confrontación de intereses si no como algo más trascendente, era para muchos, el origen de esa simpatía por la guerra. Tal y como recoge el autor González Castrillo de la obra *Cauallería cristiana* de Jaime Alcalá:

*“El cristiano que queda incorporado al servicio del “rey eterno” por el sacramento del bautismo, es armado caballero “por el eterno rei Ihesus saluador nuestro en el sacramento de la confirmación” y recibe entonces “especial esfuerço y gracia para vencer otros mas fuertes enemigos que los que la vista alcanza a conocer”. Y es que “los catholicos christianos que dessean alcanzar la corona de la gloria del cielo conuiene que fielmente peleen aquí en el suelo contra nuestro principal aduersario el diablo ... al qual*

---

<sup>24</sup> RODRÍGUEZ HERNANDEZ, 2015: 146-149.

<sup>25</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 30.

<sup>26</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 30.

*deuemos resistir con el exercicio de las virtudes y con la lumbre de la fe... Y assi los caualleros ante de entrar en batalla ... deuen de ser destas armas guarnecidos*<sup>27</sup>.

Esta dinámica de perpetuo conflicto fue muy tratada por los teóricos eclesiásticos y tratadistas, para enlazar aún más si cabe las ideas de religión, guerra, pecado y en especial, la de la legitimidad de la guerra, la cual era entendida como la última manifestación del pecado (Scarion de Pavía atribuía el gran número de conflictos bélicos que se estaban desarrollando durante el siglo XVI a “*tantos pecados, vicios y abominaciones graues q vniuersalmente por todo el mundo reina*”<sup>28</sup>) y de la ofensa divina que había que combatir<sup>29</sup>. Aquellos que no sólo luchaban, sino que vencían y morían por dicho propósito, encarnaban una serie de virtudes, entre las que destacaban el ser un siervo directo de Dios, un buen cristiano y todo lo que la sociedad relacionaba con esto. Combatir los pecados era en última instancia combatir el origen mismo de las guerras, tal y como señalaba Juan Núñez de Toledo en 1504 en su *Tratado sobre la guerra de Francia*: “*por los pecados esta muy claro vienen los males y nascen las guerras*”<sup>30</sup>.

Pero no todo lo relacionado con la profesión de la guerra era positivo. De igual modo, el concepto del soldado virtuoso, gentilhombre y piadoso no siempre se llevaba a término, dado que en el mundo militar conforme iban escaseando los hombres, se permitía el alistamiento de cualquiera, con lo que se iba desvirtuando el ideal ya en la base de su captación. Además, las penurias que vivían en el frente: el hambre, el frío, la enfermedad... borraba los principios y las virtudes iniciales, llevando al soldado a buscar su supervivencia permanentemente y a obedecer ciegamente la jerarquía militar. Tal y como señalaba Jiménez de Urrea en *Dialogo de la verdadera honra militar*, escrito en 1541: “*a la mi fe la milicia nuestra de oy, anda qual veamos andar la del enemigo, porque vemos en la guerra los soldados frios, desabridos, descontentos, maltratados, y lo peor de todo corridos de exercitar la arte militar*”<sup>31</sup>. Esto se traducía en abusos, robos y violencia en el frente y que traían de vuelta una vez licenciados o desertados, manteniendo hábitos perniciosos que sufrían la población local, lo que en cierta manera explicaba el auge de la picaresca en el siglo XVII: el pícaro civil del Siglo de Oro fue hijastro del pícaro militar de los últimos años de Felipe II<sup>32</sup>.

---

<sup>27</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 32.

<sup>28</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 52.

<sup>29</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 34.

<sup>30</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 53.

<sup>31</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 56.

<sup>32</sup> PARKER, 2013: 222.

La visión que el pueblo había configurado de los soldados no sólo se asentaba en las vivencias personales y en las ideas difundidas de teóricos, sino que también influía la representación del soldado en las manifestaciones artísticas a las que tenían acceso, entre las que destaca la novela picaresca y en mayor medida, dado que estamos ante una sociedad analfabeta, el teatro. Desde el escenario se escenificaba todo el espectro de la idea del soldado, desde las virtudes como la honra o la devoción, a los defectos como la agresividad y en especial la arrogancia. En ocasiones y a pesar de ser ficción, la obra tuvo referencias e inspiración en la realidad, pues muchos de estos dramaturgos habían servido en alguno de los frentes abiertos de la Monarquía. El Siglo de Oro contó en su producción literaria y dramática con numerosas obras que hacían referencia al mundo militar, a sus luces y a sus sombras, en el frente y en la sociedad civil. Una visión que comenzó siendo muy positiva, pero que especialmente en el XVII se volvió menos grandilocuente comenzando a aparecer aspectos negativos de la profesión que, si bien aún mantenían un estatus y una honra asociada al oficio, poco a poco se iba enturbiando<sup>33</sup>. Tal vez fuese que el ideal del soldado se había agotado o tal vez que, desde los propios puntos de captación, ante la imposibilidad de enviar buenos soldados o al menos voluntarios, enviasen bandidos, vagabundos, criminales y maleantes, lo que a la larga corrompió el prototipo de soldado, en origen siervo del Monarca y de la providencia, piadoso y recto<sup>34</sup>. Desde el mundo de las letras se empezaron a manifestar cualidades militares alejadas de la idea inicial y lo que es más llamativo, creando otros arquetipos, enfatizando otros valores. En palabras de Tirso de Molina a través de un soldado en su obra *La mujer que manda en casa*<sup>35</sup>:

*“¡Buena estas!*

*Yo se tocar las baquetas,  
comerme un horno de bollos,  
hurtar gallinas y pollos,  
echar catorce reniegos,*

---

<sup>33</sup> MARÍAS MARTÍNEZ, 6, (León, 2011) :162. A finales del XVI Bautista de Vivar escribía sobre los soldados “*mártires son de Dios, que más ventura, / vida y ciencia del cielo y sus privados / a do se trata sangre y se derrama / sirviendo al rey con honra y fama*”, en 1603 Rojas Villandrando lo hacía en un tono bien distinto: “*faltan bagajes, falta alojamiento, / no hay barracas, garitas ni consuelo / aguas, nieves, granizos, sol y viento / rayos truenos calores, frío y hielo*”.

<sup>34</sup> GONZÁLEZ, 13, (Valencia, 2009): 504. “*Encontré en su vanguardia con mi capitán, el cual me dijo que por que no me iba a la infantería española a tomar una pica para morir defendiendo la fe o para darle al rey una victoria. Yo le respondí: Si Su Magestad aguarda a que yo se la dé, negociada tiene su partida*”. En tono satírico nos plasma dos realidades entre el mundo militar tradicional jerárquico con unos valores definidos y la base del ejército, encarnada en Esteban, que busca sólo sobrevivir.

<sup>35</sup> MOLINA, 1841: 338.

*arrojar treinta por vidas,  
acoger hembras perdidas,  
sacar barato en los juegos;  
y en las batallas y rebatos,  
cuando se toman conmigo,  
se enseñar all enemigo  
las suelas de mis zapatos.”*

Estas actitudes y cualidades asignadas a la figura del militar, como la de ladrón, mujeriego, o arrogante empezaron a contrastarse con la visión tradicional del soldado, creando un abanico más amplio de arquetipos, pero oponiendo realidades ante la visión unívoca que se tenía en el pasado y que se había ganado, si no el carácter de oficial, sí el de hegemónico. El cambio de imagen del soldado que se estaba empezando a manifestar desde la literatura y el teatro ya había sido objeto de crítica por tratadistas militares y eclesiásticos que veían cómo el arquetipo de soldado se desvanecía conforme se alargaba el estado de guerra y las tensiones fronterizas. Autores como Possevino en su obra *Libro llamado el Soldado christiano*, traducido al castellano por Diego de Mora, planteaba el problema de la degradación del ideal del soldado católico: “*ya oy la militar disciplina la qual Vegetio Regnato y muchos otros enseñaro del todo se ha desaparecido: y se ha transformado en cierta libertad de delinquir y peccar, y en cierta espeçie de truhanería*”<sup>36</sup>.

## **1.2. Reclutamiento: El perfil del soldado y los sistemas de captación. Conflictos con las poblaciones civiles y corrupción de los mandos. Decadencia del sistema de reclutamiento voluntario**

La posibilidad de ganarse la vida sirviendo con las armas a la Monarquía Hispánica allá donde fuere menester era una opción que no pasó desapercibida para los jóvenes de los dominios del Rey Católico, en especial de Castilla, cuya aportación al ejército era significativamente mayor y siempre superó la de otras naturas. Castellanos que, por otra parte, formaron las compañías quizá más famosas de su tiempo, los *Tercios*. Esa decisión suponía, siempre que se sirviese en el ejército y no en las guardas o que la campaña para la que se movilizasen fuese en África (normalmente más coyunturales, tras

---

<sup>36</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 56.

las cuales regresaban a casa), el abandono del hogar y la desvinculación total de la comunidad a la que pertenecían y embarcarse en un nuevo proyecto de vida.

Las razones que pudieron impulsar a los reclutas a engancharse en las filas del ejército fueron muy variadas e imposibles de definir, ya que tendríamos que reducir el foco a las vivencias personales de cada uno de los individuos que se alistaban. No obstante, entre los motivos que se pueden intuir destacan los más honorables como el deseo de gloria, gestas y el ascenso social, hasta las más mundanos como escapar del hambre, de venganzas, acogerse al fuero militar, reducir penas por crímenes o simplemente como un medio de vida más, con un salario y con el pan de cada día asegurado, al menos en teoría<sup>37</sup>. Tal y como recoge Cervantes, “*a la guerra me lleva mi necesidad, si tuviera dineros no fuera, en verdad*”,<sup>38</sup> el ejército siempre estaba como vía para escapar de la miseria. Escapar de la pobreza como razón única era, como ya he mencionado, muy genérico. Los sueldos de los soldados, que comenzaron siendo más elevados que los beneficios que producía el campo, se mantuvieron congelados hasta mediados del XVII mientras que los agrícolas subieron como más tarde comentaré. Sin embargo, el hecho de gozar de un salario constante haya paz o haya guerra, así como de cobrar festividades y días de descanso que en el campo no se trabajaban, pero durante los cuales sí que había gasto, es decir, sí que se comía, suponía una ventaja a destacar. De igual manera, a pesar de que las soldadas no se cobrasen a tiempo o directamente no se cobrasen, siempre quedaba el derecho de reclamarlo al rey y su garantía de cobro si el Consejo de Guerra dictaminaba que la reclamación era veraz y legítima. A parte del tema salarial, la posibilidad de promoción social y económica que ofrecía el ejército no se les escapaba a los plebeyos y muy especialmente a los hidalgos, que de noble tenían el nombre, pero no tenían apenas rentas, de los territorios norteños de Castilla y Aragón del XVI y XVII. La universalidad de hidalguía en las provincias del norte peninsular así como las zonas pirenaicas de Navarra provocaba la paradoja de que muchos fuesen privilegiados pero al mismo tiempo no dispusiesen de rentas suficientes ni siquiera para mantenerse a sí mismos, y dado que el trabajo manual estaba en cierta manera desprestigiado, el hidalgo de los siglos XVI y XVII sin recursos veía en el ejército un modo de vida que a su vez le permitiese conseguir un halo de nobleza bélica e incluso obtener títulos y ascender en el escalafón social, así como propiedades.

---

<sup>37</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2016: 165.

<sup>38</sup> CERVANTES SAAVEDRA, 1615, Capitulo XXIV.

Por otra parte, los privilegios de pertenecer al mundo militar no eran pocos. Sin embargo, el más importante quizá y a su vez el más atractivo era el de acogerse a un fuero al margen de la sociedad civil: el fuero militar. El cual fue aprovechado en numerosas ocasiones para escapar de la justicia o para obtener ventajas, tales como la autorización a llevar armas blancas, a no ser encarcelado por deudas, exención de impuestos, gravámenes concejiles o privilegios como la posibilidad de negarse a alojar militares en sus hogares, al margen de la imagen social que pertenecer al mundo militar proyectaba<sup>39</sup>.

Fueran cuales fueren las motivaciones que llevaban a un individuo a abrazar el mundo militar, personales o no, sí que se pueden intuir, al menos en un gran porcentaje de aquellos que iban voluntarios, ya que hay un claro predominio de escapar de la pobreza y del hambre, tal y como se recoge en *Vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor*:

*“...no hay hombre, por bajo y humilde que sea, que en viéndose que por sus defetos no cabe en el mundo o que no halla quien le dé un bocado de pan, que luego no se acoja a la inmunidad deste sagrado. Y aun apenas los tales han sentado plaza cuando todos quieren ser parejos con los demás que nacieron con obligaciones, a los cuales les suelo yo decir con la preminencia de mi chanza que «membrillos cocidos y caracoles crudos no son todos unos»”<sup>40</sup>.*

Es más, rastreando la geografía de las levadas de voluntarios se puede hacer un mapa de la miseria tanto en los territorios de la Monarquía como en todo el continente<sup>41</sup>.

En cuanto al reclutamiento como proceso, éste respondía a la necesidad constante de hombres en los distintos puntos de fricción en las fronteras de la monarquía y del catolicismo tridentino, que en muchos casos se solapaban. Las levadas, especialmente las que se realizaban en la Península Ibérica, iban destinadas a reponer las bajas que se daban en los afamados tercios, poco numerosos respecto al total de las fuerzas del Rey Católico pero auténtica punta de diamante en el ejército a partir de los cuales se estructuraba toda maniobra militar y por lo tanto los que tradicionalmente ocupaban la vanguardia y los que sufrían mayor castigo y desgaste<sup>42</sup>.

El ejército de la Monarquía Hispánica siempre estuvo abierto y necesitado de recibir nuevos miembros. En líneas generales, la incorporación de estos siempre se trató de que fuese lo más voluntaria y vocacional posible. Al menos durante todo el siglo XVI

---

<sup>39</sup> RODRÍGUEZ HERNANDEZ, 2015: 145-148.

<sup>40</sup> GONZÁLEZ, 13, (Valencia, 2009): 594-595.

<sup>41</sup> CARDINI, 1992: 109-111.

<sup>42</sup> MAFFI, 2014: 237.

el voluntariado fue la nota dominante<sup>43</sup>. Esta vocación militar, especialmente castellana, estuvo siempre en relación con varios factores, especialmente con los salarios. Mientras que en los años 50 del XVI, un jornalero ingresaba de media al día 38 maravedís siendo optimistas, el piquero se aseguraba 34 maravedís más pluses por antigüedad, ventajas otorgadas y méritos. Conforme avanzó el siglo y debido a la recesión demográfica, el trabajo agrícola incrementó sensiblemente su retribución, llegando a los 53 maravedís en los años 80 del siglo XVI<sup>44</sup>. Por el contrario, el sueldo de la infantería permaneció congelado en 3 escudos mensuales<sup>45</sup>. De esta manera, comenzó el declive de la milicia voluntaria en las últimas décadas del XVI, fenómeno que no sólo se ve desde la perspectiva y distancia respecto al fenómeno con la que contamos hoy día, sino que ya había sido desgajado por sus contemporáneos.

El derrumbamiento del promedio de reclutas embarcados a África, Italia o en menor medida a Flandes era evidente: mientras que en la década de 1570, el número promedio de reclutas que sentaban plaza en una compañía era de 256, en 1580 esa cifra cayó a 161 y en 1590 descendió aún más, situándose en 77 por compañía. Ya en el reinado de Felipe III estas cifras consiguieron incrementarse, pero nunca volvieron a sobrepasar los 100 hombres, lo cual supuso un serio problema a la hora de mantener las fronteras exteriores que dependían sobremanera de la aportación hispánica<sup>46</sup>. Las razones que se intuyen como causas de este marcado descenso, recogidas por el propio Consejo de Guerra en 1602, eran principalmente, principalmente la crisis demográfica que afectó a Castilla durante esos años y por tanto la escasez de mano de obra provocó que los salarios fuesen mayores, como ya he mencionado, lo que llevó a muchos a descartar la vida militar:

*“Las causas que ay para levantarse tan poca gente como se vee en esta relacion que se levanta en Castilla a mi parecer son tres: la una, la mucha gente común que falta por la peste que ha havido estos años atras, con que se ha encarecido tanto las labores ordinarias que nadie quiere ser soldado, sino acudir a la mucha ganancia que en esto tienen. La segunda, es ser tan mal pagados en los presidios y partes adonde los llevan y la hambre y desnudez que pasan en ellas... La tercera, el mal tratamiento y desfavor que les hazen todas las justicias ordinarias generalmente”<sup>47</sup>.*

---

<sup>43</sup> PARKER, 2013: 72.

<sup>44</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 887.

<sup>45</sup> PARKER, 2013: 199-200.

<sup>46</sup> THOMPSON, 21, (Barcelona, 2003): 23.

<sup>47</sup> THOMPSON, 21, (Barcelona, 2003): 23. Citando un documento expedido desde el Consejo de Guerra a fecha del 25 de abril de 1602. AGS.GYM. 593.

La campaña de Portugal sin duda tuvo una influencia crucial en este proceso de regresión demográfica. Tras muchos años de paz interior, Castilla lejos de incrementar su densidad de población tuvo que soportar una migración constante de sus jóvenes, tanto a la guerra como a América. Esto produjo una baja concentración de población en el territorio que condicionó el sistema de explotación de la tierra de una manera extensiva y no intensiva. Ante los crecimientos de la población se procedía a la roturación de más tierras, no a la inversión para aumentar la producción de las mismas, y esto se traducían en cultivar más, pero no mejor. De esta manera, a pesar de que el campo acogía una gran mano de obra, no producía suficiente para ofrecer unos salarios como ofrecía el ejército, lo cual supuso un gran atractivo. A pesar de ser un sistema frágil por la poca población que lo sustentaba dada la sangría migratoria a la que antes he aludido, el sistema se acomodó con la política de exportación de la guerra de los Austrias. Sin embargo, cuando la guerra se produjo en territorio peninsular, se vieron las limitaciones, castellanas especialmente, para mantener un proyecto internacional tan ambicioso como era el de Felipe II. A las necesidades de una campaña militar tradicional, que era principalmente el expolio de los extractos jóvenes masculinos de la pirámide social, se unió que fueron las propias poblaciones castellanas (y portuguesas) las que sufrieron el impacto del paso de los ejércitos, su mantenimiento, sus saqueos, la destrucción que provocaban... En definitiva, el territorio de Castilla ya agotado de tantos años de drenaje demográfico sufrió un duro golpe que, a pesar de ser coyuntural, sus secuelas se perpetuaron durante las décadas siguientes<sup>48</sup>. Para realizar una aproximación a lo que supuso la guerra para un territorio como Castilla, se estima que el 10% de los nacimientos masculinos eran absorbidos cada año por el ejército para cubrir su continua necesidad de efectivos<sup>49</sup>.

Por lo que respecta a las levadas de jóvenes voluntarios, no se dejaba nada al azar y presentaban un esquema bien definido. El Consejo de Guerra anunciaba un levantamiento de tropas y seleccionaba a los capitanes mejor cualificados a los que encomendaba reunir cierto número de reclutas en una determinada zona y en un plazo de tiempo relativamente prudente, todo ello previamente estipulado y definido desde las altas instancias gubernamentales. Para tal fin, los capitanes seleccionados se trasladaban a la zona que se les había asignado junto con un puñado de hombres, normalmente compuestos por unos

---

<sup>48</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 886. Tal y como recoge el autor en la tabla, el desplome del promedio del número de efectivos se ve patente en la década de los 80, recuperándose parcialmente en los años siguientes, pero sin llegar a las cifras previas a la crisis.

<sup>49</sup> THOMPSON, 21, (Barcelona, 2003): 24.

cuantos veteranos además de un pífano y un tambor para anunciarse. Junto con su presencia y la ordenanza real, estos capitanes contaban con la colaboración directa del gobierno local y de personajes con cierta influencia, renombre y poder en la zona, como terratenientes, los cuales facilitaron la labor de reclutamiento.

Lo cierto es que este esquema, en lo que respecta al planteamiento, dejaba poco margen a fracasar: jóvenes voluntarios que se apresuraban a servir con las armas al monarca en cualquier confin de los dominios de la Monarquía Hispánica, con mandos capaces y experimentados. Sin embargo, la realidad no se ajustaba siempre a ese marco teórico, por lo que, en la práctica, la renovación de los ejércitos del Rey Católico no estuvo exenta de conflictos y dificultades para su puesta en marcha.

El perfil del recluta no estaba ni está muy definido, por lo que no experimentó muchos cambios a lo largo del tiempo. Era un hombre, en un rango de edad entre los 20 y los 44 años, aunque ambos límites se burlaban con facilidad dependiendo de la necesidad de los capitanes de reunir efectivos<sup>50</sup>. Siendo voluntario o no, el desprendimiento de un gran número de varones jóvenes muchos de los cuales no volverían, supuso un impacto para el devenir demográfico importante: “*Salen todos los años muchos millares de hombres para no bolver de ciento diez, y de esos casi los más viejos y estropeados*”<sup>51</sup>.

En lo que respecta a su origen, no se puede saber con exactitud, puesto que la geografía del reclutamiento no solía coincidir con la geografía del recluta. Según la tónica general, normalmente tenían un origen urbano, pechero y sin oficio. Sin embargo, los datos pueden resultar sumamente engañosos ya que, según señalan algunos autores, existía un gran grupo susceptible de ser incorporado al mundo militar, los desheredados del medio rural<sup>52</sup>. En primer lugar, el origen de un soldado sólo se puede saber si se ha registrado esa información cuando se alistó, y esos datos o son poco fiables en lo que se refiere a las preguntas respondidas o son susceptibles de ser falsos, ya que los soldados podían mentir. A pesar de que se especificaba que sí había que preguntar el origen<sup>53</sup>, la

---

<sup>50</sup> THOMPSON, 21, (Barcelona, 2003): 35. El autor recoge que en una ocasión se encontró enrolado un niño de 14 años, remarcando además de su irregularidad, que era una práctica tolerada.

<sup>51</sup> SUAREZ DE FIGUEROA, Cristóbal. *El pasajero*. Citado por: THOMPSON, 21, (Barcelona, 2003): 23.

<sup>52</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 914.

<sup>53</sup> THOMPSON, 21, (Barcelona, 2003): 19. Las instrucciones al capitán Pedro de Ardana en 1565 para reunir gente eran claras: “...mirando que toda ella sea útil, y que no sean viejos ni mozos de menos de veinte años, prefiriendo con igualdad de calidades el que tuviera armas al que no las tuviere, y excluyendo cualquiera que tenga mal contagioso de San Lázaro ni de San Antón; se le mandó tomar muestra de la gente en presencia de la justicia del pueblo y del escribano público y formar una lista con el nombre de

distinción entre natural y vecino es muy ambigua y en muchos casos ni siquiera estaba planteada en el momento de alistarse. Es muy posible que la preocupación por el despoblamiento del campo en la Península Ibérica llevase al Consejo de Guerra a intentar protegerlo y recuperarlo, especificando en las disposiciones a los capitanes la preferencia por el recluta urbano por ser “*los más libres y desembarazados y que menos falta puedan hazer en los pueblos*”<sup>54</sup>. Sabiendo esto, es muy posible que los propios reclutas mintiesen a la hora de alistarse o prefiriesen identificarse con la ciudad cabeza de región antes que con su lugar de origen. No obstante, no se puede olvidar que durante las últimas décadas del XVI se asiste a una recesión en las ciudades, lo que pudo llevar a que la parte de la población que no recuperó el campo acabase en las filas de los ejércitos de la monarquía. Con ello no pretendo decir que el campo adelantase a las ciudades en lo que se refiere a proporcionar hombres a los capitanes. La ciudad disponía de unas condiciones que las hacían idóneas para el reclutamiento, mientras que en el campo, en muchas ocasiones la tierra no escaseaba con lo que siempre ofrecía un medio de vida especialmente a partir de la década de los 80 del XVI. En la ciudad los sistemas de limosna se fortalecen por la cantidad de individuos que no han podido integrarse en las actividades económicas de la urbe, de igual manera que criminales o gentes sin un oficio definido, que se convertían en blancos perfectos para la captación de soldados.

De igual manera, existía una población itinerante sin un origen claro que iba en pos de las banderas de los capitanes para enrolarse<sup>55</sup> y que recorrían grandes distancias para incorporarse al ejército o por lo menos alistarse, aunque no llegase a embarcar. Ejemplo de lo común de este movimiento en la época es el reflejo que se hace del mismo en la literatura de la época:

*“Señor —replicó el mancebo—, yo llevo en este envoltorio unos greguescos de terciopelo, compañeros desta ropilla: si los gasto en el camino, no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con que comprar otros; y así por esto como por orearme voy desta manera hasta alcanzar unas compañías de infantería que no están doce leguas de aquí, donde asentaré mi plaza, y no faltarán bagajes en que caminar de allí adelante hasta*

---

*cada soldado, y cuyo hijo era, y las señas que tuviere, y de donde era natural, como se acostumbraba...”*. De igual forma ocurre con las instrucciones dadas al capitán Marcos Hernández en 1597 “*Llegado que seays a la caveza del distrito que se os a señalado... recibireys los soldados que vinieren a asentarse en ella, listandolos por sus nombres y cognombres, vezindad, filiacion, naturaleza, señas y hedad...*”.

<sup>54</sup> THOMPSON, 21, (Barcelona, 2003): 31.

<sup>55</sup> THOMPSON, 21, (Barcelona, 2003): 27.

*el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena. Y más quiero tener por amo y por señor al rey, y servirle en la guerra, que no a un pelón en la corte*<sup>56</sup>.

Por otro lado, muchos veteranos se volvían a alistar en cuanto podían, bien porque en la sociedad civil no disponían de ningún futuro para ellos o bien por gozar de las ventajas del mundo militar. Estos reenganches eran bastante comunes. Procedentes de licenciados o de deserciones, se les reconocía fácilmente bien porque poseyesen su propio armamento o bien porque tuviesen secuelas físicas comunes en los militares, tales como cicatrices o marcas de pólvora en la cara, producto del uso de armas de fuego.

En lo que se refiere a su origen estamental, tampoco está muy claro. El paradigma tradicional trataba a la fuerza militar del Rey Católico como un ejército de hidalgos. En base al testimonio que dejó Sancho Dávila acerca de la infantería en Flandes “*Mucha nobleza y gente particular que entre la Infantería Española suele aver*” se podría sentenciar, y de hecho se hizo, que el ejército español tenía como uno de sus pilares fundamentales y más numeroso a la clase nobiliar<sup>57</sup>. Sin embargo, la población hidalga española no podía por sí sola ser el grupo social que más hombres aportase al ejército, no digamos ser el único grupo que lo hacía. A pesar de que sus contemporáneos destacasen que los tercios debían sus victorias a la presencia mayoritaria de nobleza en sus filas, es un hecho que para que la población hidalga hubiera satisfecho las necesidades del ejército, el alistamiento tendría que haber sido total<sup>58</sup>, sistema que por tanto hubiera borrado a los hidalgos masculinos de la sociedad castellana. De igual manera, la geografía de los reclutamientos, que se presentaba más o menos equilibrada en cuanto a la obtención de hombres, debería haber estado completamente descompensada. Para realizar los reclutamientos, el territorio se dividía en conscripciones con un número más o menos similar de vecinos, donde actuarían los capitanes para reunir jóvenes. De ser la totalidad de los reclutas hidalgos, lo lógico sería pensar que las zonas con mayor porcentaje de hidalguía en el norte peninsular (Vizcaya, Asturias, León, Burgos Guipúzcoa y Trasmiera) tendrían una carga mucho mayor en la aportación que las de la Meseta y el

---

<sup>56</sup> CERVANTES SAAVEDRA, 1615, capítulo XXIV. Además de presentarnos a un joven que se traslada deliberadamente en busca de un capitán para alistarse también plasma la idea del servicio directo al monarca como el más noble de los servicios.

<sup>57</sup> QUATREFAGES, 1979: 295.

<sup>58</sup> THOMPSON, 21, (Barcelona, 2003) 32. Tal y como señala, de la aproximada población de hidalgos en Castilla a finales del XVI (calcula unos 140.000), el número de nacimientos de ese grupo se podría aproximar en 25.000 de los cuales la mitad serían varones y de esos 12.000, 6.500 habrían llegado a los 20 años, cifra con la que a duras penas se hubiesen podido satisfacer las necesidades militares de su tiempo.

sur, donde el número de hidalgos era más reducido. Esto no era así, puesto que el 80% de las personas embarcadas procedían de provincias no hidalgas<sup>59</sup>. De igual manera, el mito de los tercios compuestos por hidalgos se desmontaba en las listas de los capitanes, en las cuales pocos aparecían con el *don* delante. Ciertamente es que no todo hidalgo podía llevar el *don*, pero si eran mayoría se esperaba encontrar más<sup>60</sup>.

Cosa distinta sería si con nobleza sus contemporáneos no se estuviesen refiriendo al origen estamental de los hombres sino al oficio del soldado y el ennoblecimiento por pertenecer al mundo militar. Es una posibilidad que al aludir a la nobleza de la infantería se estuviese primando más la estima que se le tenía al soldado, así como los valores que de una forma bidireccional quieren transmitirle y a la vez transmitía, siendo estos ejemplos de servicio al monarca y a Dios simultáneamente, defendiendo las fronteras de enemigos a la Monarquía y de herejes y musulmanes al mundo cristiano-católico. De igual manera, la hidalguía que se atribuía a los soldados españoles se puede interpretar como una explicación al rotundo éxito del modelo militar hispánico durante todo el siglo XVI y parte del XVII, así como un salvavidas a la honra de los ejércitos tradicionales tras la revolución que supuso la pólvora y el uso de armas de fuego. En la guerra medieval primaba la caballería pesada nobiliar y era ésta la que decidía las batallas, tanto por su nobleza y favor de la providencia como su poder adquisitivo que le permitía tener un caballo pertrechado, una armadura completa y un arma del mejor acero, convirtiéndose en un auténtico tanque. Con la aplicación de la pólvora a las armas de mano, cualquier persona, pechera o no, podía derribar al caballero más noble, lo que se entendía como una deshonor doble, por la derrota y por ser derrotado por un plebeyo. El hecho de que la infantería española arrasase a la noble caballería pesada francesa en las Guerras de Italia gracias a la pólvora pudo haber motivado la búsqueda de una explicación lógica a tal debacle, optándose por ennoblecer la infantería española y con ella, a sus integrantes, fuesen pecheros o hidalgos.

En definitiva, la aportación a las filas de la nobleza no superó en ningún caso a la de la plebe, lo que en cierta medida hipotecó el futuro tanto del campo como de las ciudades, aunque nunca se descuidó esa aportación, considerándola como un factor imprescindible para el desarrollo de los acontecimientos militares<sup>61</sup>. En lo que se refiere

---

<sup>59</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 913-914.

<sup>60</sup> THOMPSON, 21, (Barcelona, 2003): 32-33.

<sup>61</sup> PARKER, 2013: 75. Al hilo de la importancia de la nobleza en las filas de la Monarquía “*gente de esta cualidad* [caballeros españoles, gente honrada, capitanes aventajados] *es la que da la victoria en las*

a los problemas “a largo plazo” que suponía para la demografía de los territorios el sostener la política fronteriza de la Monarquía hay que sumar los problemas intrínsecos al sistema. A pesar de contar con un esquema sólido y que a priori no presentaba complicación, uno de los primeros problemas surgía en torno a la figura de los capitanes. El capitán<sup>62</sup>, con una *patente* (documento mediante el cual se definía su rango ante el mundo militar y civil), recibía una *conducta* que le autorizaba a reclutar un contingente para servir al monarca en el lugar que fuese necesario. Las conductas eran expedidas por el Consejo de Guerra a aquellos candidatos que consideraban idóneos para el mando, bien en función de la hoja de servicio que presentase dicho capitán que más que un currículum era la biografía de su vida en el ejército, o bien por su poder adquisitivo u origen nobiliar. Estas conductas funcionaban como un contrato en el que un capitán se comprometía a reunir una cantidad de hombres y el estado a pagarle por ello, pero al mismo tiempo la conducta se revelaba como la culminación de un proceso de unificación del ejército bajo la mano del rey. Sólo el rey podía controlar reunir y mandar ejércitos, contrariamente al modelo medieval de ejércitos de señores feudales. Lo que se estaba haciendo expidiendo conductas no era sólo un contrato, sino que se estaba concediendo permiso a otra persona que no fuera el rey a reunir una fuerza armada siempre dependiente y bajo las órdenes del monarca. De esta manera se reafirmaba el monopolio por parte del monarca de cualquier compañía armada que surgiese en sus dominios, prohibiendo de esta manera los ejércitos por cuenta propia de nobles, ya obsoletos, o de cualquier otro tipo de institución que pudiera suponer una amenaza en el futuro. Este sistema de reclutamiento por comisión aparece perfectamente descrito por Rey de Artieda hacia 1598 cuando le nombran capitán con destino a Italia:

*“Libre ya de cuidados militares [...] Gozava de este ocio y quietud bendita quando el Rey me mandó con una carta firmada en hora marcial y escrita que a Çaragoça por momentos parta y arbole en nombre suyo una bandera que en su real servicio fue la quarta”<sup>63</sup>.*

---

*faciones... y en nuestra nación ninguna cosa importa tanto como introducir caballeros y gente de bien en la infantería y no dejalla toda en poder de labradores y lacayos”.*

<sup>62</sup> GARCÍA HERNÁN y CATALÁN MARTÍNEZ, 2012: 133-134

<sup>63</sup> MARÍAS MARTÍNEZ, 6, (León, 2011): 160.

Cada vez que se anunciaba una leva, el Consejo de Guerra se veía asediado por solicitudes acompañadas de memoriales de oficiales que buscaban promocionarse en el mundo militar comandando su propia compañía, nada menos que de castellanos. Sin embargo, lo que pudiera parecer a simple vista una meritocracia, basada en la experiencia y en la capacidad de los candidatos se veía adulterada por el esquema social dominante, en el cual los roles ya habían sido repartidos en función de la cuna y por supuesto, del dinero. En el orden social teórico, la función que tradicionalmente se asignaba a la nobleza era la de la guerra, los *bellatores*<sup>64</sup>. Se entendía pues que la facilidad tanto en el aprendizaje como el éxito e ingenio militares les venía de nacimiento<sup>65</sup>, por lo que la balanza en muchas ocasiones se decantaba a su favor cuando el consejo elegía capitanes. Pero esa elección no solo se fundamentaba en la teoría de los tres órdenes. La nobleza estaba acostumbrada a mandar, a organizar y a su favor contaba con su nombre, que podía ser un aliciente para los posibles voluntarios servir a tal o cual señor, pero lo que realmente postulaba a la nobleza para encabezar una compañía es su poder económico, pudiendo costear un levantamiento de una compañía mayor o menor por sí mismos<sup>66</sup>, por lo que si había problemas o retrasos en los salarios, la nobleza se postulaba como garantía de cobro.

El hecho de que una persona se vinculase por su nacimiento en un determinado estamento social presentaba ciertos problemas, entre los cuales destacaban la poca o nula vocación de muchos así como su formación en un mundo militar que estaba en transición y cada vez más complejo, lo que hacía necesario una carrera, una cierta formación, que quizá no era imprescindible en el sistema de campañas militares medieval, pero que con las novedades que trajeron la guerra moderna como ejércitos permanentes y asedios, nuevas tácticas y estrategias aprovechando avances en la artillería e ingeniería o el desarrollo de la infantería hacía, no solo necesario, sino imprescindible, una cierta carrera o *cursus honorum* que le capacitase para dirigir. Se pretendió por tanto que la aristocracia no sólo fuese noble, sino que fuese capaz. Sin embargo, este sistema que vinculaba a la nobleza al mando se vio en cierta manera modificado debido a los puestos de mando que iban adquiriendo militares de orígenes humildes que iban escalando en la jerarquía militar a base de méritos o relaciones y finalmente se veía superado por abandono de la nobleza en cierta medida, ya que cada vez con más frecuencia sustituyeron el servicio al rey en la

---

<sup>64</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 920.

<sup>65</sup> PUDDU, 1984: 10-13.

<sup>66</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2016: 103.

guerra por el servicio al monarca en la corte y en la administración. Este fenómeno se reflejaba en una disposición real de Felipe IV en 1632 *“la disciplina militar de mis ejércitos ha decaído en todas partes, de manera que se hallan sin el grado de estimación de los tiempos pasados”*<sup>67</sup>, sospechas que se verían corroboradas ya fuese porque la nobleza ignorase la llamada del rey o bien porque desertase de las filas del ejército, tal y como ocurrió en la movilización emprendida por Olivares para sofocar la rebelión en Cataluña en 1640 o por la deserción nobiliar de las filas del ejército. La devaluación de la honra forjada en el ejército se plasmaba en palabras de sus contemporáneos, cuando en 1660 Luis de Haro acudió a defender Badajoz del sitio de los portugueses y con él sólo acudieron *“si no fueron quince o veinte hombres conocidos, no hubo otros que dejaran la corte, estimando más los deleites que no el crédito de las armas y la honra de su nación”*<sup>68</sup>.

Esta concepción del noble guerrero por derecho y por cuna estaba fuertemente enraizada, no sólo en la Monarquía Hispánica, sino en toda la Europa feudal. Debido a esta herencia sociocultural nos encontramos no sólo a linajes nobiliarios familiares de alta alcurnia en la guerra, sino a los propios soberanos cerca de esos episodios, como a Fernando el Católico o al emperador Carlos V que, si bien suponía un riesgo mayor o menor a su vida, no se concebía que el rey no estuviese presente, al menos en las grandes gestas. Sin embargo, esta tendencia a participar, tanto por derecho como por deber, se vio truncada por los cambios a los que antes he aludido, que son sólo un esbozo de la revolución militar moderna pero que resultan ilustrativos para hacerse una idea de lo que estaba por venir. La institucionalización de la guerra, la creación de un Ejército Real, compuesto por individuos de distintos orígenes (conocido en la época como ejército de naciones), pero con una sola cabeza encarnada en el monarca, el crecimiento en número y en complejidad táctica y técnica llevó a exigir a los mandos, y por ende al rey, de cierto conocimiento previo dada la trascendencia que tuvieron sus decisiones sobre el devenir de la monarquía.

La vinculación del mando a la nobleza no siempre era efectiva y en muchas ocasiones sólo servía para extender la red clientelar de los linajes poderosos fuera del mundo civil. De esta forma, al frente se extrapolaba los modos de vida que habían dejado atrás en la sociedad civil, creando una especie de ambiente cortesano en los que establecer

---

<sup>67</sup> DEFOURNEAUX, 1983: 201.

<sup>68</sup> DEFOURNEAUX, 1983: 201.

relaciones entre los miembros de la nobleza en calidad de “entretenidos”, es decir, fuera del campamento y de la actividad militar en general.

Los problemas, sin embargo, no acababan ahí. Al margen de lo competente para el puesto que fuera el seleccionado, el proceso de reclutamiento siempre planteaba dificultades sobre la marcha. No se puede olvidar que la conducta era, en última instancia, un contrato con el monarca para reunir cierta cantidad de hombres y lo más importante, que llegasen al destino pertinente<sup>69</sup>, normalmente Italia. El capitán permanecía en el lugar donde había *puesto bandera* hasta prácticamente completar la cuota de hombres acordada, liquidándola definitivamente de camino a los puertos de embarque. El problema se generaba cuando muchos de esos nuevos reclutas tomaban la primera soldada y se esfumaban, lo cual era bastante común<sup>70</sup>. Un mismo hombre, *tornillero* en la época, podía aparecer en tres listas, a veces simultáneamente y no embarcar, lo cual resultaba fácil por los métodos nulos de identificación. Cuanto más tiempo pasaba el capitán en un mismo lugar, más probables eran estas deserciones y mayor su número. De estos casos ya se tenía constancia en el Consejo de Guerra y se trató de alertar de ello a los oficiales en las conductas e instrucciones, pero las limitaciones de identificación en la época y la escasez de hombres llevó a que estos pícaros campasen a sus anchas<sup>71</sup>. Los capitanes no tenían muchas opciones ante ese dilema; o esperaban a llenar con lo que eso suponía o se movían dejando a muchos posibles voluntarios en el camino. De igual manera los mandos, ante la falta del número de hombres requerido, falseaban las listas de los mismos para cumplir con lo contratado con el rey<sup>72</sup>. Estos dos problemas, las deserciones y el falseamiento de

---

<sup>69</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 915. Un 30% de hombres no llegaba a servir donde se esperaba, ya fuese por deserción, por una baja o por ser requeridos para reforzar otra compañía cuando llegaban al destino, normalmente Italia.

<sup>70</sup> GONZÁLEZ, 13, (Valencia, 2009): 475. El propio Estebanillo hace referencia a estos grupos que “viven del tornillo”: “...Llegamos al segundo día a la dicha villa y, siendo bien admitidos del capitán y sentado la plaza, gozamos quince días de vuelo, pidiendo a los patrones empanadas de pechugas de fénix y cazuelas de huevos de hormigas. Vino la orden de que marchásemos; y saliendo de la villa de mañana, hacía nuestro capitán la marcha del caracol, dejando el tránsito a la mano izquierda y volviendo sobre la mano derecha. Prosiguió tres días con esta disimulada cautela; pero a el cuarto, enfadados todos los soldados que tenía (que éramos cerca de cincuenta), a la pasada de un bosque lo dejamos con sólo la bandera, cajas, alférez y sargento, con cinco mozas que llevábamos de bagaje”.

<sup>71</sup> THOMPSON, 21, (Barcelona, 2003): 19. Instrucciones a al capitán Marcos Hernández en 1597: “Haveys de tener particular cuydado de no recibir ningún soldado de los presidios... El mismo cuydado os mando tengays de no rezevir en vuestra compañía ninguno que no entendays yra a servirme adonde la dicha compañía fuere, ni a rufianes, fulleros, ni hombres de mal vivir que tienen por costumbre de asentarse por soldados por solo rezevir las pagas y socorros y robar en los alojamientos y despues bolverse, y asimismo no haveys de rezevir frayle clérigo ni hombre de orden sacro...”

<sup>72</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 888.

los alardes provocaba que al destino rara vez llegasen los hombres requeridos, lo que supuso un problema agravado con la crisis en los reclutamientos voluntarios.

Otro de los principales problemas que se asociaban al levantamiento de tropas en la Castilla del XVI y XVII era el del soldado voluntario. Según el planteamiento inicial, era el capitán el que se anunciaba y los vecinos jóvenes del lugar quienes se acercaban a él para incorporarse al ejército, contratando con él directamente o con uno de los oficiales que buscaba en pueblos cercanos. Para facilitar la captación, en muchas ocasiones se elegía a un capitán que fuese conocido en la zona, lo que supuso problemas, entre los que destacaban dos: al enrolarse por una figura conocida, los reclutas ante una futura disolución de la compañía se irían con el capitán con el que se alistaron y no con aquel con quien les hubieran destinado. El otro problema se daba cuando al elegir a alguien de la zona y que además tuviese cierto poder adquisitivo, dado que debía poder responder con su propio peculio a la primera soldada de su compañía si el pago del rey se retrasaba, podía darse la situación que como capitán o como un puesto subalterno del mismo acabase un prestamista o un comerciante que poco o nada sabía del mundo militar y que se había presentado para obtener beneficios, tal y como denunció Marcos de Isaba<sup>73</sup>.

El capitán ya tenía un lugar específico donde reclutar<sup>74</sup> y su presencia no pasaba desapercibida, ya que anunciaba su llegada al son de pífanos y tambores. Ya en el lugar, se instalaba normalmente en una posada, muy a disgusto de los mesoneros ya que “*viendo la bandera arbolada ninguno se atrevía allí a posar*”<sup>75</sup>, o en la casa de algún regidor. En este punto, la colaboración de las autoridades locales y señores se revelaba esencial, pues eran ellos los que controlaban a la población, es decir, los que sabían cuántos hombres eran potencialmente válidos para la leva y lo más importante, dónde encontrarlos. Los voluntarios que se alistaban recibían una soldada por adelantado, “el socorro” y la promesa de una vida nueva, un salario, honor, riquezas y botín. Si con los voluntarios no se conseguían llenar las cotas previstas de hombres, pasaban a la acción las autoridades locales que proporcionaban al capitán un censo o lista de potenciales reclutas. Los

---

<sup>73</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 900.

<sup>74</sup> AGS. GYM. Leg. 108. Doc. 91. Mediante este documento expedido por el Consejo de Guerra se especificaban los capitanes elegidos, así como los lugares donde tenían que levantar hombres para servir a tercio del maestre de campo Francisco de Valencia, “*las XIII compañías de infantería que adeaver en cada tercio*”. En primer lugar, se nombra a la máxima autoridad, Francisco de Valencia a reclutar en las villas de Alba de Tormes, Peñaranda y Béjar, así como sus *heras* y comarcas. Lope de Salazar se especifica que su lugar de acción son las villas de Medina de *Royseco* y Villalon y los lugares de sus tierras y *heras*. Por último, Joan de Aranda y Joan de Salzedo se les encomienda levantar población en Plasencia.

<sup>75</sup> THOMPSON, 21, (Barcelona, 2003): 22.

hombres de esas listas eran visitados por el capitán y sus hombres o por emisarios de las autoridades locales a captarlos con una mezcla de halagos y promesas enfatizando en la idea del servicio al rey y a la vez de enriquecerse y crecer en el escalafón social, que sea el “*monarca el que remunerere*”<sup>76</sup>. De igual manera que se atraía con las posibilidades del ejército, también se presionaba, lo cual era igual o más efectivo que lo anterior en una sociedad atemorizada por las subidas de impuestos y los castigos<sup>77</sup>. La coacción era un hecho, pero no total, sino una persuasión de las autoridades, por lo que no se puede hablar de reclutamiento forzoso *de facto* ni de una coacción a nivel general. Además, hubo zonas en las que la guerra gozaba de buena prensa, con lo que la presión de la administración no era tan alta e incluso inexistente.

Los magistrados y la administración local eran piezas vitales, pues no había nadie como ellos para extender su red clientelar, controlar a los habitantes, mandar reclutar a las casas correctas. Además, las circunstancias y por qué no decirlo, lo desorganizado que resultaba el proceso permitía a estas élites urbanas deshacerse de los miembros tóxicos, conflictivos e indeseables del municipio. Estos abusos de poder estaban a la orden del día, llegando a alistar forzosamente a maleantes, mendigos, criminales... De igual manera, tanto en el mundo rural como en el urbano, los señores y terratenientes alistaban a sus arrendatarios con la intención de que muriesen y realquilar esas tierras en condiciones más ventajosas<sup>78</sup>. En algunos casos las coacciones a las que se somete a determinados individuos para enrolarse en el ejército llegaban a ser rocambolescas, como es el caso madrileño de 1639 en el que “*azotaron a una mujer de buena casa que ayudaba a cierto capitán, su galán a buscar soldados. Conducía esportilleros con cosas de comer, cerrabalos con arte en una cueva, dejabalos sin comer hasta que sentaban plaza y tomaban paga y de este modo tenia ya remitidos infinitos*”<sup>79</sup>.

Durante el transporte de estas tropas se producía otro grave problema que socavaba aún más las labores de reclutamiento, y era el descontento de la población civil. Cuando un capitán se instalaba en una población, ya fuese una ciudad o villa cabeza de región, o un pueblo más modesto, suponía, en primer lugar, la perturbación de la paz del lugar donde empezase a “hacer gente”. No en vano Geoffrey Gates en 1579 sostenía: “*los*

---

<sup>76</sup> GARCÍA HERNÁN y CATALÁN MARTÍNEZ 2012: 134.

<sup>77</sup> GARCÍA HERNÁN y CATALÁN MARTÍNEZ 2012: 133.

<sup>78</sup> GARCÍA HERNÁN y CATALÁN MARTÍNEZ, 2012: 134.

<sup>79</sup> DEFURNEAUX, 1983: 185.

*soldados son una camada tan venenosa para su país nativo que es mejor que vomitarlos fuera de la republica ante de dejar que se alimenten de ella*<sup>80</sup>.

En primer lugar, la permanencia de los militares en la población era impredecible y aunque por lo general no se excedía más de dos semanas, al pueblo le resultaba una carga, abusiva en algunos casos, el acoger los reclutamientos. Por una parte, y como se venía haciendo desde el periodo medieval, las villas tenían la obligación de proporcionar alojamiento y viandas de forma gratuita tanto a los capitanes y su comitiva como a los nuevos soldados, así como adelantarles el socorro de un real diario si el capitán no disponía de más fondos y el pagador del rey no llegaba. Esto no supuso una carga demasiado gravosa en tanto que todo lo pagado por el concejo de la ciudad les era devuelto más pronto que tarde por el gobierno. Sin embargo, cuando los problemas económicos sacudieron a la Monarquía, estos pagos se pospusieron o en algún caso se eliminaron, dando como resultado el descontento general de todas las poblaciones en las que se levantaban hombres para el ejército.

Al igual que ocurría con lugares donde se habían establecido los capitanes, las poblaciones que estaban de paso entre a compañía y el embarcadero (desde donde partirían al lugar que estuviese especificado en la conducta<sup>81</sup>) también tenían que proveer al capitán, oficiales y hombres de alojamiento y alimento gratis, así como bestias de tiro y otros productos a un precio razonablemente bajo. Cuando las compensaciones que otorgaba el Monarca por el esfuerzo de estos lugares se acabaron, las quejas no se hicieron esperar, por otra parte, con razón. Las villas más concurridas en las rutas hacia los embarcaderos podían sufrir decenas de pernотaciones de tropas al año, como El Arahál, que por ser “*tránsito y paso forzoso*” en la vía hacia el Puerto de Santa María y Cádiz, soportaba nada menos que treinta y seis compañías<sup>82</sup>. Al descontento que provocaba la carga económica en los lugares en donde se asentaba o pernотaba una compañía en formación se sumaban los problemas, altercados y robos que provocaba a su paso, robos que fueron tan generalizados que quedaron condensados en el saber popular como una

---

<sup>80</sup> PARKER, 1991: 30.

<sup>81</sup> AGS. GYM. Leg 108, doc 58. En este documento se especifica donde se tiene que alojar la infantería italiana previo a su embarque. Expedido por el Consejo de Guerra no sólo se define la ruta, sino que especifica el número de vecinos que contiene cada población, en este caso, villas de señorío, así como las aldeañas y, dicho sea de paso, también valoraciones respecto al territorio: “*pueblos qeson de señorío se pueden alojar las [compañías] de italianos porque es tierra abundosa y que con [sic] hallaran de comer*”. En el documento aparecen las poblaciones de Ximena, Gibraltar, Tarifa y Casares, entre otros, especificando a cuantas leguas están de distancia y el número de vecinos para planificar el alojamiento y las posibilidades de abastecimiento.

<sup>82</sup> THOMPSON, 21, (Barcelona, 2003): 22. Consejo de Guerra 1-6-1624, AGS. GYM. 899.

regla no escrita y que más tarde serían plasmados en la literatura, como en la obra de Jerónimo de Alcalá Yañez:

*“llegamos una tarde a un lugarcillo de pocos vecinos adonde estando alojados los soldados, echaron el ojo a unos carneros que pacían en una cerca no muy apartada del pueblo, y llegada la noche, que fue oscura y acomodada a su propósito, cuatro compañeros fueron a visitarlos, trayendo consigo a la vuelta al cuerpo de guardia ocho dellos”*<sup>83</sup>.

La vida militar, como se ha podido ver en los perfiles de los alistados, no siempre atraía a la población más honrada y devota, sino que a la llamada de los capitanes acudía y se concentraba todo el espectro social: jóvenes, adultos, personas de orígenes rurales y urbanos, licenciados o desertores que buscan un nuevo reenganche, maleante, pícaros... La concentración de este variopinto grupo en un lugar durante un periodo de tiempo (no muy largo, pero sensible) provocaba conflictos con las poblaciones locales, como robos o peleas. El rechazo a alojar soldados era en muchas ocasiones aprovechado por los propios capitanes para hacer marchas de caracol<sup>84</sup>, es decir, retrasar las marchas e ir rodeando pueblos que, alarmados por el paso de tropas, habían sobornado al oficial pertinente<sup>85</sup>.

Un ejemplo de la intimidación que ejercían las compañías sobre la población ha quedado reflejado en la documentación producida por el Consejo de Guerra el 5 de octubre de 1624, en la cual se describen los “*desordenes pesadumbres y robos*” que se estaban perpetrando en Sahagún, los cuales se explicaron “*por haver crecido tanto el numero de gente, respecto de que como han salido las de Valladolid y Palencia, todos los soldados que dellas se han ausentado han acudido alli y tiene la tierra tan amedrentada que no osan los vezinos salir de su casa*”<sup>86</sup>.

A pesar de los problemas derivados, este sistema logró mantenerse siempre que la demografía fuera positiva y el salario militar fuera a su vez igual o más alto que el del campo. Además, el hecho de que estos reclutamientos se produjesen en los tiempos muertos agrícolas favorecía el enganche de tropas. Sin embargo, para completar los cupos, no faltaron la picaresca en los registros ni las falsas promesas en pro del enrolamiento masivo de jóvenes. Sin embargo, en las ocasiones en las que los voluntarios no son suficientes, la corona hizo uso de intermediarios: se encomendaba a las autoridades

---

<sup>83</sup> ALCALÁ YAÑEZ, 1626: 26.

<sup>84</sup> GONZÁLEZ, 13, (Valencia, 2009): 475. Se da a entender que marchaban evitando las poblaciones cuyos regidores habían pagado un soborno a los oficiales.

<sup>85</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 1000.

<sup>86</sup> THOMPSON, 21, (Barcelona, 2003): 25. En relación con el debate surgido por los conflictos que provocó la compañía levantada por Don Martín de Avedaño en Sahagún.

locales o a las personas ilustres que fomentasen el reclutamiento, bien fuera por medio de concesiones, privilegios o capitulaciones entre el rey y el señorío o ciudad.

Cuando la demografía caía y el reclutamiento voluntario se enrarecía<sup>87</sup>, la corona subcontractaba las labores de captación de hombres a la causa militar en sus territorios a cambio de una considerable suma de dinero. El asentista se comprometía a conseguir un número de hombres en un determinado plazo y la corona a pagarle por su labor una suma inicial y luego periódicamente para pagar las soldadas, los gastos etc. Esto supuso dos problemas: en primer lugar, resultó caro y en segundo, los datos se falseaban para cumplir con los objetivos, con lo que rara vez era la que llegaban los hombres acordados al frente. Sin embargo, era un sistema rápido para la monarquía a la hora de conseguir hombres en tiempos de necesidad y aún más rápido si había habido conflictos recientes. Como ejemplo, las movilizaciones que llevo a cabo el duque de Alba en 1568 contra la invasión de Guillermo de Orange fueron más fáciles porque se contaba con las tropas reclutadas en 1566 para combatir a los iconoclastas y que acababan de ser licenciadas un año antes, en 1567<sup>88</sup>.

La figura del asentista no dejaba de ser controvertida y su existencia chocaba con el esquema principal, pero su labor se hacía necesaria, en primer lugar para conseguir tropas rápido, sin importar los costes y en segundo lugar porque el monarca no podía expender conductas para reunir hombres fuera de sus fronteras dado que entraría en conflicto con la soberanía de otros príncipes o estados, pero eso no era impedimento para el asentista que, como empresario de la guerra, podía reclutar en cualquier parte por medio de un acuerdo, *Bestallung* o *Accord*<sup>89</sup>. Gracias a este sistema, se pudo contar en las fronteras con hombres de los territorios italianos no hispánicos o de Inglaterra, por poner dos ejemplos. No se puede pasar por alto que estos asentistas se ponían al servicio del mejor postor y que los hombres que eran reclutados de esta manera reconocían la autoridad del asentista (que era de quien recibían el sueldo) o en su defecto de un capitán nombrado por el asentista, no al rey, príncipe o estado por el que peleaban. Para asegurar su lealtad, se les concedían pensiones periódicas por esa fidelidad y principalmente por evitar su servicio al enemigo. Estos asentistas y mandos, auténticos empresarios de la guerra, no tuvieron ningún escrúpulo en aceptar pensiones de diversas autoridades con lo

---

<sup>87</sup> GONZÁLEZ, 13, (Valencia, 2009): 476. "...Es cosa muy fácil hallar a un capitán y muy dificultosa juntar cincuenta soldados".

<sup>88</sup> PARKER, 2013: 73.

<sup>89</sup> PARKER, 2013: 73-74.

que, en caso de conflicto, el cruce de intereses y el solapamiento de servicios les impedía intervenir en favor de unos si con ello incumplía su contrato con otros. Para evitarse esto, los monarcas y estados contratantes pagaban cuando se aproximaba un conflicto cantidades mayores a estos pensionistas, tanto para comprar su lealtad como para asegurarse la disponibilidad inmediata de un contingente considerable, o al menos, mantenerlo en alerta, aunque finalmente no se recurriese a él. Este pago fue conocido como *Watergeld*. Las tropas pagadas con el *Watergeld* no podían servir a otro príncipe<sup>90</sup>. Con ello, no solo obtenían grandes beneficios, sino que minimizaban las pérdidas y lo que es más importante, el riesgo para los asentistas.

De igual forma que se recurrió a los asentistas para obtener hombres fuera de las fronteras de la Monarquía, se trató de derivar la tarea de reunir hombres a las ciudades, a los señores e incluso a capitanes particulares en los momentos más críticos. A pesar de que con estas medidas se relajaba en parte el monopolio estatal sobre el mundo militar, especialmente en lo que respecta al nacimiento de compañías, las necesidades de hombres en el exterior y la incapacidad no sólo para mover recursos a las fronteras sino también a personal requerían de medidas extraordinarias. Al derivar responsabilidades, se delegaba también la metodología a seguir y se producían en masa episodios como los ya mencionados de alistar a maleantes y mendigos por parte de las ciudades y de arrendatarios por parte de los nobles para volver a arrendar el terreno a mejor precio. Este fenómeno, que empezó a experimentarse durante los últimos años del reinado de Felipe II escondía una contradicción con el modelo que había dominado durante todo el siglo XVI, ya que la noción de soldado voluntario desaparece con la actuación de estos intermediarios cuya metodología se asemeja más a un sistema de quintas o conscripción amparado por la monarquía<sup>91</sup>.

A pesar de todas las iniciativas emprendidas por la corona para fomentar el reclutamiento voluntario, en el plano práctico y en el plano teórico<sup>92</sup>, la realidad es que, en algunas ocasiones, especialmente a finales del siglo XVI en adelante, el número de

---

<sup>90</sup> PARKER, 2013: 73-74.

<sup>91</sup> THOMPSON, 21, (Barcelona, 2003): 23.

<sup>92</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 57. Ante la acuciante necesidad de hombres, los propios teóricos, intelectuales, tratadistas... señalaron el problema y apremiaron a la monarquía a enmendarlo, haciendo referencias constantes al pasado y a la voluntad pretérita del pueblo a formar parte del mundo militar. Desde las propias autobiografías de los mandos que servían en las fronteras se plasmaba esta necesidad de hombres, como es el ejemplo de la obra del capitán Alonso Vázquez *Los sucesos de Flandes y Francia del tiempo de Alexandro Fárnese* en la que instaba a “*leuantar los animos a las personas ociosas de nuestra nación para que se inclinen a el Arte militar que tan perdido y arrinconado está*”, obra publicada hacia el siglo XVII sin saber con exactitud la fecha.

jóvenes dispuestos a servir en el frente fue cada vez menor, por lo que el levantamiento de tropas se tornó cada vez más difícil, de forma que se tuvo que recurrir a las levadas forzadas. Levadas forzadas que afectaban a todos los hombres a excepción de parte de la nobleza y profesionales cualificados cuya función era necesaria para las labores de producción, administración, etc. Así mismo, se pretendió incorporar a mendigos y a criminales en masa por medio de capitulaciones y a modo de pago por los crímenes y reducción de condenas.

La escasez de hombres que se prestaban voluntarios no solo tuvo repercusiones en el volumen de hombres que componían cada compañía, sino que tuvo un impacto económico reseñable, dado que las necesidades eran las mismas y el recurso de externalizar el problema contratando asentistas se hizo cada vez más común, pero los servicios de éstos, como he mencionado, no eran baratos. El esfuerzo económico y logístico que realizaba el Rey Católico para enviar sus tropas, en especial a los Países Bajos españoles a partir de 1621 no sólo por el coste de estos asentistas, sino por el corte de rutas tradicionales y la búsqueda de otras adicionales que permitieran la conexión Milán-Amberes, quedó reflejado en el imaginario popular condensándose en la expresión “*plantar una pica en Flandes*” como sinónimo de empresa casi imposible<sup>93</sup>.

---

<sup>93</sup> DEFOURNEAUX 1983: 199.

## **2. VIDA MILITAR EN EL FRENTE: EL EJÉRCITO EXTERIOR**

### **2.1. Impacto del ejército sobre sus cimientos: Las poblaciones emisoras y la hacienda del Rey. Un fenómeno de dos caras**

Una vez captados, los reclutas eran conducidos por sus capitanes al destino pertinente. La dinámica política exterior de los Austrias, así como sus fronteras en permanente actividad requirieron de un suministro de hombres fluido y constante. La necesidad de soldados en el Mediterráneo, en Milán y el Camino Español y por último, en Flandes fueron permanentes, lo que llevó a la movilización de una cantidad ingente de hombres, tanto castellanos como del resto del imperio, al frente. La guerra por si misma se presentó como una oportunidad para los monarcas de reafirmar su poder: por un lado, exportando la guerra se pacificaba el interior y por otro se reafirmó el monopolio de la fuerza militar por parte del rey, reduciendo a la nobleza a un ambiente cortesano y superando los ejércitos privados medievales<sup>94</sup>.

Los ejércitos permanentes requerían cada vez de más inversión pero a su vez se convirtieron en un poderoso agente de demanda de bienes y servicios, lo que fomentó la producción gremial de la zona y una especie de industrialización para abastecer en munición y armas con el auge de la balística: se requería muchísima producción en poco tiempo, lo que llevó a la inversión, crecimiento y especialización de ciudades en determinadas materias (como son los casos de Medina del Campo, de Málaga y de Barcelona con la industria de munición que a pesar de no asemejarse a la producción de otros territorios, tuvieron un peso importante)<sup>95</sup>. Así pues, la guerra suponía una dinamización económica. También permitió a las administraciones mandar a morir a los elementos indeseables de la sociedad: maleantes, delincuentes, vagos y mendigos, así como del excedente demográfico, especialmente en el XVI cuando el campo castellano vio limitadas sus posibilidades productivas y no pudo alimentar a un gran volumen creciente de jóvenes que vieron en el ejército una solución convincente y de futuro, produciéndose enrolamientos masivos. De igual manera ocurría en las ciudades cuando el crecimiento demográfico superaba la capacidad y las posibilidades de la propia ciudad de emplear a tanta gente, una de las soluciones que siempre se representaba era alistarse. Este fenómeno de expansión demográfica y los problemas que tuvo tanto el campo como la ciudad de absorber a tal magnitud de jóvenes sanos no solo se produjo en la Península

---

<sup>94</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 920-922.

<sup>95</sup> PI CORRALES, 2002: 32.

Ibérica sino en muchos puntos de Europa. Algunas zonas de la Confederación Helvética se especializaron en la exportación de jóvenes al servicio de quien les pagase la soldada, ya fuera un monarca o un asentista. Este movimiento fue tan rentable para estos jóvenes sin posibilidad de medrar en sus localidades de origen como criticado por ciertos sectores políticos y eclesiásticos que veían en el éxodo de jóvenes un problema a largo plazo. Al igual que en Suiza, territorios de la actual Alemania, Irlanda etc. se especializaron en la exportación de este producto<sup>96</sup>. Las compañías de mercenarios eran, por tanto, una realidad. A pesar de que los proyectos de reclutamiento se basaban en el voluntariado y que los soldados españoles eran más valorados y mejor pagados, la realidad del contexto requería de estos profesionales que, además, eran gran parte de las fuerzas militares, no sólo de la Monarquía Hispánica sino de todas las europeas. Este fenómeno conllevaba a la creación de ejércitos de naciones de los que el del Rey Católico era la mejor muestra<sup>97</sup>. A pesar de ser una realidad cotidiana, lo cierto es que no se apreciaba la figura del mercenario, siendo constantemente objeto de sospecha y críticas. Se les acusaba de crueles, buscando el beneficio rápido en el saqueo, poco fieles y propensos a los motines. Esta desconfianza no sólo venía de las capas altas del gobierno, sino también del pueblo llano que convivía con las tropas destacadas en su zona.

Sin embargo, a la larga, este movimiento principalmente de hombres jóvenes tuvo un impacto nefasto para las poblaciones emisoras, que perdían tanto en volumen, como en fuerza productiva y lo más importante, perdían futuro con la marcha de un gran número de varones jóvenes que sabe Dios si volverían y en qué estado, como ya mencioné con anterioridad. Las necesidades militares que, mientras hubo abundancia, se podían satisfacer de forma fácil se tornaron una carga importante para una Castilla agotada y con una acusada despoblación a principios del XVII. Además del impacto demográfico, la sangría de población provocó una reducción del consumo, así como del comercio y, por ende, de lo que dinamizaba una localidad y permitía su desarrollo. A pesar de los inconvenientes, las fronteras no fueron nunca un asunto negociable para la Monarquía.

---

<sup>96</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 893-895. A pesar de las críticas de intelectuales como Zwinglio, que veía como nociva la sangría de jóvenes de los campos suizos a la guerra europea, lo cierto es que Suiza en particular y muchos estados en general se convirtieron en auténticos exportadores de infantería en el caso suizo, irlandés o valón, o caballería como es el caso albanés.

<sup>97</sup> GARCÍA HERNÁN y CATALÁN MARTÍNEZ, 2012: 109-110.

## 2.2. Claroscuros de la vida en el frente: De las buenas telas y los adornos a los harapos y la necesidad. El problema de las pagas y el falseamiento de datos

El soldado luchaba en tres frentes: contra el enemigo, contra el clima, las malas condiciones que le rodeaban, y tal y como describe Francisco de Aldana en los versos de su correspondencia, contra sí mismo:

*“Nosotros obedeciendo  
lo que ellos mandan en todo,  
por el agua y por el lodo  
pasando, andando  
y viniendo  
sin descansar de algún modo”<sup>98</sup>.*

A la posibilidad de morir en batalla se unían las pésimas condiciones en el campamento. La vida del soldado en el frente se caracterizó por las malas condiciones higiénico-sanitarias, el hambre, la disciplina, las inclemencias del tiempo... Pobreza, en definitiva, en especial en la comida y en la vestimenta, pues los uniformes no se generalizaron hasta el XVIII, con lo que el estado, si se puede denominar de esta forma, rara vez aseguraba a sus soldados de una dotación constante de ropa de abrigo<sup>99</sup>.

La libertad que se otorgaba en las vestimentas fue total, por la razón económica a la que antes he aludido y porque se consideraba que los colores, las plumas y las buenas telas, hacían que el soldado español luchase con más arrojo. Tanta era la expectación y la fama de estas tropas que cuando Pierre de Brantôme supo de la llegada a Lorena de los tercios comandados por el Duque de Alba procedentes de Italia no perdió el tiempo y fue en su busca para:

*“ver a esa gentil tropa de bravos y valientes soldados... todos viejos y aguerridos, tan bien vestidos y armados que se les podría tomar antes por capitanes que por soldados... y hubierais dicho que eran príncipes, tal altivos eran y con tanta arrogancia y gracejo desfilaban”<sup>100</sup>.*

La vanidad de algunos hombres era tal que desde las altas instituciones prohibieron estas muestras de altanería con las leyes suntuarias de 1623 y en adelante<sup>101</sup>.

---

<sup>98</sup> MARÍAS MARTÍNEZ, 6, (León, 2011): 151.

<sup>99</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2016: 176.

<sup>100</sup> DEFOURNEAUX, 1983: 184.

<sup>101</sup> PARKER, 2013: 206. Cada tercio se caracterizaba por su forma de vestir gracias a esta variedad que proporciona la no imposición de ningún uniforme, sólo los símbolos propios entre los que destaca la cruz de borgoña, rojo, en un sitio visible preferentemente el pecho. La variedad en la vestimenta provocaba

Sin embargo, la actividad frenética y nómada de los soldados estropeaba enseguida estos lujos convirtiéndolos en harapos. Por tanto, aquellos que en un principio parecían príncipes con su indumentaria, tras las marchas, las inclemencias del tiempo, los saqueos y alguna escaramuza acababan asemejándose a una compañía de pícaros y mendigos. Sin embargo, la mala imagen de cara a la galería no era el mayor de los problemas del gran gigante militar que defendía los intereses de la monarquía.

Las limitaciones no sólo se reducían a la ropa. Las dificultades que tenía el gobierno para pagar a sus hombres se tradujeron a su vez en un deterioro tanto de la caballería como de la infantería con armas de fuego, pues sus sueldos eran mejores, pero era el propio soldado el que debía pagar por el mantenimiento de su equipo, tanto del caballo como de la pólvora y las balas. Si el sueldo no llegaba, pagar estos costes resultaba imposible, con lo que muchos caballos murieron, así como arcabuceros que debido a sus limitaciones disparaban lo que podían y no lo que debían<sup>102</sup>. La falta y la tardanza en las pagas ponía a los soldados en una situación precaria, que, sumada a la corrupción generalizada en los mandos, creaba una situación difícilmente sostenible pero curiosamente bastante duradera. El estado, cuando podía y si es que podía, pagaba a los mandos o asentistas el montante equivalente a los sueldos de los hombres a su cargo. Movilizar tantos recursos tan lejos suponía uno de los primeros obstáculos que retrasaban las pagas de los soldados.

Los mandos y capitanes, que en un principio debían repartir el dinero del Rey entre los hombres a sus órdenes, lo acaparaban para su propio beneficio demorando si cabe, aún más, la soldada de sus subordinados. A fin de cuentas, si los soldados debían esperar, esperarían<sup>103</sup>, más aún si estaban destinados lejos de sus hogares, sin conocimiento del idioma y sin medios para volver. Esta corruptela estaba tan generalizada y conocida que los propios tratadistas militares, así como religiosos y morales tocaron y sancionaron este tema, como Juan Pérez de Vargas, que en *Manual de avisos morales*

---

motes entre los propios tercios como el de “*los sacristanes*” por su estilo sobrio de negro castellano, o todo lo contrario, como es el caso de la compañía conocida como “*los almidonados*”.

<sup>102</sup> PARKER, 2013: 206-207. El caso de la caballería es aún más sangrante. Muchos de “a caballo” andaban siempre a pie, sus caballos habían muerto por falta de cuidados o en combate, y los que todavía andaban a caballo apenas se movían. En 1576, por ejemplo, los caballos de la cuadra del anterior capitán general, don Luis de Requesens, fueron sacados a subasta. Dos infortunados animales estaban tan “*estropeados y mancos*”, que no hubo quien los comprase ni en Amberes ni en Bruselas; así que fueron vendidos a la caballería ligera. La solución del gobierno de volver a dotar al cuerpo de caballería de corceles a crédito no hizo más que recrudecer el problema.

<sup>103</sup> PARKER, 2013: 202. El autor rescata el caso de Don Sancho Martínez de Leyva que fue condenado y cumplió pena de cárcel en 1594 por embolsarse 10.000 florines destinados a sus hombres.

escrito en 1577 señala a los oficiales: “*En manera alguna – dice a cada uno – no quites a tus pobres soldados parte de el poco sueldo que ganan y les pagan*”<sup>104</sup>. No hay que olvidar que el dinero que mandaba el estado a los capitanes era en concepto de salario a cada soldado que estuviera a su cargo, pero, al menos hasta que no se generalizó la figura de un pagador general, el monarca sólo tenía la ilusión de control sobre el número de soldados que servían en el frente. Y hablo de ilusión de control ya que dependía en última instancia de los alardes sobre el terreno que hacían los capitanes, a partir de los cuales se calculaban los sueldos. Sin embargo, los oficiales no iban a perder la oportunidad de obtener pluses en su salario, aunque fuese a costa del reprochable, y por otra parte delictivo, acto de falsear los números de estos alardes<sup>105</sup>, ya fuese colocando a bisoños como veteranos (los veteranos cobraban mayor sueldo que los bisoños, con lo que esa diferencia de sueldo eran beneficios para el capitán), manteniendo en las listas a soldados que habían muerto o habían desertado<sup>106</sup>, e incluso contratando a campesinos de la zona a cambio de una pequeña compensación para que se presentaran el día del alarde fingiendo ser soldados (figura que era tan recurrida por la oficialidad de la época que se ganó el mote de *santelmo* por su fugacidad)<sup>107</sup>. Sin embargo, la distancia y la complicidad<sup>108</sup> de sus compañeros y superiores hicieron de estas prácticas algo de sobra conocido pero muy difícil de parar<sup>109</sup>. Los casos de fraude y malversación de fondos fueron tan significativos, y en muchos casos tan flagrantes, que requirieron la formación de comisiones de investigación particulares para acabar con esa lacra. Hubo condenas, pero nunca se desmontó el sistema, a pesar de que desde el punto de vista ideológico condenaba públicamente estos actos pero que los cometía y permitía en privado. La condena pública no sólo llegó desde las autoridades terrenales. Los propios tratadistas

---

<sup>104</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 60.

<sup>105</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 60. El autor rescata un fragmento de la obra de Possevino *Libro llamado el Soldado christiano*, traducida al castellano por Diego de Mora: “*si me dixere que ya es vsança y costumbre muy antigua en la guerra que teniendo menor numero de Soldados diga que tiene mas y se approueche de las pagas destos que no son, yo lo llamo abusso y corruptela y no costumbre*”

<sup>106</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 58. El autor rescata las palabras de Nuñez de Velasco en *Dialogos de contención entre la milicia y la ciencia*, escrito en 1614: “*se le hurtan al Rey muchas plaças, estando en las listas de las compañías viuos, que por muerte, ò por ausencia ha mucho tiempo faltan*”.

<sup>107</sup> PARKER, 2013: 202.

<sup>108</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 59. A colación de la complicidad de la oficialidad para perpetuar el fraude, el autor rescata de *Dialogos de la vida del Soldado*, escrito por Diego Nuñez Alba en 1589: “*...unos son los que aprouechan posición para enriquecerse a costa de los soldados, otros que son los que deberían denunciarlo no lo hacen y lo disimulan para llevarse su parte*”

<sup>109</sup> GONZÁLEZ, 13, (Valencia, 2009): 454. Tal y como se refleja en esta obra, este fenómeno era más que puntual, algo común. “*...por los grandes provechos que tenía y por tirar plaza de soldado en una compañía que tenía sesenta soldados efectivos para entrar a la guardia y ciento y cincuenta para el día de la muestra.*”.

eclesiásticos criticaban duramente estas prácticas, pues no sólo era un hurto al monarca y una manifestación de la avaricia de los hombres, sino que luego estos beneficios iban a parar a actividades poco lícitas tal y como señalaba el jesuita Francisco Antonio: “*lo hurtado no sirue sino para juegos, banquetes, pompas y malas mujeres*”<sup>110</sup>.

De esta corrupción sistemática el autor Geoffrey Parker ha rescatado varios casos muy sonados de este tipo de prácticas del que me gustaría destacar el de Don Gastón de Spínola, maestro de campo, futuro conde de Bruay y consejero de confianza de los archiduques, que malversó fondos según se pudo demostrar en 1598 por valor de 18.000 florines en sueldos de gente que no eran soldados. Este tipo de prácticas eran tan habituales que para intentar paliarlas o por lo menos amedrentar las mismas se crearon instituciones con un carácter duradero o permanente como la Real Comisión de Investigación en los Países Bajos en cuya producción documental se pueden encontrar ese tipo de casos con sus investigaciones y sentencias por cientos<sup>111</sup>.

Mientras tanto, los soldados se encontraban al límite de subsistencia. A la demora de los salarios se sumaban las malas condiciones en las que vivían. El hambre, el clima, las nefastas condiciones higiénicas... agravaban la situación de los hombres y ayudaban a la propagación de enfermedades, epidemias destructivas que no sólo tenían una mortandad muy alta en los campamentos, también tuvieron un impacto importante en la moral del ejército. Sin embargo, estas condiciones no eximían a un soldado de sus obligaciones.

A grandes rasgos, para un soldado que formaba parte de un ejército permanente, que tenía como profesión servir al rey con las armas a tiempo completo, existían dos estados en su servicio: el de guerra y el de paz. Esto, que parece una generalidad, me parece trascendental, ya que era mucho mayor el tiempo que transcurría del segundo respecto al primero. Durante esos tiempos de tranquilidad, de inactividad de tropas, había que alojarlas. La elección del lugar era un tema complejo y peliagudo.

Los tipos de alojamiento dependían de la situación, del contexto y del propósito con el que fueron pensados: los campamentos fortificados previos a una batalla campal, los asentamientos de asedio, los temporales... Como mi objetivo desde un primer momento ha sido el estudio de la vida del soldado y de las condiciones en las que se

---

<sup>110</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 58.

<sup>111</sup> PARKER, 2013: 202.

movían, y dado que la mayor parte de su tiempo de servicio se lo pasaban “esperando el conflicto” me voy a centrar en los campamentos, presidios y alojamientos en casas de vasallos civiles.

Las zonas donde se asentaban con mayor frecuencia los destacamentos militares del rey, bien fuera por su tránsito en zonas del Camino Español, bien fuera por ser zonas donde habían formado y destinado cuerpos militares como Nápoles o en zonas de frontera activa como Flandes, o simplemente lugares donde existe la remota posibilidad de acoger tropas, la población local se mostraba reacia a alojarlos, llegando incluso a aceptar subidas de impuestos para sufragar la construcción de emplazamientos, guarniciones y presidios y así mantener a las tropas lejos del núcleo urbano<sup>112</sup>. El fenómeno de alojar al ejército en las casas particulares del pueblo era herencia de las relaciones contractuales feudovasalláticas medievales. El terror que suponía para la población local el acoger a los ejércitos de la monarquía<sup>113</sup> era descrito por sus contemporáneos “*como cuando ven en las nubes un gran nublado y con atención miran donde descargará, medrosos y atemorizados...*”<sup>114</sup>. No era para menos. El hecho de que una urbe o pueblo estuviese en el itinerario de la movilización de tropas le aseguraba episodios de violencia, saqueos, altercados... producto de la mala convivencia y el choque del mundo civil y del mundo militar. Tradicionalmente, cuando un regimiento llegaba a una localidad ésta tenía que estar preparada para acoger y alimentar a ese volumen de personal, incluso si ni siquiera se la había avisado previamente. Los soldados se alojaban conforme ordenase su capitán según la distribución que hubiesen hecho los furrieles, aunque normalmente la planificación pasaba a un segundo plano primando las necesidades básicas, con lo que el alojamiento se distribuía a discreción.

Aquellos que se situaron en casas abandonadas, recaudaban entre la población local lo necesario para sobrevivir: víveres o ropa de abrigo entre otros muchos elementos. Por el contrario, quienes se alojaban en casas que sí estaban ocupadas, se convertían en huéspedes cuyo anfitrión tenía como deber proporcionarles, además de un techo, sal, leña, aceite y alimentos en la medida en que pudiese. En aquellas familias con recursos limitados, el hecho de tener repentinamente dos o tres bocas más que mantener en casa suponía un duro golpe difícil de recuperar. Todo lo necesario se requisaba en la localidad,

---

<sup>112</sup> O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, 2006, vol. I: 382.

<sup>113</sup> O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, 2006, vol. I: 382

<sup>114</sup> ISABA, 1991: 186

tanto alimentos como reses y animales de tiro, con o sin indemnización, para luego partir<sup>115</sup>. Esta situación era entendida por las poblaciones como abusiva, a pesar de que se les amortizase con la supresión de algún impuesto.

Conforme avanzaba el siglo XVI, el número de efectivos aumentó y las prácticas medievales ya no pudieron llevarse a cabo. El alimentar a tal cantidad de hombres supuso un grave problema, ya que no sólo había que mantener a los soldados que servían, sino también a sus familias, a sus reses e incluso, a sus criados. Esto suponía que, para proveer a un ejército, el número que se tenía en cuenta para planificar el abastecimiento no era el de soldados, sino el de bocas, en la mayoría de ocasiones superior a la de efectivos. Tanto es así que en 1567, el Duque de Alba movilizó hacia los Países Bajos un total de 8.646 veteranos y 965 unidades de caballería. Sin embargo, a las poblaciones se les encargó disponer de víveres para 16.000 bocas y 3.000 caballos<sup>116</sup>. Para alimentar a un ejército en movimiento casi constante existían dos opciones: la primera era establecer una cadena de abastecimiento en la cual desde unos almacenes situados en puntos estratégicos se abasteciese constantemente a las tropas al por mayor y con precios asequibles. Sin embargo, el coste de esta red de abastecimiento era muy elevado, por lo que a pesar de lo necesario que resultaba, su puesta en marcha siempre se desestimaba o aplazaba. La segunda, más compleja que la anterior, consistía en la contratación de asentistas para que en las etapas de las marchas de los ejércitos tuviesen preparado una determinada cantidad de alimento. A pesar de lo sólido que parecía la planificación, la incompetencia de los asentistas en el cumplimiento de los plazos, la imposibilidad de los mismos de llevarlos a cabo, la corrupción, el clima y la casuística llevó a que en numerosas ocasiones los soldados al llegar a su destino y no encontrar los víveres pertinentes, acabasen pagando con los suyos, de mejor o peor gana, la población local.

### **2.3. Vida en el frente: Alojamiento y conflictos con la población civil**

El paso del ejército por una determinada localidad siempre generaba tensión. Daba igual la duración de la estancia de las tropas o el número de las mismas, la aproximación de militares a una ciudad siempre generaba el descontento y las quejas del pueblo, que no veía con buena gana la entrada de un gran número de soldados, brutales, armados,

---

<sup>115</sup> PARKER, 2013: 125.

<sup>116</sup> PARKER, 2013: 124.

cansados de las largas marchas a pie y más que probablemente hambrientos<sup>117</sup>. La historia avalaba esos temores. Las trifulcas, robos y agresiones eran algo habitual no sólo durante su estancia, sino también a su paso. Durante las marchas, muchos soldados se separaban de la columna principal para rapiñar en los alrededores. El pillaje se convirtió en algo habitual y sencillo, al atacar por sorpresa y bien armados.

La peor parte sin duda se la llevaban los paisanos de la ciudad. Una compañía española alojada en Annecy en 1603 fue acusada de cuarenta y tres delitos, siendo el capitán el más denunciado con seis. Esta sorprendente cantidad de delitos no era algo fuera de lo común. En Aume-en Tarantaise se produjeron cincuenta robos, en su mayoría animales domésticos y otros objetos de valor, perpetrados por una compañía que sólo se alojó una noche. Al margen de episodios característicos, las compañías dejaban a su paso el medio devastado: robo de reses, saqueo de huertas, graneros... e incluso destrucción de edificios, llegando incluso a quemar por completo el pueblo donde habían pernoctado<sup>118</sup>. En los casos en los que se abandonaba una zona en disputa o territorio enemigo, la situación era incluso peor. Todo lo que pudiera abastecer al enemigo o le permitiera refugio era eliminado: quema de pueblos, silos, cosechas... Destruir esas reservas era matar al enemigo de hambre si éste se decidía avanzar por el territorio que la Monarquía abandonaba. A pesar de la gravedad con la que se describe la estancia de soldados españoles en los pueblos no eran, desde luego, los peores inquilinos que podían albergar. De los franceses y los italianos destacaban su voracidad y abuso de la hospitalidad de los lugareños, llegando a decir de los franceses que gastaban *“cada día cien cubas de vino y cada noche un bosque de leña”* y de los italianos que *“los naturales [napolitanos] quieren más dos compañías de españoles y aun un tercio, que una de italianos”*<sup>119</sup>. Las referencias a los reiters alemanes eran incluso peores, ya que *“no solamente se contentaban que los pobres donde estaban alojados les diesen toda la cebada y heno, y pan, vino y cerveza, y todas las aves que tenían y ganado, robábanles las casas y tomábanles cuanto tenían, y después de todo esto los mataban”*<sup>120</sup>. La fama de los militares como poco menos que diablos se extendió por toda Europa, testimonio

---

<sup>117</sup> GONZÁLEZ, 13, (Valencia, 2009): 451. En esta obra, el propio autor describe su reacción ante el anuncio de la movilización del tercio en el que él servía: *“Mandaron a mi tercio que marchase a los Países Bajos, cuya nueva me dejó sin aliento por ser camino tan largo y que lo habíamos de caminar en mulas de San Francisco”*.

<sup>118</sup> PARKER, 2013: 127.

<sup>119</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 139-130.

<sup>120</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 130.

de lo cual tenemos en 1578 cuando Barnaby Rich afirmó: que “*si buscas un nombre para referirte a un tirano, a un blasfemo, a un asesino, a un ladrón, a un saqueador, a un desflorador, a un opresor, llámale simplemente soldado*”<sup>121</sup>.

Los episodios de indisciplina y violencia de los soldados a su paso por poblaciones civiles eran una realidad de sobra conocida tanto por oficiales como por los propios teóricos, tratadistas e intelectuales que, a pesar de la distancia a la que se encontraban muchos de ellos del escenario militar, tenían constancia de este fenómeno. Desde sus tratados se instaba en muchas ocasiones a medir la violencia y el descontrol de las tropas a su paso por núcleos siervos de la Monarquía o aliados de la misma, sin pretender que fuese suelo sagrado, pero sí respetado. Diego Montes exhortaba a los capitanes que procurasen “*en los lugares donde su gente tuuieren aloxada: no consientan que sus soldados en las tierras de su Rey hagan ningunas fuerças ni violencias: sino todo buen tratamiento*”<sup>122</sup>. De igual manera, Bernardino de Escalante señalaba a los capitanes como responsables de las conductas de sus soldados, de tal modo que culpabilizaba a los mandos de los excesos cometidos y les encomendaba la vigilancia de sus subordinados para que “*no se licencien con sus huespedes, ni les hagan agrauio en lo tocante al pasto, sino que se contenten con lo que les dieren, y con la commodidad que sus huespedes tuuieren, animandoles a castigar «con mucha aspereza» las infracciones que detectasen*”<sup>123</sup>. De igual manera que se criticaron los abusos de los soldados, también se señaló a los capitanes y a la oficialidad como infractores. Juan Pérez de Vargas, en los consejos que le daba al marquesado del Valle, le prevenía: “*no te abajes a lo que muchos soldados inconsideradamente se abajan que es a molestar a sus huespedes queriendo de ellos mas seruicio y mas contribuigion de aquello que tienen en costumbre de dar*”<sup>124</sup>.

Sin embargo, los problemas de la población no acababan con las trifulcas y saqueos de la soldadesca. El hecho de que se aproximase un gran contingente de personas a la ciudad para establecerse ya fuera dentro o fuera de los muros, supuso para los comerciantes una oportunidad para aumentar sus ingresos. La demanda se disparaba en esas localidades, pero la oferta se mantenía idéntica o aumentaba un poco, pero sin

---

<sup>121</sup> PARKER, 1991: 30.

<sup>122</sup> MONTES, Diego, *Instrucción y regimiento de guerra*, Zaragoza, c.1537, f. IIII., citado por GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 61.

<sup>123</sup> ESCALANTE Bernardino de, *Diálogos del Arte militar*, Bruselas, 1595, 38 citado por GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 61.

<sup>124</sup> PÉREZ DE VARGAS Juan, *Manual de avisos morales*, Ms 640 de la biblioteca del Palacio Real, folio.241 citado por GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 61.

alcanzar a la demanda, con lo que el precio subía. Fluctuaciones y encarecimiento que se daba principalmente sobre el precio de bienes de primera necesidad como podía ser el cereal, el pan, el tocino, la sal... en las localidades donde se alojaban los soldados, inflación por otra parte natural al existir mucha demanda y poca oferta. A su vez se asistía a un fenómeno de especulación con el grano por parte de comerciantes con influencias, los cuales sabían de antemano la situación de la ciudad como etapa en el itinerario del ejército. Éstos compraban a precio normal y lo almacenaban para posteriormente venderlo cuando el precio se hubiese disparado. Esto, que para algunos suponía una oportunidad de negocio, desembocó en la carestía de los bienes básicos, provocando que apareciese en el pueblo llano el hambre y la miseria.

Sumado al problema de la inflación y los sobreprecios encontramos que el itinerario de los ejércitos pasaba normalmente por zonas en las que la peste se había hecho endémica, especialmente en algunos puntos de la frontera de Francia y el Imperio, el Franco Condado o Suiza. Eran centros de paso tanto militares como comerciales, con ciudades densamente pobladas. Si los soldados pasaban cerca de la zona, eran propensos a contraer la peste y, por ende, a contagiarla a las poblaciones sanas que estuvieran en su camino, desatando otra vez la epidemia. De igual manera que la peste, los ejércitos eran portadores de enfermedades venéreas, “el mal gálico” (actual sífilis), muy común en los ejércitos europeos alto-modernos<sup>125</sup>.

Con todos estos aspectos, la población local tenía más que justificado el deseo de alejar lo máximo posible a las tropas de sus casas. Y aquí entraban en juego los capitanes, o más bien, la corrupción de los capitanes en materia de alojamiento. La presencia de los primeros exploradores y del furriel eran el aviso de que la llegada de tropas era inminente. Las ciudades estaban dispuestas a todo con tal de alejar a las tropas de sus murallas y esto lo supieron aprovechar muy bien los capitanes, pues muchos de ellos aceptaron sobornos para que la tropa se alojase lejos, al raso, fuera de las murallas, mientras ellos disfrutaban de las comodidades de un techo en la urbe. Por otro lado, los furrieles, que eran los que se adelantaban para hacer un reconocimiento de la población en la que iban a pernoctar y que eran los que gestionaban dónde se iba a alojar a los soldados y cuántos por lumbre, siempre estuvieron abiertos a alejar a la soldadesca de las casas de los pudientes a cambio

---

<sup>125</sup> PARKER, 2013: 210-211.

de una generosa contribución económica<sup>126</sup>. De esta manera se ponía contra las cuerdas a muchas familias que difícilmente podían mantenerse solas.

Los abusos de las tropas eran de sobra conocidos<sup>127</sup>, tanto por la población como por el gobierno del pueblo o urbe, llegando a escaladas de tensión entre la propia ciudad, que se negaba a abrir sus puertas y la tropa, que llegó a amenazar con abrir fuego de artillería para poder entrar<sup>128</sup>. No es de extrañar que la brutalidad con la que los ejércitos se relacionaban con la población civil y los excesos conscientes y voluntarios que cometían quedasen en el imaginario popular con expresiones como: “¿estamos aquí [Castilla] o estamos en Flandes?”<sup>129</sup>, algo así como “¿esta es manera de comportarse?”, relacionando los actos de violencia, saqueo y abuso de múltiples maneras a la población civil con el hecho de estar en los Países Bajos españoles. No sólo se cometieron abusos con la entrada inicial de las tropas a finales de los años sesenta del XVI en Flandes, pues entraron como “*si estuvieran en territorio enemigo, empezando a vivir a discreción*” y “*confiscándolo todo, con razón o sin ella, diciendo que todos eran herejes, que eran ricos y que debían dejar de serlo*”<sup>130</sup>. Este comportamiento no se suavizó conforme se asentó la convivencia; sí que se redujeron los episodios de violencia y crimen, pero no desaparecieron. Este carácter agresivo, que no era sino las licencias que se les permitían a los soldados fuera de servicio, pues la disciplina en el mundo militar era tan exigida como castigada la falta de la misma, aparece en fuentes de la época como la reseña que hizo Suriano, embajador de Venecia, sobre la infantería española:

*“el rey de España posee un plantel de hombres pacientes, fuertes de corazón y cuerpo, disciplinados, aptos para la campaña, para las marchas, para los asaltos y para la defensa de las plazas; pero son tan insolentes, tan ávidos de los bienes y del honor de las personas que se dude si estos bravos soldados han sido más útiles a sus soberanos que no les han hecho daño en sus últimos años; pues así como han sido los instrumentos de sus victorias, igualmente les han hecho perder el corazón y la voluntad de los pueblos, maltratando a éstos; y en el corazón de los súbditos es la mejor fortaleza que puede tener el príncipe”*<sup>131</sup>.

---

<sup>126</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 60.

<sup>127</sup> ANTONIO, Francisco Avisos para soldados y gente de guerra, Madrid, 1590, f.39 citado por GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 62. El autor rescata de la obra del jesuita la idea del impacto del paso de una compañía, tercio, regimiento o similar por una población civil: “*en pasado soldados por vn lugar, no parece sino que ha passado la langosta, y que todo es suyo, y lo toman a tuertas y a derechas, y a buenas y a malas, y no se tiene por hombre el q no sabe hurtar*”.

<sup>128</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 132.

<sup>129</sup> PARKER, 2013: 221.

<sup>130</sup> PARKER, 2013: 221.

<sup>131</sup> DEFOURNEAUX, 1983: 199.

Los excesos de los soldados, que no pedían, sino que exigían cuanto podían hasta esquilmar las reservas del pueblo donde pernoctaban, no caían en el olvido. Además de mostrar su descontento por las vías parlamentarias, el campesino afrentado tenía memoria y rechazaba con mayor entusiasmo y saña a los militares en el futuro<sup>132</sup>, llegando a las armas con ellos. Existen ejemplos de trifulcas entre la población civil y los soldados en los que llegó a correr la sangre, e incluso de emboscadas para rechazar el avance de las tropas. Un ejemplo de estas escaramuzas lo encontramos en Calabria, donde una escuadra, que ya había pasado anteriormente por el pueblo y acababa de regresar fue emboscada por un grupo de campesinos con armas blancas y de fuego. Pasamonte, que escapó vivo de milagro, dejó constancia de que “*los calabreses son un poco ariscos*”<sup>133</sup>.

El impacto sobre la población civil era uno de los motivos por los que los tercios tenían un carácter casi nómada, de tal forma que aligeraban la carga que suponía para la población urbana y rural su mantenimiento, evitando permanecer mucho tiempo en los pueblos que coincidían con su itinerario. Si no podían reducir el número de bocas a alimentar, reducir los días era la solución más viable. La otra razón por la que los tercios tenían un carácter nómada eran las necesidades de los territorios de la Monarquía en todos sus puntos, desde la frontera en Flandes hasta los ataques a la costa de corsarios sarracenos<sup>134</sup>.

Las iniciativas para alejar a los soldados llevaron a las ciudades a aumentar la carga impositiva entre sus ciudadanos a fin de sufragar la construcción de presidios y cuarteles alejados del núcleo de población, donde la tropa se alojaría a su paso por la zona. A pesar de que este tipo de infraestructuras no se generalizaron hasta bien entrado el siglo XVIII, el temor a la voracidad del ejército llevó a que la inclusión de estos nuevos impuestos, mayoritariamente sobre bienes de consumo, fuesen sorprendentemente bien recibidos entre la población. Un ejemplo de este fenómeno fue el de Nápoles. En 1608 se construyeron una serie de cuarteles para alojar a las tropas acantonadas en la zona. El proyecto se financió con el aumento de la carga impositiva ya existente y la creación de nuevos gravámenes. En lo que se refiere a comodidades, contaba con una litera con cuatro

---

<sup>132</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 62. Para ilustrar este descontento popular, el autor recoge unas palabras del Duque de Alba escritas a Don Juan de Austria en sus *Avisos sobre “lo que conuiene y es necesario para el buen gouierno, reformation y policia de los estados de Flandes”*. Las tropelías son descritas por el noble como: “*después de her [sic] comido y ueuido muy bien le lleuan quanto uen de sus ojos, forjándoles a que den su dinero y no lo haziendo, maltratan mas cruelmente que turcos o herejes*”.

<sup>133</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 129.

<sup>134</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 121.

tablas, jergón, colchón y dos sábanas para cada dos hombres. De igual manera se proporcionaba para cada grupo de cuatro soldados un menaje básico compuesto de platos, jarras para el agua y el vino, ollas, asadores y sartenes para cocinar y una única cuchara, lo que parece indicar que el procedimiento para comer era el de “*cucharón y paso atrás*” tradicional en Castilla<sup>135</sup>.

Pero en la mayoría de las ciudades de menor entidad y pueblos, la posibilidad de aumentar las contribuciones era inviable. No hay que olvidar que la construcción y mantenimiento de cuarteles, fortalezas y presidios era posible, especialmente lejos de la frontera donde sí que las necesidades defensivas primaban, gracias a la voluntad general de un gran número de personas que vieron como un aumento fiscal les beneficiaba siempre que mantuviese a los soldados alejados. Por lo tanto, los grandes núcleos urbanos italianos como Milán y Nápoles sí que tuvieron esa posibilidad, pero para las ciudades de menor entidad y los pueblos esta opción resultó un imposible debido a que, al haber menos gente que soportase la inversión, la carga sobre los habitantes se revelaba altísima e inasumible en muchos casos. Cuando faltaba el dinero para alejarlos de la ciudad, las familias recurrían al ingenio para alejarlos de sus hogares. Uno de los argumentos a los que más se agarraban era a tener un clérigo viviendo con ellos, y que, por lo tanto, esa casa quedaba exenta de la carga que suponía tener soldados al gozar de privilegio eclesiástico. Esta excusa en un principio podía ser original y veraz, pues en muchas ocasiones sí se daban casos de hijos que se habían ordenado y vivían realmente en el domicilio familiar, en gran medida porque los propios progenitores mandaban a un hijo a hacerse clérigo precisamente para disfrutar de este privilegio. No obstante, con el éxito del argumento, comenzaron a proliferar los casos en los que se esgrimía esa excusa, sin importar si había clero secular en el domicilio. Se alegaba para no acoger soldados que había eclesiásticos en el domicilio, siendo estos monaguillos, tonsurados pero que no habían llegado a ordenarse, o directamente era falso que habitaba un clérigo en la casa. Por esta razón se acabó por ignorar este privilegio y en muchos casos respetar sólo el cuarto del clérigo secular o el “*clérigo salvaje*” (no tenían todas las órdenes y en muchos casos estaban casados) <sup>136</sup>. En otros casos, muchos ciudadanos se enrolaban en la guarnición de la ciudad, convirtiéndose en militares y por tanto gozando de privilegios como algunas exenciones fiscales, su fuero particular y el no alojar soldados. Esta vía,

---

<sup>135</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 128.

<sup>136</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 129.

que fue prohibida durante todo el XVI y hasta los años treinta del siglo XVII pero de forma muy laxa debido a las necesidades de efectivos de la Monarquía, fue tomada por muchos naturales de estas ciudades-guarnición, a disgusto de los concejos que veían como profesionales cualificados y no cualificados se alistaban en números cada vez más altos para gozar de esas prerrogativas.<sup>137</sup>

Y, sin embargo, no todo eran desgracias para las poblaciones que se veían en el itinerario militar. Por donde pasaban los tercios sí que volvía a crecer la hierba. De hecho, las posibilidades de enriquecimiento que muchos comerciantes veían eran inmensas ante la perspectiva de que un gran número de personas, pues no hay que olvidar que a los ejércitos del Rey Católico les seguía una voluminosa “cola” de mujeres, niños, pajes... gente de toda índole y calaña, recalasen en su territorio. Conviene anticipar que los hombres siempre andaban escasos de moneda, con lo que muchos de ellos malvendían lo que tenían, así como el botín que hubieran logrado rapiñar a precios bajísimos, con lo que se conseguían auténticas gangas. De igual manera, los vivanderos o comerciantes que acompañaban al ejército en sus movimientos necesitaban reponer inventario. Al igual que los comerciantes de la ciudad, ellos también compraban a precios ridículos el botín y las pertenencias de los soldados durante la travesía. Era en las ciudades donde se desembarazaban de ese material que a priori, no les iba a servir en el futuro. La población aprovechaba la situación cediendo a la compañía animales de tiro en un estado deplorable para que, durante la travesía muriesen y poder reclamar una indemnización por la pérdida de una res sana<sup>138</sup>. De igual manera, cuando una ciudad estaba amenazada esta se mostraba más receptiva a alojar infantería. Por el contrario, existieron casos en los que la ciudad apelaba a privilegios feudales para no alojar tropas, tan aferradas a los mismos que prefirieron la ocupación enemiga antes que renunciar a ellos<sup>139</sup>.

Cuando la estancia, normalmente en las ciudades, se alargaba, entre el huésped y el dueño de la casa se desarrollaba normalmente un respeto mutuo en favor de una convivencia saludable, un *modus vivendi* por el bien de ambos<sup>140</sup>. Dado que la norma era evitar el invierno en las maniobras y operaciones militares, los oficiales licenciaban temporalmente a los hombres y les mandaban a poblaciones cercanas. Por lo que esa normalización de las relaciones era algo necesario en aras a evitar no conflictos

---

<sup>137</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 1002.

<sup>138</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 129.

<sup>139</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 132.

<sup>140</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 131.

particulares sino altercados a nivel general. Este proceso no fue unánime ni estuvo exento de incumplimiento y abuso por parte de los soldados, llegando a amenazar a los civiles en cuya casa estaban alojados con “*todo tipo de violencias, desde la sodomización del propio patrón hasta la violación de su mujer e hijas pasando por las más variadas extorsiones para sacarle el dinero y aprovecharse de sus bienes*”<sup>141</sup>, aunque éstos sólo tuviesen obligación de darles techo y poco más. Por otro lado, la convivencia entre los soldados y el resto de civiles se normalizaba, ya que los capitanes controlaban mejor a los soldados acantonados en una ciudad durante un periodo de tiempo más o menos largo que en un pueblo una noche, cuya irregularidad tanto en la llegada como en la partida permitía que se diesen todo tipo de fechorías. Además, desde el plano teórico, tratadistas laicos y religiosos instaron a sancionar severamente estos comportamientos. Es más, ante la pasividad de los mandos, desde el mundo eclesiástico se empezó a hacer incidencia en lo pecaminoso de las actitudes y excesos de los soldados con la población civil. El hecho de introducir la idea de pecado era demoledor desde un punto de vista teórico, pues los ejércitos de la Monarquía, el ejército católico, veía como se resquebrajaba su autoridad y su legitimidad, en especial sobre suelo aliado. El jesuita Francisco Antonio en *Avisos para los soldados y gente de guerra* criticaba la mala praxis de muchos soldados en el frente: “*ninguna excusa tienen los soldados que en los pueblos por donde pasan, o alojan, hazen daño notable a los moradores, porque pecan mortalmente y estan obligados a restituir*”<sup>142</sup>. En lo que se refiere a la esfera de la praxis, la iniciativa tuvo un éxito modesto y aunque se logró implantar en el imaginario colectivo militar la idea de pecado, de culpa y de condena espiritual, al margen de las sanciones terrenales, los excesos continuaron a la orden del día. Este fracaso se debió principalmente a lo laxos que eran los oficiales en reprimir a sus subordinados por el saqueo y los abusos cometidos, muy probablemente por el temor a una desertión masiva, pues no se puede olvidar que en muchos casos la única oportunidad de alimentarse correctamente o de simplemente alimentarse venía dada por el saqueo. A fin de cuentas, la guerra siempre iba imbricada con el caos y la violencia, ya fuese padecida por la población enemiga como por la aliada. Aun así, desde las altas esferas se trató por todos los medios de disuadir los saqueos y los abusos de los soldados, ya que estos excesos siempre fueron una parte del ejército conocida, tolerada, pero desde luego nunca se la llegó a aceptar en otro sitio que no fuese sobre el terreno. El propio Francisco Antonio en la obra previamente mencionada señalaba que para que una guerra

---

<sup>141</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 1001.

<sup>142</sup> GONZÁLEZ CASTILLO, 2000: 62.

fuese justa, lícita era imprescindible “*que se haga con el modo devido, esto es, que no se haga daño a los inocentes, y que no tiene culpa...*” y matizaba por inocentes:

*“Ay tres generos de getes a las quales no se les puede hazer ningún daño en sus personas ni haziedas. Los primeros son los amigos[...]; otro genero de personas a que no es licito hacer daño [...] son los Ecclesiasticos, Religiosos, peregrinos, labradores [...] y tambien los mercaderes[...] los terceros son, los enemigos que no son abiles para la guerra, como son los niños, viejos y mujeres”*<sup>143</sup>.

En las ciudades se procuró siempre mantener el orden por el bien de la convivencia, presente y futura. Con todo ello, rebajar los crímenes de hurto y de sangre no era sinónimo de convivencia idílica entre la población civil y las tropas acantonadas, pues el juego, la bebida, las fiestas y los desórdenes eran notas identificativas de las tropas ociosas. Así mismo, no hay que olvidar que los soldados españoles y muy en especial los nuevos o bisoños, que sólo es la castellanización del italiano *bisogno* que se traduce por “necesidad”, eran muy dados a la fiesta, muy “rumbosos”<sup>144</sup>. Recién iniciada su carrera militar y probablemente aún sin haber padecido necesidades y con los sueldos pagados al día o con un retraso aceptable, en ellos reinaba un clima de optimismo, que se traducía en comportamientos despreocupados, gastos imprudentes y jolgorio constante por donde pasasen, lo que contrastaba con la actitud de los soldados más veteranos, cuyas experiencias, carencias y perspectivas, así como sus vivencias personales hacían que su optimismo ya hubiese sido enterrado por el hambre, la enfermedad, la sangre y la muerte, constantes que iban a padecer durante sus carreras militares muchos de esos novatos. La sonrisa inicial se perdía con los primeros lances, las primeras heridas, las primeras muertes y la falta de medios al no llegar los sueldos<sup>145</sup>.

Los soldados acantonados en ciudades provocaron tensiones en el plano jurisdiccional, al margen del juego, los altercados particulares, las borracheras y algún que otro robo, lo que supuso un problema para las autoridades locales al comprobar que no tenían ningún tipo de control sobre estos hombres, dado que estaban amparados por su propio fuero. Esta situación que fomentó los desórdenes ya que no rechazaban ningún conflicto, a sabiendas de que su fuero les iba a amparar, sus mandos defender y no iban a

---

<sup>143</sup> GONZÁLEZ CASTILLO, 2000: 47.

<sup>144</sup> PARKER, 2013: 222. Para ilustrar el contraste entre bisoños y veteranos con respecto a la actitud y a las perspectivas más optimistas, Parker recurre a la llegada del tercio de Antonio Manrique, que en diciembre de 1586 llega a Luxemburgo y comienzan a festejar y bailar, lo que les costó el sobrenombre de Tercio de la Zarabanda.

<sup>145</sup> VÁZQUEZ, *Los sucesos* (Co.Do.In. LXXIII) citado por PARKER, 2013: 22. “*Se entretuvieron como si estuvieran en España, pero olvidaron muy pronto el son u el baile, porque los trabajos y miserias que en Flandes pasan no les dio más lugar a semejante entretenimiento*”

ser encausados. Sin embargo, la convivencia con la población civil de estas tropas acantonadas era mucho más llevadera que aquella que se daba entre civiles y tropas en movimiento que sólo pernoctaban en el lugar. Muchos de ellos no sólo pasaban allí el invierno, sino que se quedaban como guarnición de la ciudad, como defensa ante posibles ataques, lo que les permitía en muchos casos rehacer sus vidas e incluso formar una familia. Algunos ciudadanos que podían permitírselo llegaron a pagar a los soldados que tuviesen a cargo alojar para que pudieran pagarse su propio domicilio, fortaleciéndose el arraigo de estas tropas en la ciudad que, combinada con que los propios naturales de la urbe se enrolan para gozar de los privilegios de la vida militar cambiaba la naturaleza de estas ciudades de guarnición<sup>146</sup>:

*“Así las guarniciones concebidas inicialmente como enclaves defensivos a cargo de soldados foráneos irían modificando su naturaleza para permitir el enraizamiento de sus miembros y la entrada de naturales. Esta nueva realidad puede ser considerada como una respuesta concreta al deterioro experimentado por la organización militar española y el sistema de reclutamiento... con el trasfondo de los problemas hacendísticos de sobra conocidos”<sup>147</sup>.*

### **2.3.1. Campamentos eventuales: pernoctaciones y asedios**

Entre el alojamiento en poblado o en presidios-guarniciones y el campamento militar como tal existe una modalidad: el acuartelamiento en despoblado, es decir, el asentamiento al raso cerca de un núcleo civil. Eran campamentos cercados, pero no fortificados, con acceso a agua (tanto fuentes como abrevaderos), y que poco a poco se iban distribuyendo en función de las necesidades, destinando espacios para almacenes, servicios de todo tipo o letrinas, entre otros<sup>148</sup>. Se aprovechaba todo lo que pudiese ser útil, desde la madera que proporcionaba el medio hasta las casas abandonadas o en ruinas que pudiera haber cerca. Acampar al raso era una forma fácil y rápida de hacer una pausa en la marcha de las tropas, una etapa por decirlo así. Sin embargo, unas improvisadas tiendas de lona apiñadas no eran el refugio más adecuado, teniendo en cuenta la climatología de Centroeuropa y sus inviernos. Así, no era de extrañar que muchos de los soldados, normalmente aquellos que no tenían experiencia en este ámbito, fueran los primeros en sucumbir de frío mientras dormían. Los más veteranos, que sabían que un refugio pequeño y bien aislado mantenía mejor el calor, conseguían sobrevivir<sup>149</sup>.

---

<sup>146</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 1001-1003.

<sup>147</sup> SAAVEDRA VAZQUEZ, 25, (Salamanca, 2003): 56-57.

<sup>148</sup> O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, 2006, vol. I: 383.

<sup>149</sup> PARKER, 1991:30.

Este tipo de asentamientos se dio también en los asedios, aunque mejor defendidos y ordenados, dado que las circunstancias llevaban a optimizar los recursos y la defensa, es decir, levantando un campamento militar propiamente dicho. Conforme la necesidad llevaba a que la ocupación pasase de ser eventual a permanente se hicieron populares y necesarios, “*pues es imposible que pueda el soldado resistir el Invierno el mismo trabajo que en la campaña de dormir en el suelo sin cama ni abrigo*”<sup>150</sup>. Estos campamentos se estructuraron como auténticas ciudadelas ya que, a pesar de estar destinados a ser efímeros, su duración podía alargarse en el tiempo. El espacio de cada soldado se distribuía en función del rango dentro de la jerarquía militar, gozando, como es lógico, de más espacio y mejor situación los altos mandos. El resto de la tropa se organizaba en torno a dos vías principales perpendiculares y el espacio restante se usaba para agrupar el ganado, almacenes de todo tipo, silos y letrinas. Eran los maestros de campo los que tenían la competencia de organizar y distribuir los campamentos.

Los soldados en estos asentamientos disponían de un catre o “cama de munición”, el mencionado acceso a agua potable y a viandas, ya fueran proporcionadas por el tesoro militar o por su adquisición en la localidad cercana. Se aprovechaba toda estructura al alcance, desde la madera para construir barracones o para calentarse, lugares abandonados en los que se pudieran refugiar un número mayor o menor de personas, etc. Todo tenía un carácter efímero, pues a su partida no se dejaba nada que pudiera ser aprovechable. A su marcha, el campamento habitualmente era pasto de las llamas. Un testigo de la ocupación de estos campamentos y su uso activo describía así las condiciones de vida de los militares: “*el sitio de Harlem duro diez meses, poco mas o menos, en los que los soldados padescieron grandes frios y hasta tres o cuatro leguas yban a por leña para quemar, y tablas y maderos de otros lugares para abrigarse, deshaziendo cassas y haciendo barracas*”<sup>151</sup>. Para las labores cotidianas en el campamento se apostó por la contratación de la población de la villa cercana. Su trabajo estaba destinado principalmente a labores de mantenimiento, lavandería, costura... así como de la provisión de leña y sal a los soldados y el alquiler de utillaje para la vida diaria<sup>152</sup>.

---

<sup>150</sup> MARQUÉS DE AYTONA, discurso militar. *Propónense algunos inconvenientes de la milicia destos tiempos y su reparo*, Valencia, por NOGUÉS Bernardo, 1653 punto XXVII p 164. Citado por O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, 2006, vol. I: 383.

<sup>151</sup> PARKER, 2013: 207.

<sup>152</sup> O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, 2006, vol. I: 383.

Todas las ventajas que, desde el punto de vista de los mandos militares desde luego, supusieron los campamentos por su versatilidad, su fácil levantamiento y disolución, así como su elección precisa del lugar donde asentarse según las circunstancias y su facilidad para parapetarlo se vieron truncadas por las penurias de los soldados que los habitaban si la estancia se prolongaba, especialmente en un asedio.

Durante los primeros días, los soldados, que muy probablemente no disponían de reservas, arrasaban con toda fuente de alimentación cercana, teniéndose que alejar más y más los días posteriores para encontrar, no sólo comida, sino también madera para calentarse, puesto que las precarias tiendas de lona no ofrecían mucho resguardo ante una climatología aciaga. Tal y como describía en sus versos Andrés Rey de Artieda “*dos o tres meses que he vivido ascuras*”<sup>153</sup> o Francisco de Aldana:

*“a describir esta región do vivo,  
do en un cerco solar de un año entero,  
menos tan sólo un mes, yo nunca he visto  
la serena del sol cara sin nube [...] cuando  
despido el salso humor yo de mi boca,  
antes que llegue/ al suelo, ya en el aire,  
va congelado en cuerpo espeso y duro...”*<sup>154</sup>

De esta manera aquellos soldados que se alejaban más y más del campamento podían ser asaltados por el enemigo o por los propios campesinos que defendían sus provisiones y ganado. En algunos casos simplemente desertaban y no regresaban jamás al campamento. Acampar, por tanto, suponía un riesgo de desbandada constante, riesgo que en muchos casos los mandos tuvieron que asumir y soportarlo los soldados.

#### **2.4. La alimentación y el problema del dinero en efectivo. Los motines**

El hambre en el frente y durante las marchas era una constante muy extendida en los ejércitos de la Monarquía Hispánica. Tradicionalmente se venía considerando que era el propio soldado el que tenía que pagar por su alimentación y por su equipamiento, pues se entendía que el estado ya cumplía su obligación respecto a sus militares abonando la

---

<sup>153</sup> MARÍAS MARTÍNEZ, 6, (León, 2011): 156.

<sup>154</sup> MARÍAS MARTÍNEZ, 6, (León, 2011): 147.

soldada pactada en el tiempo estipulado<sup>155</sup>. Sin embargo, debido a la coyuntura y a las relaciones entre las monarquías europeas, ya fuese porque no había dinero o bien porque no se pudiese enviar debido a la pérdida de vías estratégicas como el Canal de la Mancha, la cuestión era que los pagos siempre se retrasaban, con lo que el castellano que se había enrolado en las filas del ejército bajo la promesa de la remuneración regular real se encontraba en un país extranjero, con una lengua que no conocía, con la hostilidad ya mencionada de la población civil y sin una sola moneda. Aquellos que habían ahorrado algo de ese socorro inicial que se les había concedido por alistarse disponían de un fondo mínimo para comprar lo básico. Por contra, los que lo habían malgastado, no tenían nada. En una situación así, el soldado tenía pocas opciones para conseguir alimentos. Si estaba acantonado en una ciudad hospedado en la casa de un particular, el anfitrión tenía la obligación de proporcionarle, además de un techo y lumbre, algo de comer. Sin embargo, si éste tenía unos recursos limitados, poco más podía ofrecer que el techo. No obstante, cuando el anfitrión sí que podía alimentar a aquellos hombres que le habían asignado acoger, los más agradecidos eran los reclutas más novatos, los bisoños. Por el contrario, los más veteranos, ya fuese por las condiciones en las que había vivido o por tener más interiorizada la violencia, así como por el poder que le confería tener un arma y estar adiestrado para usarla, exprimían todo lo posible a sus caseros, volviéndose la convivencia más tirante.

Si la estancia de los soldados era efímera como una o dos noches, la violencia era máxima, llegando a correr la sangre y notificándose multitud de robos. Por el contrario, si la estancia era algo más permanente lo habitual era que se estableciese un pacto tácito de no agresión entre huéspedes y propietarios, aunque no siempre era así. Tanto si la convivencia era prolongada o no, en el caso en el que no se pudiese alimentar a los huéspedes, el soldado tenía que buscar la manera de no morir de hambre, y la solución era comprar a crédito, tanto a los comerciantes de la zona como a los propios capitanes, que se convirtieron en auténticos prestamistas. Todo el mundo sabía que el soldado, tarde o temprano, tenía que cobrar, por lo que no se ponía mucho impedimento en vender a crédito, no sin unos intereses importantes. A fin de cuentas, el margen para negociar era limitado cuando el hambre acechaba. De igual manera ocurría con las tropas acantonadas en algún cuartel, presidio, etc. La dependencia que el soldado tenía respecto a estos comerciantes era total. Por el contrario, estos comerciantes ganaban, o, mejor dicho,

---

<sup>155</sup> PARKER, 2013: 206-207.

tenían la posibilidad de ganar mucho dinero de esta situación. No obstante, el crédito entrañaba riesgo, pues un soldado que había vivido a crédito durante meses de un comerciante podía ser trasladado junto con su unidad y jamás volver por el pueblo, con lo que la deuda quedaría sin pagar.

Este sistema se vio superado conforme los ejércitos fueron aumentando su tamaño y es que alimentar a tantas bocas a la vez no siempre era posible, con lo que se producían desordenes, robos... A fin de cuentas, cada parada que hacía una compañía desplazándose iba precedida de muchos kilómetros de marcha a pie, a la intemperie, pasando penuria. Desde las instituciones se dieron cuenta de ese hecho e idearon un complejo sistema de abastecimiento a las tropas. En este sistema, conociendo la ruta que seguían los ejércitos y sus paradas se acordaba con comerciantes de la zona el abastecimiento de un número determinado de soldados, siempre al alza, pues no hay que olvidar que los ejércitos modernos traían una cola de familiares, vivanderos o prostitutas, entre otros, con los que también había que contar. El gobierno pagaba a estos comerciantes un anticipo para que comprasen las materias primas y viandas necesarias, para luego venderlos a condición de que el precio no se disparase. Con ello, el estado se aseguraba que sus soldados estuviesen bien alimentados y a un precio razonable, con lo que se así se reducirían los amotinamientos, la miseria y el impacto en las poblaciones locales. Los comerciantes por su parte, se aseguraban grandes acuerdos comerciales con beneficios importantes, casi seguros, ya que disponían de los clientes, del lugar adecuado con anterioridad y del producto estrella. El negocio parecía perfecto. Pero en la Europa del XVI, un plan tan complejo era muy difícil que saliese bien y a la primera. Los plazos no eran exactos, por lo que una compañía podía llegar antes o después, según el clima o la toma de rutas alternativas. Por otro lado, la mercancía de los comerciantes podía perderse, no llegar a tiempo, o incluso estropearse<sup>156</sup>. Al obstáculo que supuso la inexactitud en los plazos y el peligro de perder la mercancía por unas condiciones climáticas adversas, había que añadir que este sistema sufría problemas en la comunicación entre gobierno, comerciantes y el ejército, bien fuese por la tardanza o por el idioma, así como por la incompetencia de las partes. De igual manera, la posibilidad de que la mercancía se pudiese robar era tan elevada como de que no llegase a tiempo o llegase en mal estado. Al margen de los problemas logísticos, no se puede olvidar que ésta era una oportunidad de negocio mayúscula, por lo que los comerciantes trataron siempre de maximizar beneficios,

---

<sup>156</sup> PARKER, 2013: 128-129.

vendiendo raciones menores de las acordadas, falseando costes o incrementando sensiblemente los precios de venta. Estos fraudes, que quizá en otro contexto y con otros sí que hubiesen pasado desapercibidos, no fueron bien recibidos por una tropa cansada y hambrienta, produciéndose de este modo conflictos entre comerciantes y los propios capitanes, así como con los soldados. Estas tensiones se saldaban con pérdidas para los asentistas que podían ser desde leves hasta ruinosas. En Bastogne, Luxemburgo en 1577, uno de estos comerciantes se vio obligado a vender 18.000 reduciendo el precio y arenques perdiendo dinero porque los soldados se negaron a pagar más. De igual manera ocurrió en La Roche en Ardene, cuando se descubrió que algunos panes que se estaban vendiendo eran de 23 onzas y no de 24, por lo que se tuvo que rebajar el precio del lote<sup>157</sup>. A fin de cuentas, las negociaciones se volvían difíciles para los mercaderes cuando al otro lado había hombres armados y hambrientos. Este sistema, que se sostuvo relativamente bien mientras los proveedores aceptaron vender a crédito a los soldados, se enrarecía cuando la tolerancia de estos mercaderes mermaba, puesto que los soldados nunca querían desprenderse del dinero en efectivo, tal y como escribía un oficial en 1573 “*venir el soldado mojado y haver de yr a comprar comida y adereçarla, tengo por cierto que esto, y sacar cada dia dinero de la bolsa, los desgustaria*”<sup>158</sup>.

El hecho de que el soldado dependiese de su efectivo para comer llevó a las instituciones a cambiar el sistema de nuevo. El gobierno pasó a pagar íntegramente las mercancías a comerciantes, que ya no tenían por qué ser de la zona, sino que tenían que tener la capacidad de abastecer a un ejército de forma permanente y segura. Estos nuevos acuerdos, de mayor envergadura y responsabilidad se hacían por asiento: el monarca se comprometía a pagar por los víveres que el asentista sirviese a sus tropas, sin que los soldados tuviesen que entregar ni un solo maravedí en efectivo, ya se lo descontaba la Monarquía de su sueldo. De esta forma, salían ganando todos; por un lado, el gobierno ya que podía estar prácticamente seguro de que todos sus hombres en el frente fuesen abastecidos, sin importar si no disponían de efectivo, lo habían malgastado o se lo habían robado. Por otro lado, los comerciantes que se aseguraban los beneficios de un negocio de gran magnitud y previamente al mismo, con lo que era una apuesta segura. Además, el reparto se hacía ordenadamente: era el capitán el que acudía al almacén o a la residencia donde se encontraba el asentista, recibía la mercancía y la repartía entre sus hombres.

---

<sup>157</sup> PARKER, 2013: 130.

<sup>158</sup> PARKER, 2013: 130.

Los soldados también salían beneficiados, pues con este sistema se aseguraban una alimentación regular que los mantendría fuertes contra enfermedades y contentos, con lo que los motines del hambre se redujeron considerablemente. Además, el hecho de que cobrasen parte del sueldo en especie evitó a los hombres sufrir las fluctuaciones del precio del pan y de otros alimentos que, por otro lado, ellos mismos provocaban, como ya comenté antes. En definitiva, era una solución más humana que dejarlos a su suerte. Al margen de la solución caritativa de garantizar unos servicios mínimos el hecho de que recibiesen un sueldo dignificaba al soldado, pues un soldado sin paga no era más que un hombre de mala vida: *“del sueldo o soldada que ganamos nos viene el nombre”*<sup>159</sup>.

Lo que en principio parecía una medida casi humanitaria que la monarquía hacía para con sus hombres, no dejaba de ser una solución a los problemas que la necesidad de sus soldados estaba generando en las campañas militares y en la consecución de objetivos, así como en la defensa de las fronteras: los motines. Estos se producían en su mayoría en base a unas reclamaciones manifiestas y que, para la consecución de sus objetivos, trataban de involucrar al máximo número de personal posible. Evidentemente, estas acciones colectivas estaban al margen de las órdenes de los mandos, por lo que suponía una doble amenaza: por un lado, un conjunto de mayor o menor medida de soldados estaba sin un control férreo y, por otra parte, el hecho de que estos hechos puntuales se extendiesen a otras unidades, podría desatar el caos. Sin embargo, este tipo de subversiones no tenían un carácter revolucionario al uso. No se rebelaban contra el rey, sino contra un gobierno negligente. En la mayoría de casos, estos motines estaban motivados o por la ausencia de pagas o por la falta de alimentos o las condiciones miserables en las que muchos soldados vivían. No estaríamos hablando de que lo que empujaba a los soldados fuese la codicia sino la necesidad<sup>160</sup>. A fin de cuentas, todos ellos cuando se enrolaron en las filas del ejército de la Monarquía Hispánica firmaron un contrato en última instancia con el rey en el que se le garantizaba un sueldo por su servicio, sueldo que en muchas ocasiones se demoraba meses e incluso años. Por lo tanto, las reclamaciones de los amotinados eran fruto de la necesidad que les había llevado el que una de las partes no cumpliera su parte del contrato. Por tanto, en ningún momento

---

<sup>159</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 157.

<sup>160</sup> PARKER, 2013: 205. La situación de los soldados llegó a ser tan dramática que en 1574 llegaron incluso a reportarse casos de enfermedades y casi epidemias por los malos ingredientes con los que se hacía el pan de munición, llegando a encontrar terrones de yeso, harina mal molida y espinas de centeno infestadas, provocando ergotismo.

del proceso llamaron a la revolución en el sentido más radical de la palabra, sino que era en esencia un último recurso de los soldados en las reclamaciones.

Si la jerarquía del ejército era piramidal descendente, el movimiento comenzaba desde los estratos más bajos del ejército, los soldados rasos con peores sueldos y mayores atrasos, lo que el doctor Antonio José Rodríguez Hernández ha denominado “*proletariado militar*”<sup>161</sup>. Estos buscaron extender la reclamación a la mayor cantidad de militares posible para que el movimiento tuviese fuerza, convenciendo e involucrando a otros sectores con mayores sueldos y quizá menores necesidades, como eran los arcabuceros, mosqueteros, caballería... No se rechazaba a nadie, pues el objetivo era involucrar al mayor número de amotinados posible para hacer fuerza contra el gobierno e inclinar la balanza a su favor.

Estos episodios, que podían comportar violencia pero que en su mayoría no lo hicieron, tenían un desarrollo muy específico, reflejado tanto en los informes como en las obras de autores del momento. Lo primero, cuando el movimiento había cogido cierta fuerza y estaba preparado para manifestarse, era expulsar, no sólo a los oficiales, sino a todos los que ya fuese por su posición, sueldo, honra o rango podían verse afectados y no colaborasen con el motín. Al grito de “*afuera los guzmanes*”<sup>162</sup> se expulsaba a oficiales, capitanes, aventajados y todos los soldados que no iban a colaborar o que iban a boicotear el proceso. Una vez expulsados se procedía a retirar las banderas reales, no para mostrar su desobediencia al rey sino al gobierno negligente que le representaba. Muchos de estos motines incluso empezaban con consignas como “*¡Viva el rey. muera el mal gobierno!*”<sup>163</sup>.

Una vez fuera todo vestigio de la autoridad contra la que se estaban rebelando, se procedía a nombrar a un representante del grupo: alguien que negociase con el gobierno y que a la vez mantuviese el orden interno, función que era casi tan importante como la primera. Una vez en rebeldía, el siguiente paso era buscar cómo mantener a las tropas amotinadas. La solución más habitual pasaba por proveerse de una ciudad. Si los amotinados pertenecían a la guarnición de una, la retenían y si no eran guarnición, tomaban una con la mayor rapidez posible, ya que no hay que olvidar que si los motines estaban originados por la necesidad, el asedio prolongado no era una opción. De la ciudad

---

<sup>161</sup> RODRÍGUEZ HERNANDEZ, 2015: 292.

<sup>162</sup> RODRÍGUEZ HERNANDEZ, 2015: 292.

<sup>163</sup> RODRÍGUEZ HERNANDEZ, 2015: 291.

tomaban todo lo que necesitaban, lo que generaba conflictos de nuevo con la población civil, no así con los comerciantes, que contaban con que tarde o temprano el gobierno pagaría a estos hombres. La permanencia en estas ciudades se prolongaba durante las negociaciones con el gobierno hasta que finalmente éste aceptaba en la medida de lo posible las demandas de los hombres, que no sólo se reducían a los salarios, sino que alcanzaban un gran abanico de peticiones. Una vez acabadas las negociaciones y cumplidos los términos, la compañía de amotinados era disuelta y reubicada en otros destinos, a modo de disuasión de futuros conflictos. Demostrando que el gobierno no olvidaba, a principios del siglo XVII concretamente a partir de 1607, los cabecillas de estos conatos de rebeldía tiempo después del motín fueron perseguidos, buscando cualquier motivo para ajusticiarles<sup>164</sup>, del mismo modo que todos los que hubieran participado en el mismo y tuvieran posibilidades de ascenso eran automáticamente descartados. La persecución y las represalias ejecutadas por el gobierno fueron agentes de disuasión eficaces, así como la pacificación del frente holandés a principios del XVII<sup>165</sup>.

Estos episodios, que si bien fueron aumentando conforme transcurría la segunda mitad del siglo XVI, en la primera década del siglo XVII desaparecen como fenómeno endémico, coincidiendo con la dotación a las tropas de víveres de forma regular. Desde los extractos más bajos del ejército de finales del XVI se veía como única manera de conseguir que se escuchasen sus reclamaciones y que se les pagasen lo adeudado, y en muchos casos tenían razón, pues la experiencia así lo avalaba. El hecho de que se viese el motín como única salida y que la Monarquía cada vez tuviese más problemas para movilizar los recursos necesarios al frente provocó que este tipo de levantamientos proliferasen a finales del XVI, poniendo en peligro los avances en las campañas, no sólo porque un grupo más o menos numeroso (y necesario) se declarase en rebeldía sino porque estos episodios eran puntos débiles que el enemigo aprovechaba, bien fuese para fortalecerse o para recuperar posiciones. No obstante, y como caso especial, se hacían multitud de referencias a la fama de los soldados españoles, pues tendían a comenzar los motines después de una campaña (cuando su servicio no era imprescindible) o de incluso participar activamente en la misma aun estando amotinados, al contrario que los motines provocados por soldados de otras naturas, más comprometedores para el desarrollo de los

---

<sup>164</sup> PARKER, 2013: 244-245.

<sup>165</sup> RODRÍGUEZ HERNANDEZ, 2015: 289-294.

acontecimientos y que podían desbaratar los avances hechos en semanas e incluso meses. El hecho de que los soldados españoles se amotinassen cuando no eran estrictamente necesarios o que incluso colaborasen de forma activa estando amotinados<sup>166</sup> fue uno de los factores que llevaron a los ejércitos hispánicos a ser los mejor valorados por su disposición casi incondicional a pesar de la adversidad, así como por su lealtad. Un ejemplo de esta conducta, motivada por el honor según los teóricos, fue el socorro que los soldados amotinados en la guarnición de Alost hicieron a las tropas que estaban siendo sitiadas en Amberes en 1576 por el ejército rebelde. Su colaboración, que permitió conservar la ciudad, se vio enturbiada por el saqueo que hicieron los amotinados. Con la Pacificación de Gante en noviembre de ese mismo año se expulsó a esos militares de los Países Bajos<sup>167</sup>, cuyo acto hizo que se empezase a conocer el episodio como una muestra de las furias españolas.

A pesar de estos episodios que no hicieron sino socavar la autoridad que poco a poco se había ganado en los Países Bajos frente a los rebeldes holandeses, lo cierto es que gracias a estas acciones colectivas se implantó un sistema que garantizaba la provisión mínima de alimentos a los soldados, el conocido como pan de munición, así como la instalación de hospitales de campaña, precios más baratos de los bienes de primera necesidad u otras demandas, aunque las más importantes y las que encontramos en mayor número eran las reclamaciones por hambre y por atrasos, que en muchos casos se solapaban.

Como contrapartida, para sufragar el costo de los alimentos, el gobierno redujo el montante del sueldo de la soldadesca, ya que parte de ese sueldo se le estaba pagando en especie. Esto supuso que el gobierno tuviera que tratar, y en muchos casos endeudarse, con estos asentistas para mantener un flujo de alimentos constante. A pesar de que los sueldos redujesen la cantidad en efectivo a percibir, los problemas para pagarlos siguieron existiendo, pues la Monarquía nunca consiguió movilizar de forma permanente tantos recursos para los soldados a tiempo. Bien entrado el siglo XVII y con Felipe IV en el trono, se propuso desde el Consejo de Guerra que los capitanes retrasasen las pagas cinco o seis días al mes, de tal forma que al final del año fuesen diez pagas y no doce. Lo que pudiera haber sido una idea imaginativa para superar una coyuntura desfavorable y temporal se veía inútil ante el problema que suponía la deuda que ya arrastraba la corona

---

<sup>166</sup> RODRÍGUEZ HERNANDEZ, 2015: 295.

<sup>167</sup> RODRÍGUEZ HERNANDEZ, 2015: 295.

con sus hombres en el frente, y que las dificultades para recaudar y enviar los pagos eran permanentes. Muchos capitanes, señalaban en sus misivas a altos mandos que sus hombres “*no saben que cosa es paga*”<sup>168</sup>.

Los grandes perjudicados en este aspecto fueron todos aquellos comerciantes que especulaban con el precio, así como los prestamistas, entre los que se encontraba un gran número de mandos. Esta medida tuvo un éxito notable, el cual motivó que el estado proporcionase a sus soldados en el frente de igual manera que la comida, vestido e incluso el armamento, siguiendo el mismo método: todo lo que proporciona el estado era considerado como parte del sueldo pagado en especie. Se crea incluso una figura en el ejército, el Proveedor de Víveres, que era en esencia el asentista al que se le encomendaba dicha tarea. El resto de la soldada era entregada a los capitanes que lo repartían entre sus hombres hasta 1630, que se empezó a entregar en mano a los soldados sin intermediarios<sup>169</sup>. Esto supuso prácticamente el golpe definitivo a todo el negocio del préstamo con interés entre el ejército y a quien se lucraba de él, especialmente los capitanes.

El sistema de pago de la monarquía con sus hombres era piramidal y estaba basado en que todos sus miembros y cargos de responsabilidad eran hombres con una integridad moral inquebrantable. Es más, el hecho de que se considerase durante buena parte del XVI a la nobleza como el estamento social idóneo para los mandos por las virtudes que la caracterizaban provocó que accediese con mayor facilidad a los cargos de poder en el ejército. Entre las cualidades que se le presuponía a la nobleza estaba la vocación innata y la facilidad de aprendizaje de todo lo que tenía que ver con la guerra, así como cierta integridad moral y honradez. El problema era que muchos no lo eran y otros muchos con los años de servicio se acabaron corrompiendo, incluso aquellos con los apellidos más destacados. Eran los capitanes los que recibían la soldada y tenían como obligación repartirla entre los soldados. Sin embargo, eran los mismos que se estaban lucrando con la necesidad de los hombres a sus órdenes, que, necesitados de capital, recurrían al oficial de turno para conseguirlo, puesto que sabían de buena mano que su capitán era más probable que sí que dispusiera de efectivo y porque estando destinados en el extranjero, a pocas personas más podían recurrir. Sabiendo esto y que los envíos de dinero y pagas era raro que llegasen a tiempo, los capitanes podían retrasarles más de lo debido las pagas

---

<sup>168</sup> PARKER, 2013: 200-201.

<sup>169</sup> PARKER, 2013: 203.

a sus soldados a fin de incrementar los intereses, que luego se cobraban descontando de la soldada. El hecho de que, en primer lugar, la mitad del sueldo se pagase en especie, uno de los principales motivos de los soldados de pedir crédito, y en segundo, que se pagase en mano y no con intermediarios supuso un duro golpe a estas prácticas lucrativas. Aunque éticamente eran sancionables, no desaparecieron, ya que la vida militar iba casi ligada a otros gastos de actividades de índole cuestionable, como eran el juego y las mujeres. En definitiva, el dinero en efectivo a los soldados les duraba muy poco en las manos, así como los botines que conseguían tomar. En palabras del capitán Contreras, el dinero se esfumaba “*de hostería en hostería y de casa en casa*”<sup>170</sup>.

## **2.5. Ocio y tiempo libre**

### **2.5.1. Reconstrucción de la vida que dejaron atrás. Familias y Religiosidad**

Como ya he mencionado con anterioridad, sólo existían dos periodos de servicio para un soldado: los tiempos de guerra y los tiempos de paz, siendo más los segundos que los primeros a pesar de que las fronteras de la monarquía estuvieron activas prácticamente durante todo el siglo XVI y XVII. Sin embargo, su actividad no siempre estaba ligada al incremento de la tensión internacional que requiriesen la intervención militar en toda la frontera, lo que hubiera sido imposible de mantener por otro lado, sino que episodios puntuales y con una localización específica.

Estos largos periodos de ociosidad fueron aprovechados por muchos de los soldados acantonados para rehacer sus vidas. El servicio al que se comprometían era para décadas (lo que durase el conflicto), por lo que muchos abandonaban la idea de volver a la península licenciados y emprendían una vida paralela a la que dejaron atrás al alistarse, en el lugar donde estuviesen destinados. Los soldados acantonados adoptaron rápidamente las costumbres de la zona, así como los propios mandos que se esforzaron por aprender el idioma. De igual manera la población local se vio influenciada por la presencia de los soldados castellanos. Con este sincretismo cultural no es descabellado pensar que muchos de los hombres destinados en Flandes o Italia considerasen su destino como una segunda patria, un segundo hogar al que en muchas ocasiones llegaron a

---

<sup>170</sup> CONTRERAS, 1630: 8.

apreciar más que a la primera. Una vez acomodados, el siguiente paso para un hombre que iniciaba una nueva vida en un lugar era asentarse e iniciar un proyecto familiar. El matrimonio en el ejército era algo bastante controvertido. Ciertamente es que la prostitución, aunque criticada desde los sectores eclesiásticos, estaba más que aceptada y se veía prácticamente como una necesidad desde los propios mandos hasta los tratadistas militares, ambos especificando el número de prostitutas que había de haber por cada compañía, siendo mayor o menor el número según su sesgo moral. Sin embargo, las familias siempre supusieron un problema, siendo muy mal vistas por los altos mandos militares, pues la vida del soldado no era apta para formar una familia y tener descendencia, menos aun cuando este estaba en itinerancia habitual y las pagas a tiempo eran poco menos que un milagro en periodos de estrechez. Por el contrario, desde el punto de vista religioso se impulsó la idea del matrimonio frente al amancebamiento masivo y la prostitución. Esta disputa entre el poder religioso y el militar permaneció en un segundo plano, ya que siguieron existiendo matrimonios, prostitución y amancebamientos, disputa por otra parte ajena a la vida del soldado, que se las arreglaba para rehacer su vida de una forma u otra. Las preferencias de los soldados a la hora de buscar esposa eran de lo más variopintas, aunque desde luego no importaba el origen. Tal y como recoge Geoffrey Parker en *El ejército de Flandes y el Camino Español 1567-1659* de los 527 matrimonios de soldados españoles oficiados en la iglesia de la guarnición de Amberes entre 1625 y 1647, 216 eran con españolas e italianas frente a 258 que tenían sobrenombres flamencos. Esta realidad se pone de manifiesto en las mandas testamentarias de la época, con menciones a las viudas. A pesar de que estas cifras pueden llevarnos a la confusión, puesto que alguna de estas mujeres flamencas tenía ascendencia española, es una buena muestra de la normalización que tienen en estos territorios los matrimonios mixtos<sup>171</sup>. En lo que se refiere a la descendencia, los hijos de los soldados quedaban registrados en los libros de bautismo recogidos en la misma iglesia de Amberes. Entre los años 1628 y 1637 se oficiaron 571 bautismos, dato que destaca cuando estaban destinados en esa guarnición 600 hombres, probablemente la mitad casados<sup>172</sup>.

Este es un fenómeno que no pasó desapercibido para los mandos militares ni para los tratadistas, que veían como un peligro el hecho de que el soldado se acomodase en su destino. No en vano el matrimonio de un hombre mientras servía en los ejércitos de la

---

<sup>171</sup> PARKER, 2013: 216.

<sup>172</sup> PARKER, 2013: 217.

Monarquía se desaconsejaba, ya que “*quien se casa habiendo de andar tras una bandera o estandarte, vivirá lacerado*”<sup>173</sup>, anticipando la vida que les esperaba a todas esas familias que seguían la marcha de los ejércitos. En muchas ocasiones se culpó a las propias mujeres de los soldados del estallido de motines provocados por el atraso en los pagos. Las sospechas venían dadas porque se pensaba que éstas encendían a sus maridos a reclamar las pagas que se les adeudaban y que colaboraban durante el desarrollo del mismo. La miseria a la que se veían empujadas estas familias durante las campañas largas provocaba mayor crispación ante la tropa que veía no sólo como ellos se encontraban en condiciones pésimas, sino también sus familias, tanto por el desamparo de las mismas ante una probablemente muerte del padre y marido<sup>174</sup> como por la captura del mismo y la necesidad de pagar un rescate<sup>175</sup>.

Los propios contemporáneos a este fenómeno comenzaron a vislumbrar que un ejército sostenido por individuos era mucho más tolerante a la adversidad manteniendo la jerarquía militar que uno de familias, en el que los hombres no sólo miraban por su propio bienestar, sino también por el de su mujer e hijos. Tal y como Bentivoglio escribió, los motines se producían especialmente en campañas largas, cuando los soldados “*se acompañaban con las mujeres y se llenan de hijos*”<sup>176</sup>. Desde el propio consejo de Estado, Don Fernando Girón, veterano de Flandes, en 1625, exponía: “*son casados y cargados de hijos y con gente tal no se puede hazer buenos efetos, porque las mugeres ayudan a los motines yncitando a sus maridos a quenque se amotinen con la necessidad que padezen y la que ven padescer a sus hijos*”<sup>177</sup>. Y en efecto, estas familias acompañaban a los soldados en sus movimientos, siendo uno de los principales nutrientes de esa larga cola que seguía a los ejércitos españoles a la que ya he aludido.

Las mujeres casadas en los campamentos militares no sólo eran un foco de revolución según algunos contemporáneos, ni sujetos pasivos. Para complementar las pagas de sus maridos y en muchos casos para tener una al menos que llegase a tiempo y les permitiese mantenerse, muchas de estas mujeres realizaban servicios de

---

<sup>173</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 134.

<sup>174</sup> AGS. Leg. 80. Doc. 318. La muerte de un marido podía suponer una situación dramática para la viuda, como es en este caso. La situación de María Carrillo, viuda del capitán Baltasar de Campucano, que tras años de servicio por parte de su marido suplica una compensación, habiéndola dejado éste con cinco hijas doncellas y mucha necesidad. La petición se resolvió enviando a la viuda las soldadas que se le debían al marido.

<sup>175</sup> AGS. Leg. 62. Doc. 199. Se recoge el caso de Leonor de Zapata, viuda, que suplica al rey ayuda para pagar el rescate de su hijo Francisco Zapata.

<sup>176</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 135.

<sup>177</sup> AGS. Estado. Leg.2037. Doc.11. Consejo de Estado. Abril de 1623. Citado por PARKER, 2013: 217.

mantenimiento, costura, cocina, lavandería, se convertían en vivanderas... De igual manera ocurría con los niños, que hacían de mozos y pajes de aquellos soldados que se podían permitir pagar a uno. Si las condiciones de vida de los soldados en un ejército en marcha eran lamentables, las de estas mujeres y niños eran si cabe aún peores, pues eran víctimas tanto del hambre, como de las enfermedades y la violencia reinante en ese ambiente.

Para intentar frenar los matrimonios, se trataron de imponer límites a los mismos, entrando en conflicto con la iglesia que veía con mejores ojos el matrimonio como sacramento que el amancebamiento<sup>178</sup>. La preocupación y voluntad del gobierno por el incremento de las familias en sus filas se condensó en la Ordenanza de 1632<sup>179</sup> en la que se permitía que sólo la sexta parte de hombres estuviesen casados, tratando de esta manera de poner un límite, que por supuesto no se respetó. Es más, no todas las familias que se formaron en el ejército estuvieron fundamentadas bajo el sacramento del matrimonio. Muchas de las cortesanas que acompañaban a los ejércitos, sin abandonar su trabajo, tenían un amigo fijo con el que habían formado una familia *sui generis*<sup>180</sup>. La familia acompañaba en muchas ocasiones al soldado en sus desplazamientos, pero en lo que se refiere a situaciones de actividad militar, tales como asedios, emboscadas, encamisadas o batallas, la familia, como civiles que eran, debían de permanecer al margen. Durante los periodos en los cuales los hombres estaban embarcados en una operación de las antes citadas, las mujeres y los hijos permanecían en el presidio, fortaleza o ciudad donde las tropas estaban acantonadas hasta la vuelta de sus maridos. Así mismo, la manutención de sus familias la pagaban los soldados a través del estado, que aseguraba la provisión de viandas a las familias de sus militares a cambio de una quita en sus sueldos. De esta forma, no quedan desamparadas<sup>181</sup>.

Parece evidente que a pesar de las circunstancias que rodeaban la vida de los soldados, al fin y al cabo, eran productos de la sociedad donde nacieron y se criaron, es decir, de la sociedad civil de los territorios de la monarquía (en el caso de los soldados

---

<sup>178</sup> O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, 2006, vol. I: 383. El amancebamiento no sólo estaba mal visto por los eclesiásticos, sino también por tratadistas y oficiales, sino que se consideró que las mujeres públicas debían ser compartidas “*sin frecuencia o amistad estrecha*” tal y como señala Diego Xarava de Castillo en el s. XVII en “*A la Maiestad Catholica de Carlossegundo [sic]... proposicion para un particular seruijio militar perteneciente à su real corona, dispuesto y ordenado por... Don Diego Xarava de Castillo*”. Ms Biblioteca Real, III/6474 (1), fol. 9.

<sup>179</sup> PARKER, 2013: 217. AM. Besançon Ms. Chifflet 61/1-26. Ordenanzas militares. 28 de junio de 1632.

<sup>180</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 135.

<sup>181</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 137.

españoles) de los siglos XVI y XVII. Una sociedad civil que en principio nada tenía que ver con la jerarquía y el desarraigo en ocasiones del mundo militar, así como la falta total teórica de autonomía al estar sujetos a las disposiciones de un mando. Este cambio, traumático en muchas ocasiones puesto que a pesar de haber ido voluntariamente los cambios se producían a una gran velocidad y sin retorno aparente, provocó que, como ya he mencionado, en el ejército se reprodujesen estructuras, relaciones y hábitos del mundo al que habían renunciado. Uno de esos pilares, la familia, fue reincorporado a la vida militar bajo la atenta mirada de la Iglesia y ante el desconcierto de los mandos militares y del estado, pues como ya se ha comentado, las familias generaban más problemas que los solteros. La honra y la reputación no sólo se retomaban de la sociedad, sino que acrecentaban su valor para estos individuos, al ligar estos conceptos con el del currículum, con la idea de trayectoria militar y méritos, esenciales para la promoción en el ejército. Pero hubo un elemento que estuvo presente tanto en su origen como en su destino por lo que no lo tuvieron que importar, y ese punto era la Iglesia. La Iglesia como institución, como edificio, como centro social y como definición del catolicismo contra el hereje, fue un elemento más de cohesión y de fortalecedor de la idea de grupo sólido de los propios soldados respecto al enemigo.

A pesar de todas las fechorías que ya he mencionado cometidas por los soldados, las iglesias en especial, y los clérigos en buena parte, permanecieron al margen de esta violencia, siendo respetados y apreciados por el ejército, en especial por los castellanos<sup>182</sup>. No faltaron los abusos en las pernoctaciones cortas, en el paso de las compañías más agresivas como los reiters alemanes, pero la tónica general de los españoles fue siempre no sólo de respeto, sino de afecto hacia la figura de la Iglesia como culto y como lugar de reunión en sociedad. Precisamente por esta razón buena parte del tiempo de ocio de los soldados estuvo directamente relacionado con actividades que tenían la Iglesia como centro de las mismas. Las fuentes nos hacen referencia a que los capitanes acudían a misas y a determinadas celebraciones de carácter sacro jalonados por el santoral. Estas celebraciones no sólo estaban en la agenda de los capitanes por su carácter religioso, sino que primaba tanto o más el elemento social. La devoción de los oficiales competía directamente con su deseo de notoriedad, participando en estas celebraciones en busca siempre si no de la admiración social sí del reconocimiento, vistiendo sus mejores galas

---

<sup>182</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 57. En palabras de Sancho de Londoño, recogidas hacia 1568: “...al menos entre los que han de ser mandados, pues tienen lo principal, que es la cristiandad”.

y tratando de tener un papel relevante o protagonista en estos actos sacros. En definitiva “*ver misa a su gusto*”<sup>183</sup>.

Los iconos religiosos no eran solamente respetados por los capitanes. La fe era un elemento crucial en la población del Antiguo Régimen, una piedra angular para cualquiera que hubiese nacido en una sociedad europea occidental, más aún tras Trento. La idea de la fe y la noción de la muerte en el mundo militar toman aún más relevancia, con lo que los eventos religiosos y los oficios no eran cosa sólo de mandos que buscasen su protagonismo social, sino que era una idea casi omnipresente. No sólo se reducía la fe y la devoción a la participación en los oficios, sino que marcaba prácticamente todos los aspectos de la vida de estos soldados. Ya he mencionado que la profesión de soldado se entendía no sólo como un servicio al Rey sino como un servicio a Dios y que Dios respondía a ese servicio dotándoles de ventaja y protección durante el mismo. La idea de contar con la ayuda de la providencia era más que algo puntual, una realidad. Esta idea se fortalecía tanto con la continuación de unas prácticas como con el respeto por la figura de la Iglesia allá por donde pasasen. No en vano eran los ejércitos del Rey Católico. Como he mencionado con anterioridad, todo lo reprochable que se les podía incriminar a los soldados a su paso por las poblaciones contrastaba con lo intachable que solía ser su actitud con la Iglesia y los eclesiásticos de la zona, bien fuesen seculares o regulares, lo que no quita que hubiese hechos puntuales de violencia o de conflicto, como el episodio protagonizado por Alonso de Contreras en calidad de capitán con el arzobispo de Càpua. El choque entre estas dos autoridades, con una excomunión de por medio, se saldó finalmente con el alojamiento de la compañía de Contreras en la ciudad:

*“Con todo su mal fue a quejarse, con que el obispo me envió a decir que estaba descomulgado por el capítulo quisquis pariente del diablo. Yo le respondi que mirase lo que hacia, que yo no entendía el capitulo quisquis, ni era pariente del diablo, ni en mi generación le habia, que mirase que si me resolvía a estar descomulgado, que no estaba nadie seguro de mi sino en la quinta esfera, que para eso me habia dado Dios diez dedos en las dos manos y ciento y cincuenta españoles”*<sup>184</sup>.

En una relación de los hechos acontecidos en Hertogenbosch en 1568 durante la estancia de los españoles en la localidad se destacaron, además de los abusos, el gran respeto que estos soldados manifestaron para con la Iglesia: “*tenian un gran respeto por el Santísimo Sacramento y eran devotos en las iglesias y favorecian al clero y no le hacian*

---

<sup>183</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 133.

<sup>184</sup> CONTRERAS, 1630: 94.

*daño*”<sup>185</sup>. Así mismo, esta devoción se extendía a otros ámbitos como la piedad y la caridad tanto en vida como en el lecho de muerte. No es raro encontrar en los testamentos de los soldados que además de incluir a su familia, se encuentren mandas piadosas y el legar una cantidad mayor o menor de dinero según las posibilidades del difunto en aras a una redención póstuma y una menor estancia en el purgatorio, de la misma forma que con actos piadosos se aseguraban un buen tránsito al más allá ante una muerte inesperada, es decir, cubriéndose las espaldas ante una muerte repentina (siempre posible y presente en la vida en el frente). Un ejemplo de esta práctica fueron los 2.351 florines que 18 soldados que murieron en Dunquerque entre 1588 y 1596 dejaron en herencia de los atrasos que tenían de sus sueldos a obras pías, a la cofradía del Rosario y a un monasterio franciscano<sup>186</sup>.

Al igual que en su vida en tiempos de paz, los soldados estuvieron vinculados a la fe católica en tiempos de actividad militar. Es de sobra conocida la existencia de párrocos y capellanes militares, que, entre otras funciones, daban la misa y los sacramentos de la extremaunción y confesión sobre el terreno. Estas figuras eclesiásticas eran fundamentales para el mantenimiento de la moral y para el buen morir de muchos soldados. Así mismo, los propios enemigos se sorprendían al encontrar entre los cadáveres de los soldados españoles caídos un gran número de símbolos religiosos, ya fuesen cruces, efigies, *Agnus Dei*... en buena medida por la idea de protección contra la desgracia que estos ofrecían y en parte por esa idea antes comentada de buscar la protección divina ante una muerte probable sin posibilidad de confesión. La observación y referencia de la gran cantidad de imágenes y de símbolos religiosos que acompañaban a los ejércitos de la Monarquía no sólo se producían con el saqueo de los cadáveres tras una batalla, sino que también ha quedado constancia de la proliferación de imágenes en los asedios, como ha quedado reflejado en la descripción que hicieron muchos pastores protestantes del sitio de Bergen-op-Zoom<sup>187</sup>.

---

<sup>185</sup> PARKER, 2013: 220.

<sup>186</sup> AGS. CMC 2ª/76, legajo segundo. Citado en PARKER, 2013: 221. Parker recoge otro ejemplo en el cual un soldado, Bartolomé Céndrelas, especificaba en su testamento: “...digo y declaro que yo e tenido en mi poder a una muger llamada María con la cual e tratado y ella dize estar preñada de mí. Si acaso lo stuviere como ella lo dize, quiero y es my voluntad que lo que ansí pariere aya y heredo todos mis vienes [...] advirtiéndolo primero que la primera vez que yo la conozi y traté con ella fue el dia de San Pedro próximo passado deste presente año, y viniendo a parir, hecha cuenta en tiempo conforme a lo dicho, lo admitan y tengan por mí y de otra manera no”. De esta forma, el heredero sería el niño o una institución religiosa.

<sup>187</sup> DE RYKE, Lambert. *Bergues sur le soom*. Assiegee Le Juillet 18, 1622. Edición de 2010, Kessinger Publishing, 2010 citado por PARKER, 2013: 215-216.

### 2.5.2. Juegos de azar

Otra actividad en la que los hombres empleaban el tiempo de paz era el juego. Esto no es un hecho sorprendente, a fin de cuentas, con el ejército permanente se extrapolan muchos de los ámbitos que el soldado había dejado atrás en el mundo en el que nació y creció, llegando a formar otro tipo de *sociedad* que, a pesar de estar marcada por la violencia y el nomadismo, tenía muchas similitudes y vicios heredados de su pasado civil. Uno de estos vicios era el juego. El juego no sólo se entendía como una manera de incrementar los pobres ingresos de los soldados, sino que era un buen método de ocupar las mentes de los hombres y evitar así en la medida de lo posible que otros pensamientos les rondasen la cabeza, individuales o colectivos. A pesar de que fuese necesario y desde siempre estuviese ligado a la convivencia humana continuada, el juego entrañaba problemas. Las apuestas se sucedían en los campamentos y se jugaba tanto lo que se tenía, como lo que no. Más que como un modo de redistribución subalterna de la riqueza sólo servía para empobrecer y endeudar, ya que muchos “*se jugaban el sol antes de salir*”<sup>188</sup>. Aparte del empobrecimiento, el juego generaba adicción y conflictos, matándose más los hombres por éste que por cualquier cosa. Los problemas que entrañaba el juego como un aspecto inherente a la convivencia de los soldados en el frente era de sobra conocido por los mandos militares, provocando “*cuchilladas, hambres, miserias, hurtos, atrevimientos, desacatos y poca obediencia*”<sup>189</sup>.

Sabiendo que era prácticamente un esfuerzo vano el prohibirlo, ya que no se desarrollaba por ninguna vía oficial ni quedaba registros de su actividad y cuya penalización sólo provocaría que se desarrollase por otros cauces ajenos a la normativa<sup>190</sup>, intentaron regularlo para evitar males mayores, pero sin acabar con ello. Para intentar paliar la violencia que pudiese generar, se permitía jugar en los cuerpos de guardia debido a que, si el juego se desarrollaba en un lugar que infundiese respeto y a la vez hubiese oficiales que pudieran poner orden, los conflictos desaparecerían. De esta manera, los

---

<sup>188</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 134.

<sup>189</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 134.

<sup>190</sup> CONTRERAS, 1630: 13. La autobiografía nos ofrece de nuevo una visión natural de la influencia del juego en los soldados como método de evasión: “*Y como la presa era tan rica, mandó el capitán nadie jugase, porque cada uno llegase rico a Malta. Mandó echar los dados y naipes a la mar y puso graves penas quien los jugase, con lo cual se ordenó un juego de esta manera: hacían un círculo en una mesa, como la palma de la mano, y en el centro de él otro círculo chiquito como de un real de a ocho, en el cual todos los que jugaban cada uno metía dentro de este círculo chico un piojo y cada uno tenía cuenta con el suyo y apostaban muy grandes apuestas, y el piojo que primero salía del círculo grande tiraba toda la apuesta, que certifico la hubo de ochenta cequíes. Como el capitán vio la resolución, dejó que jugasen a lo que quisiesen. Tanto es el vicio del juego en el soldado*”

altercados se reducían y se derramaría menos sangre. También se intentó regular el que se apostaba, impidiendo a los soldados jugar a crédito, jugarse las armas o el caballo. No se prohibió, sino que no se reconocía como deuda, lo que lo convertía en un sin sentido de apuesta, ya que el ganador no obtendría nada puesto que tendría que devolverlo a su dueño original. Estas medidas, aunque tuvieron un éxito moderado, no consiguieron acabar con la lacra del juego “*por él son malos cristianos, por él no tienen armas, por él son ladrones. Por él pierden la obediencia y por él están hambrientos y desnudos, por él faltan muchas veces a las guardias y centinelas*”<sup>191</sup>.

### 2.5.3. Prostitutas

La prostitución, aunque moralmente cuestionable, se entiende que era un fenómeno consustancial a la guerra. No es de extrañar que en una de sus *Adiciones* a la traducción de *El soldado Christiano* de Possevino, Diego de Mora hiciese referencia a este fenómeno: “*para cinco o seys mill hombres que auia en Flandes de nuestra naçion española, auia pasadas de dos mill mugeres meretriçes aparejadas y dispuestas para cometer cada dia vn numero infinito de pecados contra nuestro buen Dios*”<sup>192</sup>. Por ello, se trató de reglamentar el número y las condiciones de las mismas, desde la salud de las mujeres, como la cantidad que debía haber como mínimo y máximo según el número de soldados. Había diversidad de opiniones, pero lo más normal era considerar a ocho prostitutas para cada doscientos o incluso cien efectivos, como sostenía Sancho de Londoño<sup>193</sup>. En las ordenanzas de 1596 el cardenal archiduque Alberto, tal vez por su condición de eclesiástico y puritanismo, decretó que sólo había de haber 3 mujeres públicas por cada compañía, siendo estas vigiladas para su correcto sustento, tener la edad adecuada, su salud y disposición corporal<sup>194</sup>. Ese fundamentalismo religioso se tradujo en que debían ejercer su oficio “*disfrazadas de lavanderas o algo similar, como quien realiza un trabajo servil*”<sup>195</sup>. Si no podían eliminar la prostitución de los barracones, por lo menos sí recatarlo y normalizarlo, a fin de cuentas, muchos teóricos sostenían que la presencia de prostitutas entre los soldados servía como válvula de escape, ya que sin estas

---

<sup>191</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 134.

<sup>192</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 140.

<sup>193</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 140.

<sup>194</sup> PARKER, 2013: 217.

<sup>195</sup> BRB Ms. 12622-31/177-200v. ordenanza del archiduque Alberto sobre disciplina militar. 27 mayo de 1596, clausula 30. Citado por PARKER, 2013: 217.

trabajadoras sexuales los impulsos carnales y la depredación de los soldados iría dirigida a la población civil, concretamente hacia las mujeres y las niñas<sup>196</sup>. Pero una cosa es el plano de la norma teórica y otro muy distinto es el de la realidad cotidiana.

El número de trabajadoras sexuales era mucho más amplio del que a priori se permitía, combinando la prostitución con el ejercicio de otras tareas que precisamente debían fingir por orden de los altos mandos militares, como lavandería, cocina o asistencia a enfermos y heridos, de la misma forma que otras lo compatibilizaban con la vida familiar, pues muchas, como ya se ha mencionado, estaban casadas con los soldados. El hecho de que en las Disposiciones y Ordenanzas sólo se planificase asistencia médica a un porcentaje reducido de prostitutas, las “permitidas”, llevó a la proliferación de enfermedades venéreas que la propia medicina de la época no pudo parar, en primer lugar, por el desconocimiento en materia de enfermedades sexuales del periodo altomoderno y en segundo lugar porque el único elemento de control que existía en esos momentos era el limitar el número de prostitutas y asegurar su salud, método que se vio superado por una realidad subalterna como fue la prostitución ilegal, la cual se ejercía sin ningún tipo de cuidado.

Mención aparte merece la situación la de las cortesanas, mujeres, algunas de ellas procedentes de buena familia que se enganchaban al ejército, siendo amantes de capitanes y maestros. Mujeres que, aunque en un principio viviesen sin necesidades y con lujo acababan pasando hambre y penurias durante la vejez. Los peligros que sufrían no acababan ahí, puesto que en muchas ocasiones eran víctimas de sus propios pretendientes, tal vez por no vincularse directamente con uno de ellos o tal vez por saber algo comprometido. A fin de cuentas, no dejaban de ser personas que se movían por las altas esferas del mundo militar y que desde su posición podían ver y oír determinados rumores, secretos o tejemanejes que las convirtiesen en peligrosas. Ejemplo de estos dos casos son las de los capitanes Castro que envenena a su amante para que no le delate y el episodio de Contreras en el que mató a su esposa y al amante de esta<sup>197</sup>.

Sean cuales fueren sus clientes o queridos, lo cierto es que estas mujeres no vivían en una burbuja, con lo que los problemas relacionados con el mundo militar, tanto en marcha como acantonado en ciudades o asentado en campamentos también los sufrían

---

<sup>196</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, 2000: 140.

<sup>197</sup> CONTRERAS, 1630: 51. “...yo, que no dormía, procuré andar al descuido con cuidado, hasta que su fortuna los trajo a que los cogí juntos una mañana y se murieron. Téngalos Dios en el cielo si en aquel trance se arrepintieron.”.

ellas. La marcialidad y la violencia que regía esos ambientes combinados con la necesidad, el hambre y la enfermedad se les sumaba el aguardarles un presente poco alentador y un futuro incierto, con ejemplos de cortesanas que, cortejadas por todos en su juventud fueron abandonadas conforme pasaron los años y a la llegada de otras más jóvenes, dejándolas en la miseria. Con ejemplos de ese tipo muchas se casaron, en vistas a asegurar un futuro<sup>198</sup>.

#### 2.5.4. Duelos

Como ya he mencionado, los conflictos eran una constante indisoluble a la vida en el frente y, por si no fuese suficiente con el acero enemigo, los altercados dentro de la propia convivencia entre soldados en muchas ocasiones acababan con sangre. No se puede obviar por tanto que los peligros de una vida dominada por la marcialidad y la violencia entrañaban riesgos para aquellos que la llevaban, no sólo en tiempo de actividad bélica, de campaña, sino que en los tiempos de ocio. Como ya he comentado, el ocio de los soldados es un hecho, permitido o no, y así como es un hecho es un generador de conflictos entre los mismos. No se puede olvidar que estos hombres, especialmente los veteranos, veían la violencia no como un oficio por el cual sustentaban su modo de vida, sino una forma de vida *per se* que lo condicionaba todo y cuya barrera moral ante el asesinato estaba más que diluida. A fin de cuentas, eran profesionales, estaban entrenados y tenían experiencia, por lo que no dejaban de ser peligrosos tanto para las poblaciones como para sí mismos como grupo. Cualquier conflicto podía acabar, y de hecho era bastante común, con el desenvaine de armas. Por descontado que los asesinatos eran algo que estaba prohibido, así como las trifulcas con armas blancas, permitiendo el desahogo de los hombres eventualmente con armas romas o con las mismas manos, a modo de relajar la tensión, desahogo y solución a problemas internos.

Otro aspecto bien distinto eran los duelos<sup>199</sup>, un conflicto entre dos sujetos por un episodio específico. Los principales divertimentos de los soldados, como eran el juego y las prostitutas, eran a su vez generadores potenciales de este tipo de conflictos que en el

---

<sup>198</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 136. El autor rescata la historia de Beatriz de Mendoza, que se incorporó al ejército de Flandes en tiempo de D. Juan de Austria. De buena familia y buena posición, gozó de todo tipo de comodidades y de compañías durante sus años de juventud en las filas, sirviendo a su vez militarmente asistiendo y dando alimentos a los soldados en el campamento. Años después, enferma y en la miseria, muere sola y pobre, a pesar de haber sido amante de “*muchos principes y señores, de maestros de campo y capitanes*”.

<sup>199</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 137-138.

peor de los casos acababan con la muerte de uno de los contendientes. Estos casos, aunque comunes, fueron un tema que preocupó tanto a tratadistas como especialmente a los mandos, que veían estos episodios como una práctica peligrosa que llevaba al debilitamiento del ejército desde dentro, a la autodestrucción si cabe de mismo. Sabiendo que estos episodios eran inevitables se intentó establecer una gradación de las afrentas, autorizando a las más graves como justificadas para desenvainar las espadas, pero dejando las más comunes como faltas menores, despojando de la legitimidad a cualquier respuesta que implicase la muerte de alguno de los contendientes. Al margen de esta medida disuasoria, se creó la imagen de un tercero, un mediador entre las partes, de tal forma que, si este conseguía solucionar los problemas ante ambas partes y una de ellas faltaba a su compromiso de “paz”, no sólo se estaría enemistando con su primer enemigo sino con la figura del mediador cuyo honor se habría visto manchado al asegurar la paz. De modo que buscaría resarcirse y el derramamiento de sangre estaría justificado, para los tres.

Hay un tipo de afrentas que no se contemplaban en esa gradación a la que aludí antes, y son aquellas en las que la no aceptación del desafío no era viable, ya que dejaría una mácula en la honra del retado. En estos casos, el derramamiento de sangre era inevitable.

#### **2.5.5. La figura del vivandero**

Otra parte importante del grueso que formaban los ejércitos en la época moderna eran los vivanderos o comerciantes. Desde el principio se entendía la guerra como un negocio y el mantenimiento de los ejércitos era una oportunidad para muchos de obtener beneficios. Los contratos a gran escala ya estaban copados por asentistas cuyos contactos y volumen de negocio les permitía afrontar operaciones importantes como era proporcionar alimento a miles de personas a la vez, sin errores. Sin embargo, ya fuese en las marchas o en los campamentos, se hacía imprescindible una figura que proporcionase lo necesario a los soldados fatigados y que además pudiera monetizar el botín de los mismos. Los saqueos eran algo común, ya fuese a la población civil como a los cadáveres de enemigos abatidos y compañeros caídos, pero una coraza de acero no servía para paliar el hambre. Era entonces cuando entraban en escena estos comerciantes que compraban este botín por unas pocas monedas aprovechando la necesidad y posteriormente lo vendían en las ciudades obteniendo grandes beneficios. Además, estos comerciantes

podían proporcionar, mientras estuviera en su inventario, alimento en conserva a quien pudiera pagarlo, fuese militar o no. No hay que olvidar que la urgencia de efectivo en una compañía era constante ya fuese por la necesidad de adquirir productos o bien por las deudas derivadas del juego o la manutención.

Estos comerciantes, que podían ser originarios de cualquier parte, comenzaron a seguir al ejército en sus desplazamientos para hacer fortuna, más aún cuando tenían su origen en el propio ejército. Al formar sus familias, los soldados incorporaban al grueso de las tropas personal civil que estaba poco o nada familiarizado con la guerra, que no iba a cobrar de la misma y que por lo tanto debía buscar soluciones. Ya se ha hablado de cómo las mujeres se empleaban en lo que podían para conseguir aportar algo a la precaria economía familiar. Convertirse en comerciantes era una de esas opciones. Para los niños que nacían y crecían en un ambiente militar, las posibilidades de medrar eran reducidas. Las opciones pasaban por ponerse al servicio de capitanes, oficiales e incluso soldados, como mozos o pajes de aquel que pudiera permitírselo, así como ayudar a los vivanderos o cuidar de los animales de tiro.

#### **2.5.6. Instrucción militar: La conversión de campesinos a soldados. La camaradería como fenómeno vertebrador del ejército**

De la misma forma que el tiempo libre era aprovechado por los soldados para entregarse a los vicios y en muchas ocasiones generar conflictos entre ellos y entre la propia población civil durante su estancia en un pueblo, los periodos de inactividad eran utilizados a su vez para realizar instrucción, bien fuese para proporcionar a los soldados nuevos unas nociones básicas que les permitiesen sobrevivir, conocer y usar sus armas de forma eficiente y a la vez convertirles en individuos útiles para el grupo, que en última instancia era lo que realmente importaba: un individuo útil para el grupo, entendiendo por útil que supiera moverse, conociese las órdenes y las ejecutase de forma casi automática.

La instrucción para los soldados nuevos o bisoños comenzaba en el mismo momento en el que desembarcaban, normalmente Italia. Los presidios italianos eran el destino principal de la gran mayoría de jóvenes, solteros particularmente, levantados en los reinos peninsulares, especialmente de Castilla. Salvo amenaza mayor en alguna plaza africana o en el norte, estos jóvenes eran destinados a los presidios italianos de Nápoles o Milán para recibir su primera instrucción y ya, desde ahí, partir hacia los Países Bajos

por el Camino Español. Las posesiones africanas de la Monarquía eran defendidas especialmente por hombres no tan jóvenes cuyo servicio se planteaba como coyuntural y no definitivo, por lo que rara vez recibían instrucción y más pronto que tarde volvían a la península con sus familias<sup>200</sup>

El tradicional método de instrucción mediante pajes se vio rápidamente superado por la evolución de la táctica y el armamento. El procedimiento de asignar a los novatos como mozos a los veteranos para que aprendieran de ellos todo lo que pudiesen, muy similar al sistema de maestros y aprendices en los gremios, se mostraba muy ineficiente y lento ante las necesidades de la guerra tras la revolución militar, con lo que se apostó por una instrucción algo más reglada que asegurase que los nuevos reclutas tenían un conocimiento de lo esencial en un breve periodo de tiempo. Estos entrenamientos fortalecían la cohesión entre los nuevos soldados, por otra parte fundamental para crear una conciencia de grupo. De igual manera, la convivencia en los presidios con veteranos ayudó a crear y fortalecer relaciones tanto entre sujetos del mismo rango y de distintos niveles de la jerarquía militar, diluyendo la idea de individuo y sustituyéndola por la de colectivo insertado en la jerarquía del ejército.

Se procuró en todo momento que la instrucción fuese lo más realista posible para que, llegado el momento, ésta fuese útil. Para ello, se trató de instruir al soldado, física y mentalmente. Para acondicionarlos físicamente, se procuró preparar a estos hombres para aguantar el desgaste que suponía la vida militar, con ejercicios tales como carrera, marchas con lastre, lanzamiento de peso o dardos, lucha e incluso natación. Con ello se buscaba dotarles de resistencia y agilidad, así como tolerancia al dolor y al sobreesfuerzo, recursos necesarios en la vida que les esperaba<sup>201</sup>. El entrenamiento individual se completaba con la instrucción en el uso del armamento que tuviesen. Hay que tener en cuenta que armas como la pica, la lanza o la alabarda, debido a su tamaño, requerían de cierto aprendizaje para poder hacer un uso efectivo de ellas en una situación de batalla real, pues con su gran envergadura podían convertirse en un lastre y al hombre en inútil si no se sabían usar dentro de la formación. De igual manera la espada y la daga requerían de práctica para poder ser blandidas, por separado o a la vez, de forma útil, lo que podía suponer la vida o la muerte en el frente. Lo que suponía una mayor novedad para los

---

<sup>200</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 913-914.

<sup>201</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 975.

reclutas era el uso de armas de fuego. Estas armas estaban prohibidas para el uso civil<sup>202</sup>, contrariamente a las armas blancas de mano con las que quizá sí que estaban más familiarizados. Además de practicar la puntería, se aprendía la mecánica del arma, como funciona y como solventar los problemas que pudieran derivar de su uso, a parte de la aplicación de la pólvora correcta, dado que de quedarse cortos podían herir a aliados y si la cantidad era excesiva era incluso peor, puesto que la explosión podía romper la falange y llevarse por delante a varios soldados. No sólo se especializaban en un arma, sino que podían recibir formación de varias disciplinas, buscando la posterior versatilidad<sup>203</sup>.

Al margen del entrenamiento individual de los nuevos reclutas en el equipamiento militar que se les asignaba, la instrucción comprendía una formación mucho más amplia. El nuevo concepto de guerra, de ejército, de campaña, etc. requería que todos los integrantes del cuerpo militar, sea cual fuere su rango en la jerarquía, tuvieran claro su rol, su función, objetivos y las órdenes, tanto en el lenguaje en el que se les comunicase como en su correcta ejecución. De igual modo la instrucción era vital en lo que se refiere a los soldados nuevos, ya que superar la individualidad y aprender, no sólo a obedecer, sino a moverse en colectivo como una unidad, y mantener ese planteamiento ante situaciones de acción y adversas, requería de cierto tiempo.

Lo vital que resultaba la instrucción para iniciar una trayectoria militar útil era una de las principales razones por las que los nuevos, jóvenes y solteros (sin un proyecto de vida determinado) empezaban en Italia, pero no la única. Es cierto que, en el momento de alistarse, había ciertas preferencias, decantándose los casados a las empresas africanas por su carácter más eventual y por la posibilidad de un retorno más rápido y los jóvenes por un destino más permanente para hacer carrera, como es Italia, no porque la zona en sí estuviese en perpetuo conflicto sino porque de Italia pasaban directamente a Flandes y de Flandes a Italia por el corredor europeo conocido como Camino Español. Estos movimientos por otra parte les favorecían a la hora de coger tablas previas a situaciones de verdadero peligro. Otro factor a tener en cuenta a la hora de ver por qué son los presidios italianos el destino de muchos iniciados en el ejército es el origen de los mismos. El hecho de que fuesen jóvenes, de origen rural y urbano, solteros y sin una ocupación fija, oficio ni futuro posible, sujetos sacados de un ambiente de pobreza y hostilidad o simplemente criminales que buscaban acogerse al fuero militar o comenzar una vida en

---

<sup>202</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 953-958.

<sup>203</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 138.

el que la violencia estuviera mejor vista nunca fue bien visto. El hecho de quisiesen sentar plaza en los presidios, que era, en definitiva, abrazar la vida militar casi de forma perpetua se consideraba sospechoso<sup>204</sup>, algo no muy propio de gentes de bien, lo cual, paradójicamente, significaba desconfiar de uno de los movimientos que más nutrían a los ejércitos de la Monarquía. Conforme avanzó el siglo XVI y por las causas que ya he explicado, la imagen del “voluntario” comenzó a ser cada vez más rara y el perfil de los reclutas cambió, con lo que se empezó a exportar una gran cantidad de vagabundos, bandidos, gente reclutada bajo presión... lo que repercutió de manera negativa en los valores que se creían indisolubles a la idea del soldado y que los propios mandos trataban de que se proyectase sobre el ejército de origen peninsular. No había de qué preocuparse, pues con el tiempo, la violencia inherente a la vida en el ejército, el hambre y el desarraigo que en gran medida producía el nomadismo una gran cantidad de estos nuevos reclutas acabaría por corromper esa idea de soldado recto y piadoso que se quería publicitar.

El reunir a una gran cantidad de jóvenes, nuevos en un mismo sitio para su instrucción buscaba la conversión completa de estos de civiles a militares, no sólo en su estado físico, su manejo de las armas y su interiorización de la jerarquía, sino que se pretendía algo más. Se pretendía crear la conciencia de colectivo, de grupo, no sólo desde los mandos, sino entre los propios soldados. Estos jóvenes acaban de abandonar una sociedad en la que no existían los individuos como tales, sino que se estructuraba en familias y a partir de ahí en estructuras más complejas y de diversa índole (vecinos, cofradías, etc.). Una vez fuera de ese ambiente el soldado nuevo buscaba reproducir las condiciones del mundo que había abandonado, que, por otra parte, venía facilitado por varios puntos, entre los que me gustaría destacar la edad y la camaradería como dos de los más importantes.

La edad, como factor de cohesión y de identidad de grupo, se intuía muy importante desde el momento en el que se desembarcaba en el destino. Aunque hubo excepciones, el perfil mayoritario de los alistados era el de un hombre joven y pechero, procedente tanto del mundo rural o como del mundo urbano. La clave residía en la juventud de la mayoría, de pertenecer a una misma generación que se habían criado en un contexto general similar, con unas condiciones materiales semejantes, aunque siempre

---

<sup>204</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 914. El Duque de Alba, en una de sus misivas señalaba que “*la vida en guarnición permanente en una plaza no era apetecible para los soldados con «aspiraciones», por lo que los que se encontraban en esas guarniciones eran «gente baja y ruin»*”.

hubiese cierto margen de disparidad y de variedad entre las mismas. El hecho de que la gran parte de los reclutas fuesen jóvenes también condicionaba la percepción y la relación que tenían de la figura del capitán de un perfil más maduro entre los 30 y los 50 años, y viceversa, estableciéndose lazos no sólo de servidumbre sino en muchos casos más ricos y por decirlo de alguna manera, profundos, entablando una relación que rozaba lo paterno filial<sup>205</sup> y fortaleciendo la estructura de mando.

Además, el hecho de que las compañías nuevas estuviesen formadas por jóvenes favorecía el comienzo de unas relaciones de amistad, de apoyo y de casi dependencia que durarían prácticamente toda la vida militar de aquellos que las configuraban, la conocida como camaradería. Para entender la camaradería y cómo esta institución subalterna ayudaba a estructurar y cohesionar a los soldados de las compañías, me remito al ya mencionado origen de los soldados, la sociedad de Antiguo Régimen. El individuo por sí sólo no se entendía, al menos no del mismo modo que se entiende en sociedades contemporáneas con lo que, cuando estos sujetos abandonaban su mundo, una sociedad que tenía perfectamente definidas sus mecánicas y reglas muy ancladas en el subconsciente colectivo, con lo que, al empezar en su nuevo medio, los nuevos trataban recrear estas estructuras en el contexto y con los medios que les brindaba su vida militar. Así mismo, la camaradería no solo surgía como método de supervivencia entre soldados, sino que este tipo de relaciones también se recreaban entre mandos de mayor o menor rango y de forma menos estrecha pero igual de importante posteriormente para las reclamaciones en los memoriales a la hora de acudir a testigos, entre mandos y subordinados. Sin embargo, entre altos mandos este tipo de relaciones se asemejaba más a los modelos cortesanos importados de la sociedad civil, que reproducían a su vez redes clientelares con el mismo origen. Las estructuras a nivel micro realmente importantes fueron las camaradas entre soldados, no por su origen, sino por el final de sus miembros.

Al margen de esta hipótesis del comienzo de este fenómeno, las relaciones de camaradería fueron muy comunes entre los ejércitos de la Monarquía, surgiendo a lo largo de toda la carrera y no sólo al principio de la misma. Las razones que motivaban la generación de estas instituciones eran, entre otras, la miseria<sup>206</sup> y el hambre especialmente. En un contexto de pobreza continua, los individuos solos tendían a

---

<sup>205</sup> THOMPSON, 21, (Barcelona, 2003): 35.

<sup>206</sup> MARÍAS MARTÍNEZ, 6, (León, 2011): 159. La miseria que vive el ejército fue descrita por Rey de Artieda como: “*El soldado, so pena de la vida/la suya guarda, mil días no come/ni se le sabe casa conocida*”.

asociarse para poder mantenerse de la mejor manera posible compartiéndolo todo (habitación, penurias, beneficios...) incluso una parte del sueldo en un primitivo fondo común. No obstante, el carácter extraoficial de este organismo hace que las fuentes de la época solo lo describan de forma superficial y que por tanto no exista una reglamentación de la misma. A pesar de que no se incidiera tanto en este tipo de asociación como en otros aspectos del mundo militar, la realidad era que éstas estaban generalizadas, llegando muchos soldados a legar parte de sus bienes y sueldos adeudados a tal o cual grupo, apareciendo la noción de camarada en multitud de testamentos<sup>207</sup>. Solo el hecho de que muchas de estas asociaciones aparezcan en los testamentos me parece algo crucial para entender su naturaleza y el valor que se les daba a éstas en una sociedad en la que la muerte tenía tanta presencia, así como el objetivo de la salvación y el temor a la idea del purgatorio tridentino. Lo evidente hubiese sido que aquellos que morían y dejaban desamparados a su mujer y a sus hijos les legasen sus bienes a parte de una dotación variable a obras pías y misas por la salvación de su alma. De igual manera, aquellos que morían solteros, lo lógico hubiese sido que la totalidad de sus pertenencias las hubiesen legado a alguna institución religiosa para costear lo que acabo de mencionar: misas de ánimas u obras pías. La idea de purgatorio instalada tras el Concilio de Trento y su difusión consiguió que arraigase e la conciencia popular la idea no sólo de que al morir no se alcanza la salvación, sino que hay que pasar tiempo en una esfera donde “purgar” los pecados y males que alguien hubiese cometido en vida, sino que esa estancia se pudiese reducir, reducción que por otra parte no iba a ser gratis. Por ello me parece revelador que estos hombres, con las ideas de muerte, salvación y purgatorio tan interiorizadas, y además con familias, destinasen una porción mayor o menor según sus posibilidades a estas relaciones de amistad que en nada les iban a ayudar tras morir y con quien no tenía vínculos de sangre.

#### **2.5.7. Relajación de la instrucción y ociosidad: Los veteranos**

En lo que se refiere a las tropas veteranas acantonadas especialmente en los Países Bajos, pero también era aplicable a cualquier zona de los dominios españoles con veteranos residiendo, la disciplina se relajó. Tras los años de servicio y la experiencia adquirida, los soldados empezaban a descuidar la instrucción, probablemente por el conocimiento de las maniobras y por el clima optimista que se respiraba en las filas españolas, especialmente en la infantería durante todo el XVI y parte del XVII. Con los

---

<sup>207</sup> PARKER, 2013: 219.

soldados sin “necesitar” instrucción, se revelaba otro de los motivos por los que la instrucción era importante. Es simple, si los soldados tenían tiempo libre, si estaban ociosos, las posibilidades de que generasen problemas se disparaban, además evidentemente de que la disciplina se relajaba. Esta imagen de soldado desocupado se reflejaba en comentarios de la época en los que se insinuaba con más o menos acierto que la vida en los cuarteles de invierno y que para el soldado “*toda su ocupación en festines y banquetes y hacer comedias*”<sup>208</sup>

## 2.6. Los testamentos y el derecho a testar. Los soldados y la muerte

La muerte era una realidad más que común en los ejércitos de la monarquía. En una sociedad tan fuertemente sacralizada como la española moderna, la actitud ante la muerte y la idea de redención eran capitales para los hombres que servían en las fronteras. Hasta la década de los setenta del siglo XVI, el monarca reclamaba todos los sueldos a deber de aquellos soldados que morían de servicio, hubieran testado o no. Por lo tanto, los legatarios de estos soldados no recibían nada, dado que éste habría vivido sus últimos días con estrecheces debido a la tardanza en recibir la soldada y, aunque hubiera conseguido acaparar un pequeño botín, los saqueos a los cadáveres estaban a la orden del día. Una de las pocas cosas a las que la familia del legatario podía atenerse para recibir algo de herencia era que éste se lo hubiera dejado encargado a uno de sus camaradas o que el proceso hubiera caído en manos de un oficial honrado. Pero las posibilidades eran escasas.

Desde agosto de 1573, el gobierno se comprometió a indemnizar a los legatarios con los sueldos atrasados del testador sólo si éste había testado, pero en la práctica estas medidas no se llevaron a cabo, bien fuese por falta de voluntad del gobierno o bien fuese porque ya resultaba bastante complejo pagar a los vivos a tiempo como para embarcarse en el proyecto de pagar lo adeudado a los muertos<sup>209</sup>. Sin embargo, la iniciativa siguió adelante.

---

<sup>208</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 138.

<sup>209</sup> AGS, GYM. Leg 80. Doc. 318. En este documento, previo a la reforma, se expuso el caso de doña María Carrillo, viuda del capitán Baltasar de Campucano, teniente de la compañía de Hernando de la Cerda. Teniendo en cuenta que el difunto había servido a su majestad imperial y a su compañía tanto en la campaña de Navarra como en sus otros destinos suplica la viuda al monarca una compensación, encontrándose viuda, con 5 hijas y *mucha necesidad*. La resolución, particular de este, caso fue enviarle lo que la compañía debía de sueldo al marido.

Esta medida no dejó indiferente a nadie y fueron muchos los que vieron en la muerte una particular fuente de beneficios. Ya fuese por el hambre, la codicia o la picaresca que tanto ha caracterizado a la sociedad española que llegó a constituir un género literario particular, lo cierto es que muchos de los testamentos se falseaban, ya fuese porque los que habían de testar no estaban muertos, porque la cantidad que dice adeudar de salarios no era tal, por la invención tanto del testador como de los legatarios, testadores que luego volvían a aparecer en los alardes vivos, testamentos repetidos, etc. Esto llevó a que el gobierno crease una comisión especial con el único objetivo de investigar estos testamentos para saber cuáles eran legítimos y cuáles no. El volumen de estafas fue tal, que el pago a los herederos se tuvo que posponer, o en el caso de que el veredicto fuese bueno y el testamento se ejecutase, los legatarios cobraron una mísera parte del montante total de la deuda, aunque debían agradecer poder cobrar algo, ya que antes del 1574, el abandono de las instituciones a los muertos y sus familias era total<sup>210</sup>. Conforme los soldados pudieron legar sus bienes y las soldadas que se les adeudaban, los ejércitos requirieron de los servicios de eclesiásticos que pudieran tomar las últimas voluntades. Ya había sacerdotes y capellanes entre los militares para dar los sacramentos y como consuelo espiritual, pero a partir de los años 70 del XVI tomaron mayor relevancia. A pesar de su estado, los clérigos militares no eran tan honrados como su condición hacía pensar, pues entre los mismos destacaron aquellos que buscaron influencia y promoción en base a la proximidad y la adulación de altos cargos, así como el tráfico de reliquias y por supuesto, el saqueo de los testamentos. Un procedimiento frecuente, muy extendido entre estos capellanes que asistían a los moribundos, era el de negarse a confesar o a escribir la última voluntad a no ser que dejase buena parte de los bienes al cura, corrupción que dejaba completamente desamparados a los soldados que se veían entre la tesitura de testar a favor de un extorsionador o no testar, puesto que muchos de ellos no sabían escribir y dependían de un tercero, en este caso el clérigo, para plasmar sus mandas. La situación llegó a tal magnitud que desde el propio seno de la Iglesia se fueron sustituyendo estos capellanes corruptos por hombres íntegros, estrechamente vigilados. Como ejemplo de este fenómeno encontramos la irrupción de los jesuitas en el ejército de Flandes, con Thomas Saily a la cabeza de una nueva orden con voluntad de permanecer, la *missio castrensis*<sup>211</sup>.

---

<sup>210</sup> PARKER, 2013: 212.

<sup>211</sup> PARKER, 2013: 214.

Al mismo tiempo, desde las propias instituciones militares se trataron de evitar estas irregularidades. A fin de cuentas, si el monarca había accedido a que sus hombres pudiesen testar no iban a consentir que estos se viesen obligados a dejar desamparadas a sus familias. Para ello, se creó una figura designada por el capitán general, el Depositario General y se prohibió en 1596 que los capellanes tomaran la posesión de los bienes de los difuntos<sup>212</sup>. Este nuevo cargo tenía como objetivo monetizar toda propiedad de los testadores por medio de una subasta. Era y es mucho más fácil mover dinero en metálico o por una letra de cambio que bienes muebles, además de repartirse mejor ya que para un cargo nuevo que tenía que gestionar un gran volumen de testamentos, manejar dinero era mucho más fácil que manejar bienes muebles y repartirlo en función de su valor tasado. Una vez conseguido el dinero, el Depositario pagaba las deudas, las mandas y a los herederos.

Con esto, se consiguió apartar casi por completo a los capellanes de los testamentos de los soldados, evitando así que pudieran aprovecharse de los mismos. De nada sirvió la reforma que se estaba llevando a cabo desde el propio mundo eclesiástico. Además, apartando a los capellanes se pudo ver como ante una autoridad civil, el número de herederos pertenecientes a la esfera religiosa pasó a ser ínfimo, respecto a los abundantes casos de los últimos años del XVI. El hecho de que los capellanes y clérigos dejaran de heredar a título personal no significa que la Iglesia dejase de percibir herencias de soldados a los que habían estado dando consuelo moral y apoyo durante su periodo en el frente. Muchos hombres dejaban en sus testamentos, como ya he comentado previamente, como herederos a instituciones eclesiásticas de carácter asistencial, conventos, cofradías... A parte de la herencia directa, la Iglesia como institución obtenía beneficios de la muerte por medio de las mandas testamentarias, destinadas a la realización de misas y obras pías por el alma de los difuntos que estos mismos dejaban para reducir su estancia en el purgatorio. En definitiva, el hecho de que se apartase a los capellanes de las últimas voluntades de los soldados sólo supuso un golpe para éstos en particular, mientras que la Iglesia como institución no se vio afectada, si acaso beneficiada, al percibir gran parte de la riqueza que estos clérigos acaparaban para sí.

---

<sup>212</sup> PARKER, 2013: 211-213.

### **3. EL FIN DE LA CARRERA MILITAR**

#### **3.1. La licenciatura. Expectativas, medios y oportunidades de los hombres que se reincorporaban a la sociedad civil. Los memoriales**

Cuando se alistaba, el recluta firmaba un contrato que le vinculaba al ejército hasta que la guerra o el conflicto por el que las tropas fueron requeridas cesase y después de un número variable de años, se licenciase y volviese a la vida civil, bien fuese retornando a su territorio de origen bien fuese en el lugar donde estaba destinado. En otras palabras: el soldado, que se había enrolado en una movilización de tropas estaba vinculado hasta su desmovilización. El problema con este sistema venía dado por la duración de los conflictos, muchos de los cuales conocieron muy poco tiempo de paz en los siglos XVI y XVII. Ya he hablado de la continua necesidad de la Monarquía de hombres en sus fronteras, debido por un lado a la multiplicidad de frentes e intereses y por otro lado al nuevo sistema de guerra de desgaste que se había implantado. Esta necesidad constante de hombres llevó, en primer lugar, a una merma demográfica castellana en particular, debido a que se sustraían de este territorio la vanguardia de los ejércitos de la monarquía, los famosos tercios, auténtica punta de diamante y, por tanto, cuerpo que sufría mayor desgaste. En segundo lugar, que las licenciaturas de compañías se fueron deliberadamente posponiendo hasta acabar muchos soldados con una trayectoria militar de veinte, treinta e incluso cuarenta años. Durante décadas de servicio, estos hombres habían pasado por todo tipo de penalidades y por multitud de frentes (el Mediterráneo, Centroeuropa, Flandes, Milán, etc.). Las expectativas de estos bisoños que se enrolaban jóvenes (la mayoría tenían entre 18 y 25 años aunque no era extraño encontrarse en las compañías a reclutas más jóvenes que, a pesar de ser ilegal, era algo conocido y tolerado) de estar sirviendo hasta prácticamente la vejez en una profesión tan arriesgada y sacrificada como era la del soldado, que sumado a los peligros mismos de la profesión se añadían las penurias propias de una vida nómada, las pagas escasas y demoradas, el rechazo de la población civil, etc. hacía que las esperanzas de llegar a vivir lo suficiente para verse licenciados se desvaneciesen con los años.

Las posibilidades de una licenciatura relativamente rápida con la que volver al hogar rico, eran, cuanto menos, un objetivo cuestionable. El hecho de que estuviesen embarcados en una empresa que en la mayor parte de los casos les llevaría toda la vida, a parte de las miserias ligadas a la profesión llevó en muchos casos a la deserción como vía de escape, deserción que también podía ser motivada por la obtención de un botín

generoso<sup>213</sup>. No hay que olvidar que aquellos que desertaban perdían el derecho a recibir las soldadas que el rey les había ido adeudando, llegando a renunciar a un gran montante derivado de años de pagas retrasadas o inexistentes, pero en algún caso, el botín o las malas condiciones de vida pesaban más en la decisión<sup>214</sup>.

La otra vía principal de abandonar el ejército era liquidar su servicio y licenciarse. La licenciatura y el retiro tras una hoja de servicios respetable, un buen fondo de las soldadas de toda una vida en el ejército, además de un suculento botín eran el objetivo de todos los reclutas que se alistaban en la Castilla del XVI y del XVII. Las posibilidades que ofrecía el ejército, no sólo de volver rico, sino que con la riqueza y la honra conseguidas poder ascender socialmente y optar por su servicio al monarca a algún cargo o a alguna prebenda facilitada por las amistades entabladas en el frente, eran suficientes para motivar a los castellanos especialmente a enrolarse en la empresa militar del momento. Otra cosa, todo sea dicho, era conseguir esos objetivos.

En primer lugar, en lo que se refiere al botín, el cual se proponía como un incentivo y algo seguro en la guerra, no era tan común como en un principio pudiese parecer. En un primer momento y durante el periodo de una guerra declarada, sí que podían darse ocasiones en las que el saqueo de una ciudad reportase grandes beneficios en bienes materiales o incluso los rescates de los prisioneros. No obstante, y tal y como he señalado, la mayoría del tiempo los soldados no estaban en campaña sino en movimiento o guarnecidos en ciudades de frontera, con lo que la posibilidad de enriquecerse saqueando se veía más bien improbable y reduciendo el botín a lo poco que pudiesen rapiñar de la población civil, aliada o enemiga de la monarquía, colindante a su situación. Además, la falta de pagas hacía que el poco botín que hubiesen logrado atesorar lo tuvieran que invertir en comprar vituallas para su supervivencia o morir de inanición. Por tanto, muchos de los ingresos por saqueos obtenidos de una vida en el frente nunca o casi nunca llegaban al final de la trayectoria militar. Los grandes saqueos como Malinas o Amberes fueron hechos puntuales que, a pesar de beneficiar a una gran cantidad de soldados no se debe pasar por alto que serían una pequeña porción de los ejércitos de la Monarquía y que habría muchos otros destinados a miles de kilómetros de distancia los cuales no verían

---

<sup>213</sup> PARKER, 2013: 225. Tras el saqueo de Malinas en 1572, muchos de los soldados volvieron a sus casas, dándose por satisfechos con los beneficios que habían conseguido, renunciando evidentemente a las soldadas que les debía el monarca. Tal y como recoge Parker de *Lettres et Négociations de Claude de Modoucet* de Didier: “La mayor parte de los soldados de campaña se marcharon a sus casas considerándose pagados con el botín”.

<sup>214</sup> RODRÍGUEZ HERNANDEZ, 2015: 295.

jamás esos beneficios. Para lucrarse de un saqueo había que estar en el momento y el lugar adecuados, suerte para los soldados, desgracia por otra parte para la ciudad que lo sufría.

Por otra parte, el soldado al licenciarse tenía el sueldo de toda su carrera en el frente. Todo lo que no hubiese invertido en su supervivencia o despilfarrado en vino, trajes, banquetes y sexo bien fuese porque no había querido bien porque no había podido, era el colchón monetario del que dispondría tras abandonar el ejército. A pesar de que estos ahorros no solían darse por las razones que antes he mencionado y por muchas otras, como robos, el soldado siempre disponía de los sueldos que el Tesoro Militar le debía. La soldada era por definición del soldado, éste siempre tenía el derecho a reclamarlo, y el estado la obligación de pagarle por sus servicios. El problema era cobrar los atrasos, ya que las cantidades adeudadas acabaron siendo tales, además de las crisis recurrentes de la Monarquía en la segunda mitad del XVI y el XVII, que el estado no podía responder económicamente al desembolso que suponía el pago de esta deuda. A pesar de que desde principios del XVII gran parte del salario se pagase en especie, los sueldos llegaron igual de tarde que en épocas anteriores o incluso peor, por lo que el soldado que tenía la oportunidad de licenciarse siempre contaba con sus salarios atrasados, los cuales esperaba que fuesen cobrados al acabar su carrera o inmediatamente después, pero no siempre era así.

Entonces, ¿qué le esperaba a un militar recién licenciado? Tras décadas fuera del hogar, sin salario y sin un proyecto definido de vida, al soldado le quedaban pocas opciones. En primer lugar, el reenganche, algo bastante común, y en segundo lugar la reclamación de su sueldo, de un cargo en el mundo civil o un puesto de oficial en el reenganche o una pensión, que por su hoja de servicio merecían o creían merecer. Producto de esta necesidad encontramos hoy en día una abundante fuente de información en estos memoriales enviados al consejo de guerra con todo tipo de reclamaciones.

En cuanto a la reincorporación, ya he mencionado que muchos de los que se licenciaban o desertaban, volvían a reengancharse por las ventajas que les proporcionaba el mundo militar, privilegios, el fuero particular, etc. Además de la comida diaria, en cierta manera asegurada, y una retribución económica que, aunque no la recibiesen siempre tenían la posibilidad y el derecho a reclamarla. Casos como estos de reenganches ya han sido mencionados previamente, así como indicios del mismo, como reclutas con

marcas de pólvora en la cara<sup>215</sup> o incluso en posesión de su propio arcabuz, estando las armas de fuego prohibidas para el uso civil<sup>216</sup>.

Así mismo no hay que olvidar que todos aquellos que, tras décadas de servicio en un ambiente de violencia y miseria, volvían a la sociedad civil con sus reglas y sus dinámicas, muy distintas a las militares con las que habían estado viviendo, a las que se habían adaptado y a las que habían conseguido sacar el máximo partido, no siempre tenían una readaptación adecuada a la normativa civil, con lo que la vuelta al ejército se planteaba como el regreso a un modo de vida que ya habían asimilado. Más aún, cuando el profesor Parker afirma que el pícaro civil del Siglo de Oro fue hijastro del pícaro militar de los últimos años de Felipe II es debido a la exportación de los comportamientos de la milicia a la sociedad civil, destacando la violencia y, sobre todo, el fraude y los robos motivados en primer lugar por la miseria y en segundo por el fuero que les amparaba, además de estar en suelo extranjero. A su vuelta, estos hombres en muchos casos y en gran medida por las mismas razones, mantenían costumbres y métodos que empleaban en Flandes, pues no se puede olvidar que muchos de los que volvían del ejército volvían con los bolsillos vacíos y sin ningún medio de vida definido, ya que el oficio que habían estado llevando a cabo durante los últimos años e incluso décadas era el de la milicia. Muchos incluso retornaban con taras físicas y mentales, lo que limitaba aún más sus posibilidades de formar un proyecto sólido, con lo que aquellos que se quedaban en muchos casos recurrieron a los métodos que aprendieron en el frente. La picaresca que se desarrollaba en los destacamentos de frontera y guarniciones, cuyas víctimas eran en última instancia los estratos más bajos, tanto del mundo militar como especialmente del civil, se implantó con los soldados que volvieron del frente a la península. Difusión que, por otra parte, se vio acentuada en primer lugar por el periodo de crisis que se vivió en los territorios ibéricos a finales del XVI y primeras décadas del XVII sobre todo en las ciudades y por otro lado porque el volumen del ejército era tal, especialmente en la segunda mitad del XVI, que a pesar de que muchos muriesen en el frente y otros tantos al licenciarse se estableciesen en Flandes o Italia, el volumen de población que volvía de la guerra a la península es significativo. Por tanto, la recepción de un volumen de personas más o menos relevante, madura en muchos casos, con dificultades para la reinserción

---

<sup>215</sup> THOMPSON, 21, (Barcelona, 2003): 21.

<sup>216</sup> AGS, GYM, Leg. 62. Doc. 196. En este memorial, el soldado Francisco de Toron, de servicio en los Países Bajos españoles quedó manco de una mano y pide al monarca una cédula personal que le conceda poseer y transportar armas de fuego.

pacífica, en muchos casos tullidos y cuya fama de violentos y ladrones les precedía (debido en gran parte a los episodios provocados durante su reclutamiento) sembraron el descontento en la población civil, lo que enturbió de manera importante la maltrecha imagen del soldado y de la milicia como medio de vida. Escapando de un contexto de pobreza y recalando en otro, al soldado recién licenciado sólo le quedaban dos opciones: reclamar y reengancharse.

La reclamación de los salarios adeudados, como ya he mencionado, era una actividad bastante común y como reflejo de la misma ha dejado una gran cantidad de documentación: los memoriales. Memoriales enviados al Consejo de guerra en los que se detallaba el nombre del individuo que reclamaba, su carrera militar, así como sus méritos y la cantidad que le adeudaba el rey. Estas reclamaciones y su incremento estuvieron ligadas al nacimiento de los ejércitos reales permanentes, así como a una política exterior agresiva y la defensa constante de múltiples fronteras. La necesidad de una gran cantidad de hombres apostados en las fronteras y la imposibilidad, como ya he mencionado, de movilizar recursos para el pago de sus servicios llevó a la Monarquía a ir adeudando salarios, lo que acabó por traducirse en un incremento de las reclamaciones y de los memoriales que asediaban el Consejo de Guerra cada año. Este aumento considerable del número de reclamaciones entrañaba otra realidad, y es la del fraude. Por ello el Consejo de Guerra sometía a un comité cada reclamación para decidir su veracidad. Tanto es así que la presencia de testigos en los memoriales comenzó a ser más constante e incluso se puede apreciar una estandarización de los mismos. No hay que olvidar la mayoría de los hombres que formaba el grueso de los ejércitos de la Monarquía tenían un origen social pechero y pobre con lo que, y tal y como hemos visto con los testamentos, tenían que recurrir a terceros para realizar estos trámites escritos. No es de extrañar que los escribanos o los notarios que realizaban este tipo de reclamaciones tuviesen un modelo en mente y lo rellenasen con la información que les daba el cliente, modelo que ya sea por su éxito o por abarcar todos los aspectos, acabó imponiéndose. A pesar de esta relativa uniformidad, la información que proporcionan los memoriales de los soldados es muy rica en lo que se refiere a la carrera militar de los mismos, así como la parte adeudada que reflejaba las limitaciones de la Monarquía. Así mismo, la mayoría de los mismos tenían una estructura bien definida, comenzando por un saludo, la exposición de la trayectoria señalando lo que se le debía para posteriormente reclamarlo, añadiendo testimonios de testigos según la situación lo requiriese, en primera instancia o tras la

respuesta del Consejo requiriéndolo. Las reclamaciones podían ser de lo más variopintas, pero en su mayoría eran de salarios atrasados o la petición de un cargo en la siguiente movilización. Ejemplos de estas demandas son el memorial escrito por Gonzalo Ramírez en septiembre de 1575 en Flandes, en el cual se expone una trayectoria de 43 años de servicio en la que expone su participación en África, Túnez, Lorena, Piamonte e incluso en el sitio de Haarlem, donde, llevando la bandera, le dieron por muerto, pero sobrevivió, aunque quedó imposibilitado del brazo izquierdo. Es precisamente por este episodio y por haberse repuesto de la herida la razón por la que escribía al rey, demandando la capitania de una compañía de españoles, pues nadie había servido tanto ni tan bien como él. Méritos no le faltaban, pero el Consejo de Guerra pidió pruebas de su carrera militar, con lo que también encontramos la declaración de testigos que corroboraban el testimonio de Ramírez. Los testigos que avalaron su memorial fueron oficiales de rango variable e incluso un gobernador, lo que refuerza la idea de la camaradería entre el ejército de la Monarquía y en especial entre los tercios de españoles. Los testimonios fueron aportados por Francisco de Monteysca, don Álvaro de Vargas, Gobernador de caballería, el Maestre de Campo Julián Romero y Francisco de Valdés<sup>217</sup>. El caso de Pedro González de Mendoza fue similar. En el año 1577 escribió un memorial en el que detallaba su carrera militar y sus servicios, así como bajo las órdenes de quién, remarcando que en sus 17 años de servicio se ha hallado “*en todas las jornadas que en este tiempo se han oficiado*”. Viéndose impedido para servir (no se especifica por qué) y tras haber sido preso por los protestantes y pagar su rescate, se encontraba pobre y con necesidad. Reclamaba al monarca la autorización para reclutar y capitanear una compañía de españoles “*pa que con mas comodidad y autoridad pueda continuar su leal seruicio en que servirá V.M mucho y bien merced*”. Tras la petición, se presentan varios testigos que corroboran la trayectoria, destacando su honradez y sentido del deber<sup>218</sup>. Otro caso de reclamación de una compañía fue el de don Francisco Ruiz de Guinea. En su memorial dice haber servido a la Monarquía en todas las jornadas que se han ofrecido, particularmente en los estados de Flandes, sirviendo como sargento y alférez al servicio de Don Juan de Austria. En este documento, Francisco Ruiz

*“suplica a v.m le haga merced en la primera ocasion que se ofreciese de mandarle prover de una compañía de ynfanteria española para que con ella pueda volver a servir a donde v.m mas se sirva por que della y delodemas que se le encomendase esperara dar ia*

---

<sup>217</sup> AGS. GYM. Leg. 79. Doc. 140-141.

<sup>218</sup> AGS, GYM, Leg. 83. Doc. 212.

*buena cuenta como hasta aquí lo ha hecho y en ello rescivira particular merced de v.m*<sup>219</sup>.

Así mismo, acompañó el memorial con los testimonios de testigos de diferentes cargos que corroboraban tanto su carrera como sus méritos, como el maestro de campo Julián Romero y el capitán Francisco de Aguilar. Otro caso de reclamación de salario adeudado fue el del alférez Hernando Torres, que reclamó en 1575, antes de pasar a servir en Antequera, los sueldos que le debía la Monarquía de su anterior servicio<sup>220</sup>. Otro ejemplo de reclamación por impago de soldada fue la que realizó Alonso de Carvajal en 1575, teniente de la compañía del Duque de Alburquerque, que reclamaba que se le liberase el sueldo que se le retenía, ya que en 50 años había gastado su hacienda y “*padescia neszesidad*”. La resolución de la petición fue que se le liberase la primera nómina como medida temporal hasta concretar que se hacía con su sueldo<sup>221</sup>. Caso similar es el que se manifiesta en el memorial de don García de Mendoza, gentilhomme y capitán que suplica que se le libere el sueldo desde el 22 de julio hasta diciembre del año que monta (1575). En el propio documento hay una nota al margen que señala que se le liberase la mitad del sueldo, así como muestras de estima hacia el capitán “*pues haze mucha falta*”<sup>222</sup>. Así mismo, existían memoriales por la reclamación de sueldos estando de baja, como fue el caso de Joan de Lezcano, que enfermó volviendo con su compañía de Navarra y se retiró a su casa a curarse, pero no cobró los cuatro meses que estuvo enfermo y por tanto los reclamaba<sup>223</sup>. Otro ejemplo más de reclamación de sueldo fue el del soldado Antonio Ponce, de la compañía del Duque de Alburquerque en el cual se especificaba que la deuda salarial que habían contraído por sus servicios era mayúscula: “*dize que del año XXIII se le deven XV*”. Suplica al rey que le paguen los atrasos<sup>224</sup>.

Por otro lado, estas reclamaciones no siempre eran justas, o no siempre las consideró la comisión o el propio monarca como tal. Ejemplo de eso fue el caso de la petición realizada por el teniente Juan de Carvajal, que debido a sus estrecheces de salud y a su poca hacienda pedía al monarca mercedes. En el propio documento hay una anotación en el margen donde se negaba estas mercedes debido a que se entendía que por su cargo ya tenía un sueldo justo<sup>225</sup>.

---

<sup>219</sup> AGS, GYM, Leg. 83. Doc. 223-225.

<sup>220</sup> AGS, GYM, Leg 80. Doc. 318.

<sup>221</sup> AGS, GYM, Leg. 80.

<sup>222</sup> AGS, GYM, Leg. 80. Doc 318.

<sup>223</sup> AGS, GYM, Leg. 62. Doc. 318.

<sup>224</sup> AGS, GYM, Leg. 62. Doc 196.

<sup>225</sup> AGS, GYM, Leg 80.

Las reclamaciones no sólo se hacían una vez volvían a España o se licenciaban. Otros como Juan Carrillo de Albornoz, con 26 años de carrera en la que “*sirvió a la magestad del emperador que esta en glovia ya V.M en todas las jornadas que se han ofrecido en este tiempo asi en Italia como en Flandes*”, encontrándose en Italia, pedía al monarca que le enviase una compañía de infantería española, dado que la suya la había perdido realizando socorros a tropas aliadas, entre ellas las de don Juan. Además de la compañía de españoles, también pidió “*que fuere servido de un entretamiento cerca de la persona del señor don Juan conforme a sus servicios y calidad de si persona que ademas de recibir mui señalada merced lo desea para entretenerse y acabar en el real servicio de V.M como lo an hecho todos los suios*”<sup>226</sup>.

Quizá uno de los casos más destacados que he encontrado es el que se recoge en el memorial de Juan Xixón, en el que se expone una trayectoria militar de 27 años entre Italia y Flandes, habiendo servido como sargento y alférez. En el documento, se pedía al Monarca que le subiese de rango a capitán de una compañía de infantería española. Lo que pudiera parecer una petición usual se vuelve única cuando presentó como testigo a don Juan de Austria, el cual no sólo afirma que le conoce y que ha servido con él (lo que ya nos da a entender la existencia de relaciones entre personas que atraviesan la jerarquía militar completamente) sino que pide al monarca que como mínimo le suba el sueldo. Mas que como un testimonio de corroboración del memorial, el documento adjuntado se presenta como toda una carta de recomendación de una de las personas más influyentes en el mundo militar del XVI. Carta de recomendación, por otra parte, más rimbombante que el memorial de Xixón, más bien escueto, lo cual también es raro, pues los memoriales solían estar más sobrecargados que los testimonios. Finalmente, el comendador de Castilla, Luis de Requesens le otorga un aumento de 20 escudos mensuales<sup>227</sup>.

Como bien dije antes, el abanico de peticiones y reclamaciones en esto memoriales es muy amplio. Aunque la mayoría fuesen peticiones de cargo o de sueldo, existían otros motivos por los que reclamar al rey. Ejemplos de estas variantes los encontramos en el memorial que mandó el soldado Miguel de Tovar en el que exponía que, tras servir en la compañía de Guevara, pasó siete meses a la del Marqués de Aguilar y reclamaba que el Rey le concediese siete meses por el servicio a la compañía del

---

<sup>226</sup> AGS, GYM, Leg. 83. Doc. 221.

<sup>227</sup> AGS, GYM, Leg. 83. Doc. 241-244.

marqués<sup>228</sup>. Otro memorial que me gustaría destacar es el del caso del capitán Frantin en 1580. No sólo reclamaba los sueldos que se le debían por sus servicios, sino que además pedía mercedes al rey para poner a una hija en estado. No sólo se refleja que hasta a los propios capitanes se les retrasaba el sueldo, sino la vida familiar de los propios militares a la que tenían que atender<sup>229</sup>. Los dos últimos casos particulares a los que me gustaría hacer referencia son el del soldado Juan de Arcos, que tenía un pleito pendiente y solicitaba tiempo de licencia hasta que saliese la ejecutoria y el caso de Joan González, que pedía dinero al monarca para pagar el rescate de su mujer e hijos<sup>230</sup>.

Sin embargo, los memoriales recogidos en los numerosos archivos, (el de Simancas en mi caso) no son representativos del conjunto de los militares. Ni todos los soldados tenían soldadas a deber de forma segura, aunque presumiblemente sí, ni todos reclaman. A fin de cuentas, la presencia de memoriales en el archivo refleja la actividad de quien podía pagar el proceso, así como todas las reclamaciones que se almacenan en el archivo son de soldados, pero no son todos los soldados los que reclaman. Aun así, estos memoriales siguen siendo una fuente muy rica y aprovechable para rastrear tanto las campañas y las trayectorias militares de los soldados españoles durante el reinado de los Austrias, así como los distintos frentes, las dificultades del gobierno para hacer llegar los salarios, las demandas de los militares, etc. lo que combinado con los múltiples relatos autobiográficos de soldados conforman una panorámica muy representativa. Sin embargo, la sombra del fraude siempre está presente en la España de los siglos XVI y XVII, tanto en el mundo civil como en el militar. Si no se dudaba en mentir acerca de los sueldos, alardes, etc. todo hace indicar que estas reclamaciones no siempre eran tan legítimas como parecían. Esto, que se ve desde la distancia respecto del fenómeno observado, también se vio en el momento, pues estos memoriales no obtenían una confianza ciega, sino que se sometían a una comisión, por una parte para saber si era legítima la petición y por otra para, con los recursos disponibles, satisfacerla de la mejor manera posible. El fraude en estos memoriales se intuye en primer lugar por la estandarización como ya mencioné antes de los mismos, llegando a convertirse en monótonos y por otra parte por el lenguaje de los testigos, en los que se repetían términos y expresiones en numerosos memoriales como “siempre ha servido bien”, “el más leal y mejor”, “el más abigarrado”. Estas coincidencias, que por una parte podían ser explicadas

---

<sup>228</sup> AGS, GYM, Leg. 62. Doc. 195.

<sup>229</sup> AGS, GYM, Leg. 108. Doc 110.

<sup>230</sup> AGS, GYM, Leg. 62. Doc 195-196.

en primer lugar por el lenguaje de campo de la época y por otro por la normalización del discurso por parte de los notarios y escribanos que realizaban los memoriales, se podría explicar por el soborno de testigos para corroborar sobre una plantilla ya hecha, lo cual no sería raro si tenemos en cuenta las redes clientelares dentro del ejército.

Las opciones que se le planteaban al soldado una vez se licenciaban estaban claras: empezar una nueva vida en el mundo civil, entero o tullido<sup>231</sup>, lo cual era muy común debido a las limitaciones de la medicina y la cirugía de aquel entonces, cuando una herida podía significar la gangrena y la muerte seguras, o tratar de reengancharse en las mejores condiciones posibles al mundo militar, con un cargo y mejor sueldo. El hecho de que muchos de ellos pagasen su servicio a la monarquía con la amputación de algún miembro que les dejase incapacitados para la vida civil e imposibilitados para el servicio militar los dejaba en una situación muy delicada, con la mendicidad como una de las salidas más probables<sup>232</sup>, especialmente durante todo el siglo XVI y parte del XVII. No sólo la pérdida de miembros incapacitaba a un soldado. Resultados típicos de la profesión de soldado fueron heridas superficiales, pérdida de audición y de visión en uno o en los dos ojos e incluso lo que llamaban “mal de corazón”, debido sin duda a algún tipo de neurosis de guerra o trauma que, a pesar de estar físicamente en condiciones los incapacitaba para la vida militar<sup>233</sup>. Todo ese grupo de soldados que quedaban incapacitados se los devolvía a sus hogares, puesto que en el frente serían más un estorbo y un peligro para sus compañeros más que una ayuda. La gran cantidad de estos casos motivó incluso que los propios soldados viesan con buenos ojos el hecho de recibir atención médica gratuita en campaña deduciendo de su reducido sueldo una parte, el real de limosna, para la creación de hospitales de campaña, como el de Malinas y Metz<sup>234</sup>. Por tanto, estos descartados, inválidos y pobres en muchos casos, volvían a la sociedad civil sin apenas medios, lo que desembocaba en la mendicidad y en el crimen que alimentó a su vez la animadversión y los tópicos negativos de los soldados: borrachos, violentos y ladrones. La reincorporación

---

<sup>231</sup> MARTÍNEZ RUIZ, 2008: 1009.

<sup>232</sup> AGS, GYM, Leg. 80. Doc. 318-3. El caso del capitán Cristóbal de Suazo, vecino de Gibraltar. En el memorial se señala que ha servido muchos años en las jornadas que se han ofrecido hasta que en lo de Granada quedó manco de ambos pies. Demanda alguna merced en consideración de ello como una pensión o un puesto, al encontrarse en extrema necesidad, además de estar enfermo y en cama. Al parecer, la resolución del documento es la concesión de una pensión, en el primer año de 50 ducados y los siguientes de 20.

<sup>233</sup> PARKER, 2013: 210-211.

<sup>234</sup> PARKER, 2013: 208.

brusca de estos hombres generó problemas a la sociedad civil que los acogía, ya fuese peninsular o fronteriza, como ya he mencionado antes.

### 3.2. Y... ¿Qué hay del honor?

Con todo lo que se ha señalado anteriormente de las dificultades que experimentaban estos hombres al volver a la sociedad, ¿qué quedaba del honor? Cuando se alistaron, al margen de escapar de la pobreza, desde los oficiales y desde la propaganda, si se lo puede llamar así, del ejército se hablaba de la honra de la profesión del soldado como la más dignificante al margen de la eclesiástica, pues el servicio a Dios y acabar con el mal que asolaba el mundo eran dos de sus funciones quizá más destacadas. Además, la promesa de botín y sueldo asegurado se veían eclipsada por las escasas posibilidades de conseguir lo primero y por las dificultades administrativas y burocráticas de lo segundo, con la realización de reclamaciones y la necesidad de adjuntar documentos que, en pleno siglo XVI y XVII no era rápido conseguir para luego mandar, por las limitaciones propias de la época. La promesa del ascenso social era algo más limitada, en especial si se había vuelto del frente con poco más que lo puesto. Una posibilidad era la de haber establecido una red de amistades más o menos extensa y haber podido casar a alguna hija con algún linaje de la baja nobleza, o, si había suerte, con alguna familia con un apellido importante. A fin de cuentas, las relaciones clientelares que se entretejían en el ejército no tenían por qué ser horizontales y este tipo de tratos podía darse, lo que daría una oportunidad a las familias plebeyas de emparentarse con la baja nobleza. Sin embargo, la manera más fácil, y la que por otro lado se ofrecía al alistarse, de medrar era convirtiéndose en uno de esos “villanos ricos” que, tras su servicio en Flandes, llegaban a Castilla con una bolsa de 1000 ducados<sup>235</sup>, más el botín que hubiera podido rapiñar, convirtiéndose en una auténtica autoridad de la villa donde se retiraba, más aún si sus méritos hubieran hecho que sus superiores se fijasen en él y a su retiro se le hubiese reservado un cargo o personas con cierta influencia y cierta voz en la administración lo recomendasen. En definitiva, el trato a los veteranos iba en función del capital que hubieran conseguido acumular y a las influencias, pero especialmente a lo primero, pues tal y como escribía Francisco de Quevedo “*Poderoso caballero es don Dinero*”<sup>236</sup>.

---

<sup>235</sup> PARKER, 2013: 224-225.

<sup>236</sup> QUEVEDO, 1744: 501-503.

## CONCLUSIONES

La revolución militar a la que se asistió en el XVI supuso para la Monarquía no sólo la tremenda ventaja que dio el ser los primeros y los más eficientes combinando infantería y armas de fuego, sino la posibilidad de emprender y mantener una agresiva política europea que la permitió mantenerse como potencia hegemónica hasta bien entrado el siglo XVII. Sin embargo, estos cambios pusieron de manifiesto una de las principales contrapartidas de esta revolución, como fue la incapacidad de mantener un sistema de gasto y movimiento de recursos tan complejo con unas infraestructuras tanto de comunicación como de ingresos tradicionales, lo que se tradujo en la incapacidad del estado para movilizar los recursos económicos que requería un ejército como era el de la Monarquía. Estas limitaciones, que en origen fueron eclipsadas debido al optimismo generado por el dominio prácticamente incontestable de la infantería castellana durante casi la totalidad del XVI, propició que las reformas y la inversión que, de haberse dado prioridad podrían haber evitado su decadencia posterior, no se acometieran. La incapacidad de la Monarquía para movilizar el dinero suficiente para hacer frente a los salarios de sus militares era un problema que ya se venía arrastrando, pero que se volvió endémico especialmente a partir de los años 80 del siglo XVI, pues el mantenimiento de una frontera cada vez más amplia exigía más y más recursos, de los que la corona no disponía. De esta incapacidad de la Monarquía de sostener el sistema que había creado nació la problemática que he tratado de esclarecer en este trabajo: la necesidad que padecieron los militares destinados en el extranjero.

Desde las instituciones y la tratadista, tanto militar como religiosa y desde la producción de las letras españolas, a la profesión militar se la adscribía una serie de valores y de virtudes asociadas a la nobleza, lo que desembocó en que la profesión militar se rodease de una honra *per se*, honra cuyo peso se relacionaba directamente con la actividad militar. Esta concepción, herencia medieval y de los *amadises*, se vio en cierta medida superada por las circunstancias, pues la guerra moderna y los ejércitos permanentes tenían unas necesidades que la nobleza por sí sola no podía cumplir. Aunque siempre se la asoció con el mando y la oficialidad, el hecho de que el ejército fuese en cierta medida una meritocracia derivó en la que las proezas y el currículum pesasen en ocasiones más que la cuna para los ascensos. Esta imagen del ejército como tabla rasa, la honra asociada a la profesión, el salario... en definitiva, el oficio del soldado y su imagen pública fueron un gran reclamo durante prácticamente la totalidad del siglo XVI, atractivo

que se vio reducido con el aumento de los salarios en el campo a finales del XVI y principios del XVII, que junto a la mala fama que progresivamente se fue asociando al militar como violento y ladrón y al gobierno como mal pagador, supuso un duro golpe para el sistema de captación de voluntarios, y por tanto, del mantenimiento de las fronteras.

Ya en el frente, las carencias de la Monarquía se manifestaban y los primeros en sufrirlas eran los propios soldados, viendo como sus pagas no llegaban. Sin dinero, la necesidad los llevaba a robos y peleas, lo que les ocasionaba problemas con la población civil allá por donde pasasen. No en vano, se decía de la presencia de la convivencia entre soldados y civiles que estos primeros, en palabras recogidas por Albi de la Cuesta, pasaban “*como langostas de los campos, raposas de los cortijos, garduñas de los caminos y lobos de las cabañas*”<sup>237</sup> y en todo tiempo era “*confusión y plaga, tenerlos alojados en los casares...[provocando] espanto y miedo en los pueblos*”<sup>238</sup>. El hambre provocaba el debilitamiento general y la mortandad se cebaba con las compañías que, hambrientas y débiles, sucumbían tanto por la acción del enemigo como por las epidemias que se propagaban por el ejército sin freno alguno. Desde las instituciones se contemplaba el problema, pero se veían incapaces de remediarlo, en parte por la falta de recursos, en parte por las limitaciones de la época. Las tímidas reformas que se emprendieron, como lo fue el pactar con productores de la zona, se aceleraron con la proliferación de motines, que entre otras cosas reclamaban el dinero que la monarquía debía y comida regular. El hecho de que consiguiesen proveer finalmente a sus tropas de los víveres necesarios para su subsistencia fue un éxito empañado por la incapacidad que seguía teniendo para pagar las soldadas. No obstante, la mejora se vio reflejada en el ánimo de las tropas, que, si bien hubo casos en los que no se cumplió del todo la provisión de alimentos, vieron como el hambre que se había padecido décadas atrás se había conseguido casi erradicar. El éxito de esta medida motivó al estado a la provisión, además de comida, de vestido y armamento, tanto balas como pertrechos, así como el mantenimiento de las reses.

Por otra parte, no podemos obviar que el ejército lo componían civiles que se habían alistado buscando honra, riquezas o simplemente huir de la pobreza del campo o las ciudades. Estos individuos abandonaban una vida con unas estructuras y unas dinámicas bien definidas y entraban en una institución, en teoría artificial, reglada

---

<sup>237</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 130.

<sup>238</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1999: 130.

únicamente por una jerarquía vertical y un principio de obediencia ciega. Sin embargo, tanto los más nuevos como los más veteranos desarrollaban sus vidas en función de las dinámicas que habían asimilado en su juventud, identificando elementos comunes, rescatando algunos y creando otros. Tanto es así que la religión, uno de los pilares fundamentales en la vida civil, se mantenía también en la militar, de igual manera que la manifestación pública de la fe y la concepción de la muerte. Del mismo modo, la creación de familias, gestadas, estructuradas y regladas al modo civil, existiese sacramento o no acabó siendo una realidad tan temida como documentada. Este proceso de importación y creación de estructuras dentro del ejército iba mucho más allá ya que, a pesar de no desarrollarse por los cauces de lo institucional, existía un entramado de relaciones entre sujetos de un mismo nivel de la jerarquía militar e incluso que superaba estas barreras cuando se prolongaba en el tiempo las carreras de los que la conformaban: la camaradería. La importancia que le dan sus contemporáneos es tal que aparece incluso en los testamentos de los soldados. El hecho de que unos individuos nacidos en una sociedad tan temerosa de Dios, el pecado y el Purgatorio, en su lecho de muerte dejaran algo para estas amistades en vez de legar todo a la salvación del alma y la familia revelaba la importancia del fenómeno. De la misma forma que aparecía la camaradería como cohesionador de los estratos bajos y medios surgía a su vez en las altas capas un ambiente de “aventajados y entretenidos”, oficialidad que, lejos del campo de batalla y más próxima a la figura militar de más alto rango y a las intrigas que la rodeaban, simulaba una corte. De igual manera, las actividades que rodeaban la vida del soldado como el juego, la fiesta, los robos, la violencia y la prostitución (cuyo conocimiento fue tal en la época que estaba incluso candente el debate sobre la profesión, cuantas debía haber por compañía, sus cuidados...) hacen de la profesión militar un objeto de estudio con múltiples matices y numerosos enfoques, tanto si cabe como la propia sociedad de la España Moderna.

En definitiva, la vida del soldado, que en un principio fue descrita y alabada por un gobierno que buscaba ante todo crear una imagen en torno al militar de riqueza, fama y honor, que no era sino la creación de un reclamo que promoviese el enrolamiento masivo de jóvenes para paliar las necesidades de una frontera en constante fricción, posteriormente fue empañada por todos aquellos que a su vuelta, no encontraban sitio en la sociedad civil tras décadas de servicio militar. A todos estos militares, que en su retiro no contaban con apenas ahorros, sólo les quedaba reclamar al monarca los salarios adeudados o reincorporarse al servicio militar, si tenían suerte y estaban enteros. Si habían

quedado discapacitados, cosa bastante común en el frente dadas las limitaciones de la medicina de la época, las opciones de reenganche se veían obsoletas y solo les quedaba reclamar al rey, el robo o la mendicidad, algo totalmente contrario a la promesa inicial de volver ricos y promocionados socialmente. El ideal de soldado que se propugnaba desde principios del siglo XVI acabó consumido por la realidad de la profesión cuyas notas dominantes: el hambre, los robos y demás actos de moralidad laxa les asemejaba más a hombres de mala vida que a virtuosos y piadosos soldados. Aquellos comportamientos que eran permitidos e incluso necesarios para sobrevivir y mantenerse en el frente, y que por otro lado, fueron asimilados como algo natural por estos soldados durante un servicio que duraba décadas, no lo eran tanto para las ciudades y pueblos que los recibían tras su licenciatura, siendo un foco constante de sospecha y conflictos por parte de la población.

## FUENTES PRIMARIAS

Archivo General de Simancas (AGS). Sección Guerra y Marina (GYM). Legajos: 62, 77, 79, 80, 81, 83, 89, 91, 97, 99, 100, 106 y 108.

## FUENTES IMPRESAS

Alcalá Yáñez, Jerónimo de, *Alonso, mozo de muchos amos (el donado hablador)*, Texto preparado por Enrique Suárez Figaredo, Madrid, 1624.

Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, segunda parte, 1615. Texto digitalizado en:

<https://cvc.cervantes.es/literatura/clasicos/quijote/default.htm> dirigido por Francisco Rico. Última visita 08/07/2018 a las 11:00.

Contreras, Alonso de, *Vida, nacimiento, padres y crianza del capitán Alonso de Contreras, natural de Madrid cauallero del orden de san Juan comendador de vna de sus en comiendas en Castilla, escrita por él mismo*, 1630. Texto manejado: [http://www.gehm.es/biblio/alonso\\_de\\_contreras\\_vida.pdf](http://www.gehm.es/biblio/alonso_de_contreras_vida.pdf). Última visita 08/07/2018 a las 11:49.

Matos Fragoso, Juan de, *Lorenzo me llamo* Biblioteca Cortes Aragón. Signatura: L1029(18), 1666. Fondo digitalizado en:

<http://www.cervantesvirtual.com/buscador/?q=lorenzo+me+llamo>. Última visita 08/07/2018 a las 11:00.

Molina, Tirso de, *Teatro escogido por fray Gabriel Téllez, conocido por el nombre del maestro Tirso de Molina*. Madrid. Imprenta de Yenes, 1841.

Quevedo, Francisco de, «Poderoso caballero es don Dinero» en Francisco de Quevedo, *El Parnaso Español, monte en dos cumbres dividido, con las nueve musas castellanas donde se contienen poesías de D. Francisco de Quevedo y Villegas, caballero del hábito de Santiago, secretario de su Majestad, y señor de la villa de la torre de Juan Abad*, tomo VII, Madrid, Imprenta de Sancha, 1744; 501-504. Obtenido de Google books: [https://books.google.es/books?id=g\\_EsAAAAMAAJ&pg=PA56&hl=es&source=gbs\\_selected\\_pages&cad=2#v=onepage&q&f=false](https://books.google.es/books?id=g_EsAAAAMAAJ&pg=PA56&hl=es&source=gbs_selected_pages&cad=2#v=onepage&q&f=false). Última conexión el 10/07/2018 a las 17:00.

Villalobos y Benavides, Diego de, *Comentarios de las cosas sucedidas en los Países Baxos de Flandes desde el año de 1594 hasta el de 1598*. Madrid, Librería de los bibliófilos, 1876.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Albi de la Cuesta, Julio, *De Pavía a Rocroi. Los tercios de infantería española en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Balkan, 1999.

Alvar Ezquerro, Alfredo, «Otro humanista que está entre armas y letras: Enrique Cock y sus libros», en Enrique García Hernán, Davide Maffi (eds.), *Guerra y sociedad en la monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, vol. II, Madrid, CSIC, 2006; 785-817.

Andújar Castillo, Francisco, «Empresarios de la guerra y asentistas de soldados en el siglo XVII», en Enrique García Hernán, Davide Maffi (eds.), *Guerra y sociedad en la monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, vol. II, Madrid, CSIC, 2006; 375-395.

Andújar Castillo, Francisco, «Milicia y nobleza, Reformulación de una relación a partir del caso granadino (s. XVII-XVIII)», en Antonio Jiménez Estrella, Francisco Andújar Castilla (eds.), *Los nervios de la guerra. Estudios sociales sobre el ejército de la monarquía hispánica (s. XVI-XVIII): nuevas perspectivas*, Granada, Comares, 2007; 251-277.

Ariza Canales, Manuel, «Nobles en el ejército, una carrera entre el mérito y el linaje. Una aproximación a través de textos literarios del Siglo de Oro», en Enrique Martínez Ruiz, Jesús Cantera Montenegro (dir.), *Perspectivas y novedades de la historia militar. Una aproximación global*, vol. I, Madrid, Ministerio de Defensa, 2014; 611-623.

Asenjo Travaesí, Enrique, «La carrera militar como medio de promoción social al inicio de la Edad Moderna: el ejemplo de Don Álvaro de Sande», en Enrique Martínez Ruiz, Jesús Cantera Montenegro (dir.), *Perspectivas y novedades de la historia militar. Una aproximación global*, vol. I, Madrid, Ministerio de Defensa, 2014; 483-497.

Bomprezzi, Alberto, «El pensamiento militar como generador de un sistema de combate individual: la verdadera destreza de las armas», en Enrique Martínez Ruiz, Jesús Cantera

Montenegro (dir.), *Perspectivas y novedades de la historia militar. Una aproximación global*, vol. I, Madrid, Ministerio de Defensa, 2014; 773-785.

Borreguero Beltrán, Cristina, «De la erosión a la extinción de los tercios españoles», en Enrique García Hernán, Davide Maffi (eds.), *Guerra y sociedad en la monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, vol. I, Madrid, CSIC, 2006; 445-485.

Cardini, Franco, *La culture de la guerre X - XVIII siècle*, París, Gallimard, 1992.

Cepeda Gómez, José, «La nueva historia militar y el ejército español del siglo XVII», en Enrique Martínez Ruiz, Jesús Cantera Montenegro (dirs.), *Perspectivas y novedades de la historia militar. Una aproximación global*, vol. I, Madrid, Ministerio de Defensa, 2014; 429-443.

De la Flor, Fernando, «En las fronteras del “planeta católico”. Representaciones barrocas del estado de guerra permanente en la totalidad imperial hispana», *Anales del Instituto de Investigaciones estéticas*, XXXVII/106, (México, 2015): 9-51.

Defourneaux, Marcellin, *La vida cotidiana en la España del Siglo de Oro*, Barcelona, Argos Vergara S.A, 1983.

Echevarría Bacigalupe, Miguel Ángel, «El ejército de Flandes en la etapa final del régimen español (1659-1713)», en Enrique García Hernán, Davide Maffi (eds.), *Guerra y sociedad en la monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, vol. I, Madrid, CSIC, 2006; 553-579.

García Hernán, David y Catalán Martínez, Ignacio, *Historia de la guerra*, Madrid, Síntesis, 2012.

García Hernán, Enrique, «Capellanes militares y reforma católica», en Enrique García Hernán, Davide Maffi (eds.), *Guerra y sociedad en la monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, vol II, Madrid, CSIC, 2006; 709-743.

Gómez Molinet, Diego, *El ejército de la monarquía hispánica a través de la tratadista militar 1648-1700*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2007.

González Castrillo, Ricardo, *El Arte Militar del Siglo XVI*, Madrid, Universidad Complutense, 2000.

González, Esteban. «Vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor», *Lemir: Revista de literatura Española Medieval y del Renacimiento*, 13, (Valencia, 2009); 389, 632.

Isaba, Marcos de, *Cuerpo enfermo de la Milicia española* (1594), Madrid, Ministerio de Defensa, 1991.

Maffi, Davide, *En defensa del imperio, Los ejércitos e Felipe IV y la guerra por la hegemonía europea (1635-1659)*, Madrid, ed. Actas, 2014.

Mariás Martínez, Clara, «Letras sin sol: la visión de Flandes en dos poetas soldados del Renacimiento Español», *Lectura y Signo*, 6, (León, 2011): 139-169.

Martínez de Campos, Carlos, *España bélica. El siglo XVII*, Madrid, Aguilar, 1968.

Martínez Oyarzábal, Elena «El libro y la literatura militar en la segunda mitad del siglo XVII», en Enrique García Hernán, Davide Maffi (eds.), *Guerra y sociedad en la monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, vol. II, Madrid, CSIC, 2006; 817-843.

Martínez Ruiz, Enrique, «El ejército de los Austrias», en Enrique Martínez Ruiz et al., *El ejército en la España moderna*, Valencia, Real Sociedad Económica de Amigos del País, 2002; 9-25.

Martínez Ruiz, Enrique, *Historia militar de la Europa moderna*, Madrid, Síntesis, 2016.

Martínez Ruiz, Enrique, *Los soldados del Rey. Los ejércitos de la Monarquía Hispánica (1480-1700)*, Madrid, Actas, 2008.

Negredo, Fernando, «La legitimación de la guerra en el discurso eclesiástico de la monarquía católica. Apuntes para su interpretación» en Enrique García Hernán, Davide Maffi (eds), *Guerra y sociedad en la monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, vol II, Madrid, CSIC, 2006; 633-661.

O'Donnell y Duque de Estrada, Hugo, «El reposo del ejército. Estudio del campamento temporal del tiempo de los Austrias», en Enrique García Hernán, Davide Maffi (eds.), *Guerra y sociedad en la monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, vol. I, Madrid, CSIC, 2006; 381-401.

Pardo Molero, José Francisco, «Gente de sueldo. La profesionalización de la defensa en la España mediterránea del siglo XVI (Valencia 1500-1550)», en Antonio Jiménez Estrella, Francisco Andújar Castilla (eds.), *Los nervios de la guerra. Estudios sociales sobre el ejército de la monarquía hispánica (s. XVI-XVIII): nuevas perspectivas*, Granada, Comares, 2007; 59-89.

Parker, Geoffrey et Parker, Ángela, *Los soldados europeos entre 1550 y 1650*, Madrid, Akal, 1991.

Parker, Geoffrey, *El ejército de Flandes y el Camino Español (1567-1659)*, Madrid, Alianza Editorial, 4º reimpresión, 2013.

Parker, Geoffrey, *España y la Rebelión de Flandes*, Madrid, Ediciones Nerea, 1989.

Pérez Tostado, Igor, «“Por respeto a mi profesión”: disciplinamiento, dependencia e identidad en la formación de las comunidades militares irlandesas e inglesas en los ejércitos hispanos», en Enrique García Hernán, Davide Maffi (eds.), *Guerra y sociedad en la monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, vol. I, Madrid, CSIC, 2006; 681-707.

Pi Corrales, Magdalena de Pazzis, «La armada de los Austrias», en Enrique Martínez Ruiz et alí, *El ejército en la España moderna*, Valencia, Real Sociedad Económica de Amigos del País, 2002; 25-55.

Puddu, Raffaele, *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: la España del siglo XVI*, Barcelona, Argos Vergara, 1984.

Quatrefages, René, «Violencia acerca de los soldados en la Corona de Castilla del siglo XVI», en Enrique García Hernán, Davide Maffi (eds), *Guerra y sociedad en la monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, vol II, Madrid, CSIC, 2006; 73-97.

Quatrefages, René, *La revolución militar: el crisol español*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1996.

Quatrefages, René, *Los tercios españoles: (1567-1577)* / traducción de Carlos Batal-Batal, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979.

Recio Morales, Óscar, «La gente de naciones en los ejércitos de los Austrias hispanos. Servicio, confianza y correspondencia», en Enrique García Hernán, Davide Maffi (eds),

*Guerra y sociedad en la monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, vol I, Madrid, CSIC, 2006; 651-681.

Ribot García, Luis Antonio, «Soldados españoles en Italia. El castillo de Milán a finales del siglo XVI», en Enrique García Hernán, Davide Maffi (eds), *Guerra y sociedad en la monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, vol. I, Madrid, CSIC, 2006; 401-445.

Rodríguez Hernández, Antonio José, «El reclutamiento de españoles para el ejército de Flandes durante la segunda mitad del siglo XVII», en Enrique García Hernán, Davide Maffi (eds.), *Guerra y sociedad en la monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, vol. II, Madrid, CSIC, 2006; 395-435.

Rodríguez Hernández, Antonio José, *Breve historia de los Tercios de Flandes*, Madrid, Nowtilus, 2015.

Rodríguez Hernández, Antonio José, *España, Flandes y la Guerra de Devolución (1667-1668). Guerra, reclutamiento y movilización para el mantenimiento de los Países Bajos españoles*, Madrid, Ministerio de defensa, 2007.

Rodríguez Hernández, Antonio José, *Los tambores de Marte. El reclutamiento en Castilla durante la segunda mitad del siglo XVII (1648-1700)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2011.

Saavedra Vázquez, María del Carmen, «Los militares en los presidios gallegos en la primera mitad del siglo XVII», *Studia Historia. Historia Moderna*, 25, (Salamanca, 2003), 27-57.

Teijeiro, Juan Miguel, «Muerte y milicia: óbito, exequias y testamentaria de un maestre de campo», en Enrique Martínez Ruiz, Jesús Cantera Montenegro (dir.), *Perspectivas y novedades de la historia militar. Una aproximación global*, vol. I, Madrid, Ministerio de Defensa, 2014; 469-483.

Thompson, Irving Anthony A., «Consideraciones sobre el papel de la nobleza como recurso militar en la España Moderna», en Antonio Jiménez Estrella, Francisco Andújar Castilla (eds.), *Los nervios de la guerra. Estudios sociales sobre el ejército de la monarquía hispánica (s. XVI-XVIII): nuevas perspectivas*, Granada, Comares, 2007; 15-37.

Thompson, Irving Anthony A., «El soldado del imperio: una aproximación al perfil del recluta español en el Siglo de Oro», *Manuscrits: Revista d'història moderna*, 21, (Barcelona, 2003); 17-68.

Thompson, Irving Anthony A., *Guerra y decadencia: gobierno y administración en la España de los Austrias*, Barcelona, Crítica, 1981.